JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

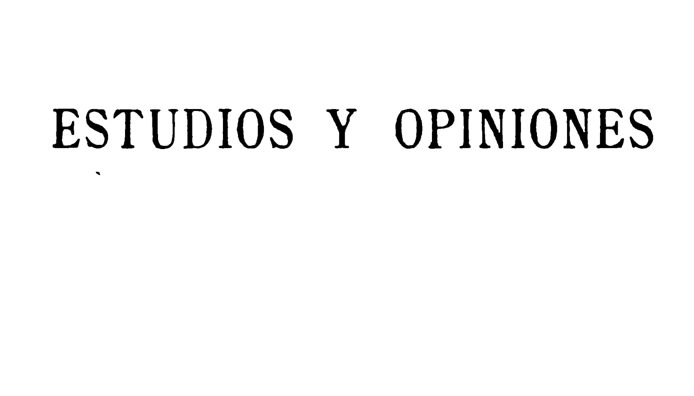
ESTUDIOS Y OPINIONES

CRÍTICA

TOMO II

(OBRAS LITERARIAS)

MONTEVIDEO
IMPRESORA URUGUAYA S. A.
Cerrito esq. Juncal
1931



ESTUDIOS Y OPINIONES

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas:

La Prensa Independiente

Sátiras e Ironías

Crítica Literaria

Estudios y Opiniones. — Crítica
Tomo I. — (Derecho - Historia - Sociología)

Estudios y Opiniones. — Crítica
Tomo II. — (Obras Literarias)

En prensa:

Estudios y Opiniones. — Crítica
Tomo III. — (La Obra de Rodó)

Estudios y Opiniones. — Crítica
Tomo IV.—(Instituciones y Obras Políticas)

Gente Eximia. — (Sátiras e ironías)

Próximamente:

En el País de Aquellos. — (Sátiras e ironías)

Las Veladas de «La Mañana»

Novelas

JUAN ANTONIO ZUBILLAGA

ESTUDIOS Y OPINIONES

CRÍTICA

TOMO II

(OBRAS LITERARIAS)

MONTEVIDEO
IMPRESORA URUGUAYA S. A.
Cerrito esq. Juncal
1931

«Je me figure les grands artistes enfermés dans un kiosque qui est séparé du monde environnant par des vitres de toute couleur et de toute nuance. Chacun d'eux regarde au travers d'un de ces verres diversement teintés : l'un voit rouge, l'autre bleu, l'autre gris. Le critique, lui, se place tour à tour au point de vue de chacun, mais il n'y reste pas; il sait que la lumière blanche, celle qui éclaire la masse des hommes et la nature, est un composé de toutes les couleurs de l'arc-en-ciel, de même que l'art humain comprend dans sa complexité toutes les formes de l'art individuel ou national».

GEORGES RENARD
«Les Princes de la Jeune Critique».

Desde que el espíritu moderno, con la intensa luz de su examen, universal y constante, comprobó que el desarrollo evolutivo de la producción artística impone transformaciones correspondientes en la crítica, ésta perdió el concepto estrecho de mero juicio con conclusiones definitivas sobre el valor absoluto de las obras, que durante largo tiempo la caracterizara. Al exclusivo e inmutable ideal estético, y al código de leyes inflexibles para las obras de arte—que la hacían dogmática y autoritaria—sucedieron la comprensión, la tolerancia y el respeto para todas las sinceridades que realicen la

belleza, cómo y dónde la ofrezcan, con cualquier forma y con cualquier credo.

Desde entonces, destruído el prestigio de las fórmulas consagratorias del mérito y la superioridad de los autores y las obras que a ellas se ajustaban, y excluyentes de cuanto no cabía en sus moldes y escapaba a la rigidez de sus límites, fué necesario al crítico conservar su espíritu abierto para todas las concepciones y todas las modalidades artísticas: hasta cuando ellas se aparten de su gusto, del de su ambiente, o del de su época. Por eso considera Bourget indispensable en el que estudia una obra la aptitud para "la comprensión de las cualidades opuestas a sus cualidades y del ideal opuesto a su ideal", pues si aún puede emitir su opinión según su conciencia y su gusto, ya no le incumbe condenar o consagrar la producción que examina, por intransigencias de ideas y de escuelas, filosóficas o artísticas.

Imposible es al espectador, o al estudioso, renunciar a la manera cómo su naturaleza y su educación permiten que impresionen a su ánimo las diferentes manifestaciones del arte, y el crítico no puede independizar de su temperamento y su cultura su concepto de la belleza donde la observa; pero—sin dejar de ser fiel a la simpatía que proviene de las afinidades y es el fundamento de la admiración—le corresponde interpretar y explicar lealmente las ideas, los sentimientos y la forma de las obras que ocupan su labor. Y sólo

así—ante la conciencia libre del lector—expongo en estas páginas la obra de pensamiento, emoción y arte realizada en diferentes libros por el espíritu y la capacidad interpretativa de sus autores.

Juan Antonio Zubillaga.

"RODÓ" POR ZALDUMBIDE

(Breves comentarios a un gran estudio)

"RODO" POR ZALDUMBIDE (1)

(Breves comentarios a un gran estudio)

Desde este pequeño ambiente intelectual, todavía tan poco fertil como los otros de la América "sonora y vacua" que el autor menciona, para la producción artística de calidad considerable en los centros superiores de las civilizaciones europeas, envíole mi agradecimeinto por el obsequio de su estudio sobre Rodó. Es magistral en todo, e igualmente honesto en sus elogios y en sus objeciones, pues siempre es fundado y luminoso, sincero y justo, hondo y bello: no sé de otro que le aventaje como examen e interpretación porque considere y penetre más, ni que le supere en el arte del estilo. Y quien a la vez que comprende tanto de aquella excelsa personalidad y demuestra cómo era superior y cuánta era su grandeza, sabe todo lo que ese estudio evoca del alma de estos pueblos, de la civilización refleja que en ellos ha evolucionado, de los factores del largo atraso de estas sociedades y de lo que pudiera tener virtud para obrar su adelanto moral indefinido: muéstrase también excepcionalmente dotado para enseñar.

Desde que el autor explica por qué la obra del insigne maestro trajo el "soplo de orientación" que los espíritus estaban esperando en nuestro Continente, y cómo en la literatura americana sólo cuando llega él es posible "ad-

(1) Publicado en *La Razón,* de Montevideo, el 23 de agosto de 1919.

mirar sin reservas la calidad de una prosa de nobleza constante e infatigable elevación", surge ante el lector la personalidad completa que hubo en Rodó, la personalidad extraordinaria que tuvo maravillosa revelación en su doctrina y en su estilo. ¡Por eso, comprendiéndolo en su cabal integridad, nadie ha explicado más de su espíritu, de su idealismo, de su enseñanza; cuánta ha sido y es la influencia de su doctrina y de su arte en todos los pueblos americanos; a qué clase de filósofos pertenece y por qué "en su calidad de pensador y director de vocaciones no tiene pares"; cómo dignificó la literatura americana y por qué "es el clásico de América"; cómo fué aquella obra independiente e impersonal y por qué a su autor "no le superan antecesores en la doctrina" y su prosa es "sin igual e intransmisible".

Y cuando de la personalidad y del conjunto de la labor de Rodó pasa Zaldumbide al examen de cada obra del gran pensador y literato son igualmente admirables el sentido interpretativo y el equilibrio del juicio que iluminan al estudio suyo. Yo, que algunos años antes de la prematura extinción de aquel eminente espíritu hice la síntesis exacta de su doctrina—más que para despertar lejos el deseo de conocer su obra, para los que en el propio suelo muchas veces le dieron el disgusto de elogiarla sin leerla, o de interpretarla mal—veo complacido que en los más serios estudios consagrados a Rodó después de su fallecimiento muchas veces los más autorizados juicios confirman mis opiniones vertidas en aquella época respecto de puntos capitales de la personalidad y

de la producción examinadas. Es que la conciencia que se produce en el reconocimiento de las dotes extraordinarias del pensador y del artista, por la crítica, va revelando que es unánime el concepto de la significación excepcional del pensamiento y del arte de Rodó en la América nuestra.

Así y por eso, de los estudios realizados en sus distintos países recogen y comparten con frecuencia idéntica opinión e igual juicio admirativo de las más características fases de la personalidad y de la obra examinadas: Zaldumbide, Henríquez Ureña, García Calderón, Angel de Estrada, Alejandro Andrade Coello, Flavio Herrera y muchos más, sin citar a los tres o cuatro que en la propia patria del ilustre autor han realizado estudios serios. Y esa convergencia de las opiniones ocurre respecto del pensador, del artista, del crítico, del psicólogo, del maestro de la más alta moral, del apóstol de la solidaridad americana, de las múltiples fases que tuvieron excepcional manifestación en Rodó, como asimismo respecto de cada una de las obras suyas que forman el más alto exponente de ideas y de estilo entre nosotros. Pero eso, precisamente para cuantos conocen aquellos y otros juicios de la más autorizada crítica, destaca al trabajo publicado por Zaldumbide en la *Revue Hispanique,* porque en ese estudio, además de fundar con originalidad observaciones e ideas en que otros coinciden, se vierten tantas y tales nuevas que por ellas alcanza su mayor significado.

Todos los que conozcan el sentido y la trascendencia de la producción filosófica y literaria de Rodó acompañarán la opinión interpretativa de Zaldumbide cuando

llama a *"El que vendrá"* "su primer examen de conciencia propia y colectiva" y dice que "esa diáfana manera de pensar era casi orar" y que "revelaba el advenimiento del anunciador"; como cuando refiriéndose al estudio sobre *"Prosas Profanas"* deja la observación de que "nadie antes que Rodó había fijado el alma de Darío", "ni las distancias que le separaban de su cohorte". Asimismo si respecto de la aparición de *"Ariel"* es indiscutible que "toda nuestra América reconoció que un guía espiritual había surgido anunciando quizás tiempos nuevos", y que "de él data en ella la moderna reacción idealista": cuanto Zaldumbide explica de la "moral estética de esa obra", de la "oportunidad de su aparición" y de la "eficacia de su elocuencia", es tan penetrante que será definitivo.

Del mismo modo encierran y definen todo el sentido moral, pedagógico y eficiente que informa a la doctrina de *"Motivos de Proteo"*, muchos sintéticos conceptos de su estudio, como los que dicen de lo que su autor propónese y realiza en dicha obra: "Su fin es de suscitar esas resurrecciones de tantos vivos como yacen sepultados en su propia inconsciencia". "Inclínase sobre los enfermos de la voluntad, sostiene las vocaciones vacilantes, hace brotar nuevas fuentes allí donde el total desaliento ha secado las antiguas. Cree salvar riquezas ignoradas aún en los más pobres de espíritu. Ejerce en verdad cura de almas".

Y también es así la labor que realiza el insigne escritor ecuatoriano con los estudios contenidos en *"El Mirador de Próspero"*: la misma palabra magistral desen-

trañando la noción exacta de la doctrina, la razón de su trascendencia, la explicación de la unidad espiritual del autor. Y se suceden y multiplican, como en el comentario de las otras obras, los juicios convincentes, las comparaciones demostrativas, las frases luminosas. No puedo evitar que la memoria traiga a los puntos de mi pluma las felices palabras concluyentes que Zaldumbide dedica al *"Bolívar"* de Rodó, después de llamarle "prodigio de maestría y certeza", y que terminan estableciendo muy acertada equivalencia de valores literarios: "Su *"Bolívar"*, el más alto alarde de fuerza y seguridad en el pensamiento, de originalidad en la afirmación, de vehemencia lúcida en el estilo, sale de la fragua resplandeciente de vida física, y arrebatado por un dinamismo heroico. Tan sólo le es comparable el *"Bonaparte"* de Taine.

Y así todo, y así siempre; con la misma luz de su poderosa interpretación; igual sobre "el escritor" a quien "el tono nazareno y la eglógica poesía de las parábolas dan cierta oriental nobleza", y cuya prosa resplandece con "imágenes cargadas de sentido trascendental en cada detalle de apariencia decorativa", que respecto del "maestro", cuando explica que lo fué por sobre todos porque "nunca se reunieron en alma tan noble más generosas dotes comunicativas, ni las abonó sinceridad más diáfana, probidad moral más delicada, autoridad más incólume".

Yo conocía dos libros del eminente literato del Ecuador que motiva este artículo—el estudio de Barbusse y el de la evolución de d'Annunzio—tan admirables que por ellos compartía la opinión emitida, hace varios lus-

tros, por Francisco García Calderón al afirmar que después de Rodó descollaba Zaldumbide entre los más sutiles críticos de América. Pero ahora creo que su extraordinario estudio de la personalidad y de la obra de nuestro insigne pensador y artista supera a aquellos dos valiosísimos trabajos. Son en él sorprendentes el poder analítico en el examen y la eficacia con que demuestra las distintas fases de la realización filosófica y artística del maestro, así como el proceso psicológico de su actividad creadora.

Sin negar lo que de ello no escapara a la percepción de otros críticos: en justicia es obligatorio reconocer que nadie ha fijado con la claridad de ideas y la precisión de lenguaje con que lo expresa Zaldumbide, la más convincente interpretación del sentido del apostolado de Rodó. Y no habrá mejores palabras que las de este ilustre ecuatoriano—aun tomadas al azar en diferentes páginas—para demostrar la verdad fundamental de lo que dice del maestro y su enseñanza: "Todo en su empeño era llamado, exhortación, estímulo". "Desde su mirador, abierto a los cuatro puntos cardinales, indicaba el principio y el término de las más seguras sendas; pero no descendió a obligarnos a seguirle por una sola". "Del *ideal,* antes vaga aspiración del alma, ensueño errante e inapaciguable, incompatibilidad aristocrática, ornato y decoro de románticas melancolías, caballería irrealizable o sublimidad de anhelos incompredidos, Rodó hizo cotidiana y mansa disposición del espíritu, dióle raíz y sustento en toda realidad". "Nadie podrá en nuestra América hablar de ame-

ricanismo o de movimiento de almas hacia lo ideal, lo universal y humano, de acción y culto desinteresados, de idealidad y de mesura, sin evocar el recuerdo de su enseñanza, sin caer bajo el modelo insuperado".

¿Qué agregar a estas palabras suyas? No se hace más que justicia al reconocer que de todas las páginas de su obra emerge igual luz de intelección y de arte definitivos. Dejemos, pues, que ellas sean en este artículo el último testimonio de mi admiración por su intensa y brillante labor.

"LA SOMBRA DE EUROPA"

(Por Adolfo Agorio)

"LA SOMBRA DE EUROPA" (1)

(Por Adolfo Agorio)

"L'heure semblait propice, et le penseur candide
Croyait, dans le lointain d'une aurore splendide,
Voir de la Paix déjá poindre le front tremblant.
On respirait. Soudain, la trompette à la bouche.
Guerre, tu reparais, plus âpre, plus farouche,
Ecrasant le progrès sous ton talon sanglant."
—L. ACKERMANN. — *La Guerre*.

Era en 1910: el año en el cual se cumplía el primer centenario de la independencia de la República Argentina.

En aquellos días, anteriores al gran mes de la revolución americana, los más patrióticos entusiasmos animaban el ambiente de Buenos Aires. Vibraban las almas del pueblo heredero de tales glorias e iluminaba los semblantes el fuego sagrado del orgullo nacional, y entre la alegría que estallaba en himnos, luces y colores por calles y avenidas, la gran capital se aprestaba, luciendo sus más preciadas galas, a recibir dignamente las delegaciones que todos los países enviaban para rendir el homenaje de su simpatía, de su admiración y de su respeto al pueblo que en esa primera etapa de su vida libre les merecía por el desarrollo extraordinario de su riqueza y por los progresos de su organización y de su cultura. El fastuoso tren de

(1) Publicado en *La Razón*, de Montevideo, el 20 y 27 de diciembre de 1919.

las embajadas que llegaban diariamente pasaba entre las multitudes aglomeradas para verlas, y que, radiantes por el júbilo como las comitivas oficiales por los entorchados, envolvían en sus vítores y aplausos el desfile de las carrozas que llevaban a los que traían la representación de otros pueblos y otras civilizaciones.

En medio de esa efervescencia clamorosa y destellante del alma argentina en la fiesta de su primer siglo, un día me anunciaron la visita de "un señor que traía una carta de Rodó para entregarla personalmente". Dije al criado que hiciera pasar a esa persona, y poco después veía entrar en mi departamento a un joven, casi un niño, que en la imprecisión natural de los rasgos del semblante, propia de sus años, sólo destacaba de su palidez la viveza y movilidad de su mirada, una mirada llena de interrogaciones y curiosa de todo. Era Adolfo Agorio.

Nervioso, locuaz, atendía con ansiedad y se adelantaba impacientemente a interpretar el pensamiento de su interlocutor. Le trascendía el anhelo de inspirar fe y la urgencia por iniciarse. En la carta que me entregó de Rodó éste me lo presentaba y recomendaba, elogiando sus felices disposiciones y pidiéndome que hiciera por él todo lo que pudiese favorecerle en aquel ambiente. Y por correo recibí otra misiva de aquel gran amigo, confidencial, que confirmaba la recomendación traída por el joven y en la cual me pedía que prestara atención a algunos artículos que su recomendado había publicado en la prensa, y llevaba para que yo leyese, pues revelaban raras dotes intelectuales y muy promisorias cualidades de escritor.

Desde que conversé con Agorio y leí los artículos con que se había iniciado, quedé convencido de que a su respecto, teniendo en cuenta su juventud, no había sido la generosa bondad característica de Rodó la que opinaba en la carta traída por el interesado y en la que me enviara por correo, sino muy honrosa justicia, por venir de quien venía, a una revelación de méritos que, indiscutiblemente, prometían mucho. Y pasados pocos días, las primeras diligencias de mi interés por el joven compatriota se concentraban en una carta dirigida al propio recomendante—que a la sazón era presidente del Círculo de la Prensa de Montevideo—pidiéndole que "a vuelta de correo" me mandara para su recomendado y otro amigo que con éste visitaba la metrópoli argentina en aquella solemne circunstancia, el nombramiento de delegados de la referida institución del Uruguay ante el Congreso Internacional de Periodistas que, con motivo de la celebración del Centenario, se reuniría dos días después en Buenos Aires.

El nombramiento, redactado con la misma fecha en que fué recibida mi solicitud, llegó por el correo del día siguiente, y tuvo su primer efecto como credencial para participar en un gran banquete de los congresales de los diferentes países representados, en el cual nuestro enviado habló, según después me explicaba, "más que como pensó hacerlo, apenas como lo permitieron las circunstancias". Su acompañante afirmaba que había hablado más extensamente que todos, pero él me aseguró que cuando tuvo que terminar su peroración estaba por empezar a exponer sus ideas más trascendentales.

. . . .

Desde entonces pronto se cumplirán dos lustros, (1) tiempo sobrado para que el estudio, la meditación, y, en gran parte, la vida y su experiencia, formaran un hombre de aquel joven y desarrollaran su carácter y su vigor intelectual. Durante esos diez años Agorio ha escrito casi cotidianamente en los diarios y ha producido varios libros. De lo que en ese tiempo haya crecido su personalidad psíquica y de cuanto haya sido el mérito que logró dar a su obra, instruye mejor que todo lo que yo me propusiera demostrar aquí, el hecho elocuente de que sin salir de esta pequeña Montevideo ha conquistado con su labor de publicista el honor de ser electo miembro correspondiente de la *"Societé des Gens de Lettres"*, de París

Y ante las conciencias honradas sería mera injusticia atribuir exclusiva influencia para la distinción alcanzada a los sentimientos y a las ideas que al escritor inspira el espíritu luminoso del gran pueblo exponente de la mayor civilización latina. ¡Cuántos de los que en nuestra América y en la propia Lutecia expresaron continuamente, durante la última guerra, su amor y su culto al alma de Francia, hubieran merecido así, con obra a veces cotidiana, la alta recompensa que en Agorio consagra la gloria intelectual a que sólo está destinada!

El último de sus libros, con el cual me ha obsequiado y que acabo de leer—escrito para retribuir como prenda de gratitud el nombramiento acordado a su autor por la

(1) Hoy más de cuatro.

mencionada institución literaria francesa—es el que ha despertado en mí los recuerdos que contienen las líneas anteriores, y es el motivo de las impresiones que a continuación expongo.

*

"La sombra de Europa" es la obra de un escritor que hondamente estremecido todavía por la mayor conflagración ocurrida entre los países de más poder y superior cultura, atiende al estado de los espíritus y examina la evolución de las ideas después de ese fenómeno extraordinario, cuyas consecuencias tendrán largo influjo moral y material en la humanidad. Lo hace convencido, como otros comentaristas de la misma tragedia mundial, de que la fuerza desenfrenada en el viejo Continente "ha lanzado las ideas seculares a las llamas", y cree que "la guerra ha revelado aspectos desconocidos de la especie, ha modificado los medios de ver y de sentir, ha trastornado el orden de los problemas morales".

Amplísimo es el horizonte que en la vida y en el mundo ideológico abarca la observación del autor, y por ello son dilatadas y variables las perspectivas en el largo desfile de los aspectos de su labor. Por eso recuerda y considera mucho de lo más trascendente que, desde todos los tiempos, puede relacionarse con la gran catástrofe; mucho de lo que ante ella dijeron y realizaron—o piensan y hacen—artistas, filósofos, literatos, guerreros. Y lo efectúa trayendo a colación quimeras y aciertos de ensueños y profecías pertinentes; comparando ideas y sentimientos: religiosos, morales, políticos, artísticos.

Así también muestra psicología de razas y características de civilizaciones; analiza virtudes y vicios de pueblos y hombres; examina y diseca vanidades y glorias; considera y explica prejuicios y supersticiones, con noción de su benéfica o perjudicial trascendencia, y según ello: con elogio o censura, acritud o respeto. Nervioso observador y comentarista de todos los móviles, de todos los propósitos, de todas las visiones; escrutador audaz, y acaso apasionado, de los misterios de lo porvenir: vésele siempre ávido de algo que ponga en evidencia nuevas rutas espirituales que anhela con orientaciones diferentes y opuestas a las de las sendas trazadas y seguidas hata ayer, hasta hoy, por la razón y el sentimiento humanos.

"La sombra de Europa" es un libro hecho, en su mayor parte, de apotegmas, a veces paradojales, pero con frecuencia resplandecientes con intensa lucidez mental; no siempre en contínua ilación—pues así como el estilo del escritor es cortado, es el orden de sus ideas cambiante—pero casi siempre luminosos con la luz de un pensamiento hondo y de una forma bella. Es indudable que acaso sea mucho suponer, todo lo que el autor supone que la guerra recién terminada va a destruir y a crear en las cosas y en las almas, a reemplazar en el mundo físico y en las ideas y en los sentimientos. Pero también es cierto—por sobre todos los errores posibles a la específica falibilidad humana—que esa fe en tanta trascendencia ofrece en esta obra todo el interés de los problemas que formula y estudia a la luz de un criterio que si no ultima las con-

secuencias de todo, mucho sugiere con la agilidad de su examen: más que orientado hacia soluciones concluyentes, libre de todos los prejuicios que pudieran limitar la curiosidad de su inquietud.

Frecuentemente diríase que es el libro contradictorio de un humorista por cuya espíritu escéptico pasan todas las corrientes ideológicas del momento, dejando principios opuestos. Siempre puede preguntarse el lector qué es lo definitivo en ese torbellino de ideas sucesivamente adoptadas o desechadas sin compromiso de consecuencia, pues parece que el autor comentara todo sin la seguridad de una certidumbre permanente. Y después y más allá de la admiración, la protesta o el vaticinio del escritor, invariablemente interrógase el alma del que lee: ¿hasta dónde? ¿hasta cuándo?...



Frente al espectáculo de los intereses materiales y morales que luchan en la vida, y de las ideas que con ellos pasan renovándose incesantemente desde las más remotas épocas, el autor considera los orígenes y las consecuencias de la guerra—ese fenómeno antiguo como la humanidad—y cree ver las causas y espera los resultados que imagina del enorme conflicto sangriento que concluye. Por eso piensa que "ese choque de proporciones volcánicas se inició entre el sentido universal de la justicia y el deslumbramiento colectivo gravitando sobre un monarca exacerbado por el delirio de la fuerza", y supone que el

inmenso trastorno de Europa "oculta los secretos de una vasta transformación".

Tanta es su fe en el cambio del mundo moral por efecto de la última catástrofe que ha desangrado a la humanidad, que opina que "ya ha comenzado el gran proceso de todos los valores éticos, la gran revisión de todas las entidades fraternales, el gran análisis de todas las garantías jurídicas", y aunque declara que "nadie sospecha lo que resultará de ese balance mudo que tiene por teatro el misterio inquietante de las almas", afirma la bancarrota de las ideas morales, acusa de lirismo al anhelo de fraternidad, y niega la paz por los convenios: "entristece, escribe, meditar que otra vez se volverá al respeto hipócrita de los tratados, que otra vez las naciones garantirán su independencia con pedazos de papel cubiertos de firmas".

Tales ideas, a veces afines y a veces incompatibles, reaparecen intermitentemente en el curso de la obra, y aunque cuando chocan desconciertan con la aparente instabilidad de una orientación en la doctrina, son reflejo directo y expresión sincera de impresiones y estados de conciencia producidos en el autor por lo que atiende y estudia. Pero va un ideal en la trama de ese razonamiento honesto, y una convicción conduce el criterio que aprecia el significado de los hechos y de la conducta en hombres, pueblos y civilizaciones; hay la norma de una moral en el juicio y en los anhelos del que en esas páginas considera todo lo que se derrumba y todo lo que sobrevivirá al choque de los intereses y pasiones que llevan hasta la muerte por la victoria.

Por ello aunque inexorable contra los soñadores de lirismos pacifistas y fraternidades artificiales ha podido decir que "la justicia es un fantasma secular de quien hemos oído hablar mucho, pero que jamás hemos visto", y alude a otro destino para Europa si antes de la guerra "hubiese sido dueña de un equilibrio más positivo que el de los tratados": declara también que "sólo el sacrificio por la justicia nos reconcilia con la humanidad", y que "aun cuando renazca la barbarie antigua, ella no podrá vivir más que un segundo, ella será sofocada, deshecha ante el empuje de las fuerzas morales de nuestro siglo. Esas fuerzas morales que han creado el sacrificio actual, el heroismo que dispersa la riqueza amontonada con el trabajo, que derrocha el genio y la sangre para hacer más fecundas las enseñanzas de la dignidad humana". Así ese libro fragmentario, que carece de estructura orgánica, tiene la unidad del sentido moral que pone en sus mejores páginas un himno de amor y respeto a los más luminosos ideales y a las más altas virtudes, creyendo y esperando en el supremo bien de la justicia, del honor, de la abnegación.

*

En medio al cuadro que muestra la trepidación y el derrumbe de todas las armazones del mundo moral que el autor cree que se disuelve y concluye en la enorme hoguera donde los hombres enemigos sacrifican sus vidas por causas que les apasionan y llevan hasta los más altruistas heroismos: pasan ante el lector las teorizaciones

opuestas, las ideas incompatibles, los sentimientos antagónicos, toda la incontestable incongruencia de los sueños y las doctrinas con la realidad que los anula. Y, con esa constante oposición natural entre lo imaginado y lo real, se ve llegar también al pacifismo de Wilson, lamentándose de verse precisado a declarar la guerra; a los augures y videntes de la contienda de nuestros días, evocados por la memoria de sus grandes palabras o de sus grandes hechos; a quien tuviera condición moral para defender la violencia de la fuerza arbitraria y glorificar su bárbara tragedia; al que soñara la posibilidad del sometimiento de las naciones a una institución impositiva de justicia; a los que pasaron alegres entre el aniquilamiento, o vivieron intensamente sus afectos en medio de todos los riesgos del combate.

También los grandes sentimientos intensificados en la humanidad por los horrores de la gran catástrofe tienen el comentario interpretativo de todo su más íntimo sentido, el que atiende a los fatales sucesos que les engendraban, el de la hora histórica desde la cual el autor les supone evolutivos para transformación moral de la humanidad y progresiva trascendencia en las sociedades futuras. El dolor, la angustia, la simpatía, la piedad: tienen en esas páginas una psicología de su florecimiento por la guerra y una teoría de su destino.

Poetas y héroes, precursores y colaboradores—ahora o desde otros siglos—del milagro de la reacción redentora del mundo latino: hallan asimismo en este libro, de tan hondo sentido como artística belleza, la justicia del

recuerdo para el reconocimiento del significado de su contribución a la causa inmortal de los ideales que en nuestros días pueden merecer el sacrificio de tanta vida. Y con el mismo fervor que de aquéllos, nos habla de que mientras se elevaba a los espacios el estruendo del combate sostenido a lo largo de muchas leguas, se extinguían opacamente, allá en la sombra a donde no llegaban los reflejos del gran incendio de todas las civilizaciones, otras vidas altas y radiantes en el mundo por el fuego sagrado del corazón y del cerebro. Muchas fueros las almas luminosas así desvanecidas durante el exterminio de las multitudes en los campos de batalla: Ribot, Naquet, Vogüé, Lemaitre, Hervieu, Faguet, ¡cuántos más!, una legión de los que vivieron el sacerdocio de la ciencia y del arte humanitarias. Caídos en esos días de retroceso—fuera de la acción en que las naciones entregaban a la fuerza destructora toda la esperanza de su predominio, y cuyos horrores concentraban la atención de todos los habitantes de la tierra—cerraron sus ojos frente a la indiferencia glacial de los espíritus de su época, conturbados y abstraídos por el espectáculo de la muerte colectiva que segaba a los pueblos como flagelo enviado por una suprema justicia para castigo de la iniquidad de todos.

*

Con toda la sugestión de la probidad intelectual que le rige, ofrécese el comentario de la insuficiencia científica para crear la moral hecha instinto que pudiera brin-

dar a la vida la felicidad que busca. Informado del proceso psicológico originario de todas las supersticiones, ninguna puede hallar incomprensión en el espíritu del autor, y por eso la de la ciencia está, al igual que las demás, desalojada de él: como lo estaba del de Anatole France cuando sonriendo ante el Renan que un día también soñara la quimera de una ética científica, decía que "sólo sobre el sentimiento reposa naturalmente la moral".

Por eso puede afirmar Agorio que "sin el espíritu y sin el sentimiento, la ciencia es un montón de cenizas frías", y que "el furor científico ha causado a la especie peores males que el furor de Atila". Por eso, oponiendo hechos incontestables al fanatismo de las verificaciones empíricas—que creyera en la posibilidad de que a ellas fuera dado producir la moral superior que lograría la reforma de los espíritus como lo pide el concepto de la mejor vida—ha podido advertirle que si fuesen verdad sus postulados, la nación que poseyó "el más prodigioso adelanto científico debió ostentar la más alta moralidad". Es que la propia naturaleza de todos sus progresos ha demostrado, irremediablemente, que la ciencia no tiene cómo ofrecer a la inteligencia humana la penetración comprensiva del misterio del mundo y de la vida, que pudiera darle base para fundar una moral.

Con la misma noción y el mismo desengaño de la incapacidad de la ciencia para alcanzar la razón y el destino del universo, ha dicho un insigne pensador de nuestros días: "Después de todos los descubrimientos, es lo cierto que no conocemos ni nuestro origen ni nuestra

finalidad. El enigma supremo permanece tan ignorado para nosotros como lo estaba en los más remotos siglos. El culto que enseña la existencia de un Dios omnipotente es menos engañador que la religión científica. La ciencia ha abusado de la credulidad más que todas las religiones: vació de su simbolismo a los ídolos antiguos y prometió bases sólidas y eternas para una fe positiva. Pero no pudiendo cumplir su orgulloso compromiso, faltó a su vana promesa y dejó a la humanidad con sus ilusiones muertas frente al abismo de la nada". Y aplicando tan austero criterio como ese al proceso de las mismas decepciones seculares, muy eminente espíritu afanado en la evocación de nuevo ideal sobre las ruinas de todo lo demolido por el escepticismo contemporáneo, formula también acusación concluyente: "Es el cargo más grave que pesa sobre la ciencia el de su imposibilidad de fundar una moral, pues para esto sería necesario que se apoyara en una certeza que escapa a su dominio, porque la única que podría legitimar una moral científica sería la del conocimiento de las causas primeras y finales, o, cuando menos, la inteligencia de los destinos del mundo y del hombre".

Y todo convence de que a pesar de las innumerables verdades humanas acumuladas por la ciencia y la filosofía de todas las civilizaciones, nuestra especie—envejecida por los siglos—aún va sobre la tierra sin alcanzar el conocimiento que le traería el sentido de la existencia y el término de su ansiedad.

*

La visión de la guerra de todas las razas—cuando por su magnitud casi parecería que pudiera ser su único objeto el exterminio de las generaciones que eran la más brillante floración de las energías y de los ideales humanos—lleva al autor a meditar el problema de ultratumba. Levantando el pensamiento por encima del mediocre concepto de la muerte que la llama término y la teme, va hasta los límites de la vida, y junto al abismo silencioso arroja en el misterio infinito las supremas preguntas. No traerá el anuncio de una luz la sonda de su mirada en las tinieblas, pero acaso la labor de su espíritu coopera en la conquista futura de la serenidad que por su consuelo equivalga para las almas a la respuesta que les ofreciera el conocimiento siempre pedido como el secreto del bien definitivo.

Así va su atención naturalmente hacia los pueblos que culminaron en la antigüedad: a cuyo sabio sentido de la muerte se diría que hoy vuelven las conciencias, todavía interrogantes después de nuestras civilizaciones superiores. Es que desde la primera vez que el hombre sufrió un infortunio inmerecido sintió su derecho a una justicia reparadora, la pidió a todo lo que supuso con poder para tanto, y desde luego la esperó fuera del mundo donde era posible la iniquidad que padecía. Por eso recuerda Agorio cómo animaban las liturgias más antiguas la idea de la resurrección, y cómo la fe en una futura existencia en-

cendía la llama de la esperanza en una justicia redimente del dolor sin culpa.

Pero si el sueño de la inmortalidad viene de lejos y por ello el autor señala las visiones de ese anhelo en torno al fuego sagrado y a los sacrificios de los más viejos ritos: también en nuestros días se anhela y se busca revelaciones de otra vida más allá de la descomposición del organismo humano. Y hoy la ciencia experimental interviene en la rehabilitación metafísica, y para que renazca un nuevo sentimiento religioso afirma que aporta percepciones materiales de la existencia de otro mundo.

Es la misma afligente pretensión renovada una vez más ante el enigma de todos los tiempos, y como cuando en los lejanos grandes días de la India, Grecia, o Roma, el concepto optimista de la muerte no dejaba temer el término de la vida, porque se creía saber que continuaba en otro estado, hoy también—cuando se creía llegada la hora del triunfo de los egoísmos despertados y desarrollados por el espíritu escéptico dominante—aún parece absurdo aquel temor. Y un sentido moral que enaltece a la especie vuelve a llevar a los pueblos a correr el riesgo de la muerte en los campos de batalla, cuando la razón de las guerras es el deber de vivir con honor, con derecho y con justicia.

*

Termina el libro con el aserto de que se cumplen previsiones formuladas por el autor en una obra anterior y con la atribución del atraso de la América española a la

inercia de sus naciones. "El mundo, dice, refiriéndose a su aludido vaticinio, se desploma reformándose. Una aurora roja inunda las inmensas estepas de Rusia, y llega hasta la misma Alemania el reflejo extraño de la hoguera que abrasará al planeta". Pero en éstas y otras creencias cuyo radicalismo las exceptúa en el curso de la visión serena que informa el juicio en toda la doctrina: ¿es posible acompañar al autor hasta el extremo a que lleva sus suposiciones?

Aunque cuando él escribiera padecían algunas sociedades los grandes trastornos y delitos del desorden producido en circunstancias críticas para su vitalidad, es lo cierto que no ha podido perdurar y hacerse estable la barbarie de la anarquía, y no sólo no se ha envuelto en llamas al planeta sino que ya es visible cómo, gradualmente, el buen sentido instintivo vuelve los pueblos a la organización. Y ante la realidad de las mayores protestas obreras producidas después de la guerra: quimérico sería atribuirles potencia de desorganización universal y verlas como cataclismos mundiales cuando, evidentemente, las más de sus reivindicaciones económicas sólo son para adecuado mejoramiento material y moral.

Respecto de la condición actual de los países de nuestra América formula Agorio grandes verdades y discretas advertencias cuando declara que "hemos creado el desorden dentro del hogar, nos hemos forjado inquietudes artificiales, mientras los apetitos de afuera roen sin piedad los cimientos de nuestra casa"; y cuando afirma que "la obra de los pensadores y de los artistas debe

contribuir a formar la unidad de la conciencia americana". Pero obliga a detenerse y a meditar cuál sea la realidad posible, cuando aboga por el Panamericanismo sobre la base de una protección "benévola" de Estados Unidos.

Al llegar a las últimas palabras que en esta fuerte obra de pensamiento, voluntad y arte, renuevan los conceptos de sus primeros párrafos, paréceme otra vez hallar la más imaginaria trascendencia atribuíble a la conflagración que ha inspirado este bello libro a los talentos del autor. Y ante ello me pregunto si la guerra será más que una desviación en la senda del destino natural de las sociedades, por inevitable desequilibrio proveniente del desigual poder de las naciones. Porque después del choque, pasada la mutua destrucción por intereses nacionales y pasiones ciegas, vuelven siempre los pueblos a la normalidad instintiva, rectifican su conducta con sabia noción de las supremas conveniencias de la especie, y tornan a su bienestar y a su felicidad: por la paz y el deber, el orden y el trabajo, la salud y el amor, la ciencia y el arte. Es que la guerra, que con su destrucción de las cosas y las vidas interrumpe y malogra todos los adelantos materiales y morales, nunca ha tenido poder para cambiar la naturaleza humana y la certeza de las nociones del instinto. A los grandes sentimientos y aspiraciones naturales no los arranca del corazón y del espíritu una guerra más, por grande que sea.

En todas las épocas, en todos los climas, en todas las razas, la moral puede evolucionar y evoluciona, pero

el sentido moral nunca desaparece, y acompaña la conciencia del hombre al través de todos sus progresos. Por ello ante los mayores trastornos por la violencia siempre hallan la justicia y el derecho defensores que les restablecen y conservan entre los ideales y normas de la conducta individual y colectiva. Y los grandes sentimientos e ideas que perduran iluminando la conciencia humana a través de todos los tiempos y de todas las conflagraciones—desde la más remota antigüedad—continuarán, una vez más, con inquebrantable arraigo en la naturaleza moral del hombre, después del enorme conflicto que es objeto del brillante estudio que comento.

EL "RODÓ" DE PEREZ PETIT

(Anotaciones de justicia)

EL "RODÓ" DE PEREZ PETIT (1)

(Anotaciones de justicia)

Señor doctor Víctor Pérez Petit.—Querido amigo: He leído su *"Rodó"* y le agradezco el obsequio del libro, la lectura y los recuerdos. Vieja verdad universal es que así como todas las obras no pueden tener igual valor para un lector, los diferentes temas, tesis, o fases de cada una tampoco pueden despertar el mismo interés en todos los lectores. Y para mí, en la suya—aparte todo lo que desde luego pueda valer por lo que explica cómo usted ha entendido el alma y la obra de Rodó, a la vez que por lo que es permanente distintivo de su cultura y de su manera de discurrir y de redactar—la importancia superior está en lo que tiene de biográfica, pues en ello, sin posible duda, es la más completa hasta hoy.

Podrá formarse los más opuestos juicios sobre tales o cuales conclusiones de su trabajo; compartirse u objetarse sus ideas sobre la personalidad estudiada o el fondo y la forma de la producción filosófica y artística de aquélla; tenerse otra visión del espíritu y de la obra del maestro; adquirirse opiniones diferentes sobre el pensamiento, el estilo y el destino de la árdua y brillante labor que usted examina. Pero, inevitablemente, habrá que re-

(1) Carta publicada en *La Razón*, de Montevideo, el 22 de Marzo 1919.

conocer en la información de usted sobre la vida de José Enrique la que ofrece mayor caudal de datos, y aunque en algunas partes más documentada fuera más fehaciente, es la verdad que por ella—tal como es—el libro de usted agrega la biografía al conjunto de lo que se ha escrito sobre Rodó.

Ello no puede sorprender a los que conocemos la formación de usted junto al futuro maestro y su pequeño grupo: porque sabíamos que, precisamente por eso, era usted de los pocos que conocían la vida juvenil del insigne compatriota; como sabíamos que en la investigación la curiosidad lo había llevado a buscar sus informes de fechas y acontecimientos domésticos en la fuente insuperable del propio hogar del ilustre amigo muerto, y que había acudido a los íntimos contemporáneos de aquél para confirmar con su testimonio los recuerdos del desarrollo de aquella gran vida intelectual. Además: cuando esa parte informativa de su libro alcanza a las actividades políticas del hombre, agregan al estudio de las diferentes fases de la personalidad el mérito complementario de hacer justicia, ante propios y extraños, a su conducta cívica, que si como la de los mejores podía no escapar al error humano, por la sinceridad que la inspiraba no podía dejar de ser moral.

Expresada, pues, esa preferencia—proveniente también de natural simpatía por lo que evoca tantos recuerdos de mi íntima amistad y largo compañerismo con Rodó—he aquí, aunque sin extensión excedente del tiempo limitado de que dispongo, algunas otras de las

principales anotaciones recogidas en la lectura de las demás partes de la obra.

*

Concurre usted a confirmar la natural independencia de aquel selecto espíritu respecto del medio desfavorable en que tuviera que formarse, pues veo que coincide con el unánime reconocimiento de que el ambiente no tuvo influencia en la mentalidad y en la obra de Rodó. Así fué; así lo sabía él, como vez pasada lo recordé en una anécdota desde la revista argentina *Nosotros;* y—entre otras—por las razones que expresa usted: saludable es demostrar esa realidad porque es contribuir a formar conciencia de nuestro medio intelectual, pues en literatura como en historia, en artes, y en todo, las vanidades regionales no nos van a dar lo que sólo será posible por el adelanto consiguiente a la población, la vida y el tiempo que no hemos tenido.

Ello no es imposibilidad exclusivamente nuestra, porque, según las propias palabras de usted y su personalísima manera de decir: "en el Uruguay como en los demás países de América, toda la cultura es fundamentalmente europea, y siempre, en todas las épocas y bajo todos los climas, hemos ido a la zaga de los maestros de allá y rumbeando según nos condujeron las grandes corrientes del arte contemporáneo". Sí: sólo en remotas épocas, muy lejanas de la nuestra, será dado hallar en estos países la madurez del ambiente que es el sedimento de la evolución y el progreso de las civilizaciones sucesivas

que produce las personalidades que, en un país o en una raza, son natural floración del cultivo multisecular del espíritu humano.

Pero así como me complazco en señalar ese acierto, no puedo acompañar su afirmación de que "han errado de medio a medio los que han visto en Rodó un crítico literario" porque "faltábanle las cualidades características" y "no tenía el temperamento ni la severidad". ¡La severidad! Ya al respecto enseñara la sabiduría de Sainte-Beuve: "Le critique, s'il fait ce qu'il doit, est une sentinelle toujours en éveil sur le qui-vive et il ne crie pas seulement holà!, il aide. Loin de ressembler à un pirate et de se réjouir des naufrages, il est quelquefois comme le pilote côtier qui va au secours de ceux que surprend la tempête à l'entrée ou au sortir du port".

Y aparte de que paréceme que ya sea indiscutible que antes que la "severidad" puede ser cualidad esencial del crítico la aptitud de comprensión, pienso que por las facultades de Rodó para penetrar el espíritu de los autores y el sentido y el arte de las obras; por sus dotes de psicólogo como por su conciencia intelectual y literaria: no sólo fué uno de los más eminentes críticos contemporáneos sino el primero de todos los de América. Así fué reconocido por las más altas autoridades del pensamiento y de las letras en nuestro Continente y en el europeo. Así: tal como lo proclaman sus trabajos sobre Darío y sus *"Prosas Profanas"*, *"Montalvo"*, *"Idola Fori"*, *"Juan María Gutiérrez"*, y todo ese tesoro de luminoso examen, sabia interpretación y honda filosofía, con-

tenido en sus extraordinarios estudios de épocas, escuelas, géneros, obras, escritores. Y eso, naturalmente, sin amenguar la predominante aptitud magistral del pensador, del sociólogo y del moralista, que, en el más elevado sentido, nos muestran sus ensayos y sus obras principales.

*

Hallo, en cambio, clara y exacta su noción de lo que, ante el desarrollo del espíritu y de la obra de Rodó, muestran los dos estudios que primero llevaron a un libro la luz y el brillo de su mente y de su pluma: *"El que vendrá"* y *"La novela nueva"*. Cito las palabras que usted le dirigiera un día, referente a esos dos trabajos, porque ellas sirven al concepto de la unidad del proceso del pensamiento y del arte, siempre consecuente, en el gran escritor: "Dicen todo su anhelo de verdad, su aspiración hacia algo mejor que todo lo conocido, sus ansias de estudio, su amor al arte, su energía juvenil, curiosa e investigadora. Y dicen también que cuando usted empezó a escribir no lo hizo como lo hemos hecho todos, con tanteos, con tropiezos, con imperfecciones: usted, como la diosa griega de la cabeza de Júpiter, salió del seno del Arte armado de todas armas, las más puras y nobles. *"El que vendrá"*, dice esto: que desde la primera hora, desde sus primeros escritos, Rodó fué un escritor atildado, pulcro, sereno, sin mácula, sin incorrecciones, sin fealdades".

Por la misma verdad también ha podido afirmar

recientemente eminentísimo crítico: que desde *"El que vendrá"* hasta *"Los que callan"* el alma del autor imprime a toda su obra inalterable unidad de tono, agregando que Rodó "nunca dejó de ser el que antes fuera, ni faltó a la consecuencia con sus principios de juventud, pues si varió fué de asuntos, no de espíritu ni de manera".

Dos de las anotaciones a las breves páginas que usted dedica a *"Liberalismo y Jacobismo"* expresan mi disentimiento con el criterio que las motiva: ni era "liberalismo" el retiro de los crucifijos de las casas de caridad, ni puede haber fundamento para atribuir a Rodó predicación de "indiferencia". Viendo en aquel retiro del símbolo sagrado "tendencia netamente liberal" dice usted que: "Sobre todo el turbión de sus semejantes que pasan su existencia polemizando y combatiendo por ideas políticas, religiosas y sociales, él surgía, tal vez, como el único intangible. Mas si todos hubieran pensado como él ¿dónde quedaría el progreso, el desenvolvimiento de las ciencias? No es el indiferentismo contemplativo quien engendra la evolución de los seres y de las instituciones" (1).

Hoy, como cuando dirigía el diario en que Rodó sostuvo aquella controversia, paréceme "tan intolerante como sectaria la actitud asumida, ante una decisión de exclusivo carácter religioso adoptada en una asamblea de damas católicas de esta capital, por los enemigos de la conservación de las imágenes del instituidor de la caridad cristiana en un establecimiento fundado especial-

(1) Página 221.

mente para ejercerla". Y en cuanto a la suposición de un apostolado de "indiferentismo" en nuestro gran amigo, basta para demostrar su imposibilidad, recordar que son características de sus obras fundamentales su consejo y su enseñanza de la atención y vigilancia constantes al propio espíritu, sin prejuicios, con la más elevada mira y la mayor amplitud de criterio, para la más intensa y más fecunda actividad.

*

Bellas páginas de eficaz evocación, por la sugerente poesía de su simbolismo y por el arte de su estilo, son las que inician los comentarios de *"Motivos de Proteo"*, que no comparto en su totalidad. Su cálida inspiración y su vigor expresivo, su colorido y su gracia, las destacan en el libro con relieve que las iguala a las más felices y sobresalientes en la vasta obra de usted. Transcribo el primero de esos párrafos de su pluma—que no por ser breves merecen menos el homenaje justiciero del lector—para que muestre su elevada noción de esa obra de Rodó y la superioridad de la forma con que todos han sido escritos.

"Libro enorme y hondo, recortado de ensenadas azules, salpicado de islas florecidas, eternamente grave y harmonioso, todo animado de ocultas inquietudes, todo vestido de ondas cíclicas de luz, inmenso, fascinante en la amplitud de un horizonte que nunca se alcanza, sin orillas conocidas, sin puerto de arribada, es el libro-océano

por excelencia. Tiende a los vientos todas sus velas el alma del lector y sobre el cristal infinito, allá se va, como aventurera nave, emigrada a otras regiones, hacia otros cielos, siempre sobre la misma onda azul y vagorosa, al través de archipiélagos de harmonía y de soledades angustiadoras de silencio. La luz brilla en lo alto; debajo de la quilla se arremolina el misterio. Y el alma viajera, contemplando las ondas y las nubes, divaga por la inmensidad detrás de un inacabable ensueño, de un indefinible misterio, de una aleccionadora filosofía".

Antes de terminar recojo todavía una de mis notas a su estudio del último libro del maestro: de *"El Mirador de Próspero"*. Se refiere a su afirmación de que el *"Bolívar"* de Montalvo supera "literariamente" al de Rodó, y dice por qué no comparto esa opinión. Creo que si se va a buscar en esos dos trabajos—que coinciden por la entusiasta admiración de sus autores al héroe—la diferencia que les pueda dar lo que más caracteriza a cada uno: necesariamente se hallará en la forma lo que por la manera de cada autor califica la índole de cada obra.

El estudio de Montalvo—tal cual es: apologético, brillante y admirable—es una monografía esencialmente histórica, en su acostumbrado estilo imitativo de los clásicos. Como siempre: con asombroso dominio del idioma y de la manera de la más gloriosa época de las letras castellanas, y *por eso* con altísimo mérito literario, como las estupendas imitaciones de los maestros griegos y latinos de la historia realizadas por el Quevedo de las *"Obras Serias"*, con las cuales aquélla ofrece grandes semejan-

zas. Pero el estudio escrito por Rodó—aparte de la extraordinaria síntesis de la personalidad genial del libertador por la fusión de los rasgos que dan relieve original a su alma heroica—se distingue, especial e inconfundiblemente, por las bellezas propias de su estilo personal, llevadas a su mayor brillantez en una de las realizaciones superiores de su prodigioso arte verbal. Es una labor en la cual siempre lucirán las galas literarias que la crítica americana y europea, sin distingos, ha considerado incomparables.

*

La rememoración y las reflexiones que a usted inspiran los últimos años y la muerte del glorioso publicista, vertidas en los capítulos finales de su estudio, dejan un sentimiento de tristeza por el espectáculo de los sinsabores que amargaron los postreros días de aquella vida superior. Muchos desengaños habían traído la decepción a su espíritu delicado: que a las heridas de falsas amistades y negociantes cada día sumaba las de la degradación política que por varios lustros encumbrara a la mediocridad sobre la preparación y los talentos demostrados.

Refieren algunos compañeros del pequeño círculo de sus buenos amigos, que hasta en la ocasión de su muerte hubo quienes hallaran oportunidad para continuar su agravio intelectual, y que acá—donde con tanta frecuencia la inferioridad del criterio lugareño levanta altares para las idolatrías que exaltan hasta a las más bajas ha-

zañas de sus tristes héroes bárbaros y sangrientos—ha sido necesario que se viera apagarse la luminosa superioridad intelectual de Rodó, para que, por primera vez, apareciesen algunos interesados en la restricción del elogio y se oyese la recomendación de "no extremarle". Con ellos le ha ocurrido aquí, después de muerto, lo que en vida con los que considerando imposible negarle la excepcional belleza de la forma pretendieran disminuirle el mérito de la doctrina interpretándola mal. Pues aunque muy raros fueron los que no apreciaran toda la significación filosófica de Rodó, al considerar la faz del pensador en su personalidad: no han faltado—como no podían faltar—aficionados a las letras, carentes de preparación, que se atrevieran a emitir juicios radicales sobre materia que exige tanta conciencia, y afirmasen que su parecer era contrario a lo que proclamara la unanimidad de los juicios más autorizados en los países más representativos de la civilización moderna. Ello no es de sentir, pues esos fenómenos son necesarios y favorables: por ser la excepción confirmatoria de la regla.

Concluyo aquí estas rápidas disquisiciones sobre algunas de las notas intercaladas al texto en mi lectura de su libro Y lo hago felicitándole por todo lo que en esa obra—puesto por el corazón del amigo y por la capacidad del intelectual y del artista—es simpática nobleza de sentimientos, loables intenciones de justicia, y útil estudio: puestos a contribución en servicio de la vida, de las ideas y del arte del gran espíritu desaparecido.

"DICCIONARIO CRÍTICO DE ACEPCIONES"

(Por Santiago Ciuffra)

"DICCIONARIO CRÍTICO DE ACEPCIONES" (1)

(Por Santiago Ciuffra)

Montevideo, febrero de 1919.— Estimado amigo: He concluído el examen de los originales de su *"Diccionario Crítico de Acepciones"*, que usted quiso que yo conociese antes de darlos a la imprenta, y con placer cumplo el compromiso de expresarle mi opinión sobre esa obra de estudio y laboriosidad evidentes, pues debe serle favorable el juicio de todos los lectores que consideren ese trabajo con una noción exacta del objeto que en ella se ha propuesto el autor y de la manera cómo lo ha realizado. Labor de preparación, de conciencia, de criterio y de constancia, todo revela en ella tantos conocimientos adquiridos en el estudio como en el ejercicio cotidiano de la expresión escrita con cuidado de la propiedad del lenguaje.

No va a ser ese libro un vocabulario más, de esos que, con frecuencia, vienen apenas para aumentar en una unidad el número de los volúmenes que quitan inútilmente espacio a una biblioteca: la exactitud en la demostración del mal uso de las palabras, como el fundamento de las acepciones que usted reconoce a los vocablos, distinguirán a su diccionario, por la enseñanza que ofrezca, sobre muchos de los de su clase anunciados en los catálogos. Desde luego, en este caso como en todos, no fal-

(1) Carta publicada en *El Siglo*, de Montevideo, el 23 de febrero de 1919.

tará lector capaz de hacer el maravilloso descubrimiento de que la obra no es perfecta. Pero, aún después de hallar en su trabajo esa condición de todo lo que proviene de la ineludible falibilidad humana, permanecerá siendo cierto que muy largo, reflexivo y paciente esfuerzo ha debido preceder a la seguridad del autor en la razón de sus conclusiones, y que esa energía y esa conciencia en la investigación y el examen denotan labor lexicológica bastante para hacer indiscutible la utilidad de su nuevo libro.

*

En mi rápida revisión de sus manuscritos he visto que, en las cuatro partes en que está dividida la obra, se desarrolla el estudio regido por la norma insustituíble del más sano concepto lingüístico y filológico del casticismo. Es indudable que en nuestros días han concluído las limitaciones absolutas a la libertad de la expresión verbal, porque eran dictadas sólo por una noción errónea del purismo, vuelto petrificante y mortal para el idioma por arbitrario exceso de la rigidez que se le atribuía. Ahora como siempre es y será el fondo toda la razón de ser de la forma, y por ello entidades y cosas de la invención y del progreso ajenos, extranjeros, nuevos para nosotros, deberán ser designadas con especiales y nuevas palabras. Pero también es evidente que como al lenguaje lo forma la insuperable sabiduría de la naturaleza, y emana, en su desarrollo orgánico, consecuente con el proceso evolutivo de la civilización de los pueblos

a que pertenece: no es posible admitir que esté destinado a que le modifiquen artificialmente las corrupciones de la ignorancia, ni el criterio relativo, o el capricho, de cada hombre.

El idioma arraiga en la más íntima naturaleza étnica y psíquica de los pueblos, y el leguaje tiene afinidades y solidaridad inquebrantables con la historia y la cultura de cada nación. Por eso, a mi juicio, parece que igualmente exageran los que, sin advertir que quieren paralizar su evolución y su progreso, pretenden la cristalización de los idiomas dentro de los más herméticos y excluyentes moldes oficiales, y aquellos que predican la libertad de la elocución hasta para el invento de vocablos, adoptan las deformaciones originadas en las clases incultas, y respetan la introducción de voces extranjeras innecesarias, o alteradas contra la naturaleza y las leyes de las variaciones de las palabras.

*

Observo que han sido estos conceptos los que han guiado el criterio de usted en las cuatro secciones de su libro, porque tanto en los *"Americanismos"*, como en los *"Barbarismos"*, en los *"Parónimos"* y en las *"Voces necesarias que faltan en el Diccionario de la Academia"*, el discernimiento que estima y califica todas las voces revela siempre la norma segura de la noción de aquellas ideas, y es indudable que sólo de ellas puede descender la más clara luz para el acierto en una obra de la índole de la que

usted ha llevado a término felizmente. No fué otra enseñanza la que al respecto dictara desde su alta cátedra aquel Julio Cejedor y Frauca, maestro de maestros, que tan joven lograba arrancar la mayor admiración de su extraordinario saber, a sabios como Menéndez y Pelayo, Rufino José Cuervo, Navarro Ledesma, y otros tan insignes, cuando publicaba sus obras fundamentales.

Partiendo del principio, incontestable, de que en el idioma castellano tiene naturalmente que ser castizo todo lo que procede de la lengua pre-romana que hablaron los primitivos españoles, porque "lo que era nuestro antes de venir ningún extranjero a traernos lo suyo, es lo más nuestro que tenemos" reconoce, como es justo, que la civilización y la cultura llegadas con los romanos, hacen latinas la gramática y gran parte del vocabulario de la lengua española. Y aunque cree que es castizo todo ese elemento latino de nuestro idioma, sin serlo tanto como el de la herencia que teníamos—recibida en la cuna de nuestra raza, que no es latina—piensa que "hay que distinguir muy bien cuál es en nuestro léxico el elemento latino procedente por evolución natural del latín al pasar por los labios españoles, en aquella primera época del nacimiento de nuestro romance, para no confundirlo con la mitad del diccionario oficial que es latino, pero de acarreo, traído en diversas épocas por los eruditos, no del habla viva de los romanos, sino del diccionario del latín cuando ya este idioma había fenecido, y que, por eso, no es castizo para ningún romanista". No obstante esto, advierte que algunos de los más antiguos

de esos vocablos—llamados semi-eruditos—con el tiempo se han hecho castizos, porque infiltrándose en el pueblo han entrado de lleno "en la turquesa fonética del castellano"; en tanto que los que no han conquistado el uso popular, o se ven en él estropeados para acomodarles al fonetismo castellano—con el cual pugnan sin alcanzar que les adopten todas las clases sociales—no pueden ser considerados como castizos.

En cuanto a los neologismos de toda procedencia, siempre formuló su criterio y su ley para la admisión de ellos, expresando que, por su parte, consideraría *bien venido "todo vocablo llegado de fuera, si respondía a un concepto o un artefacto nuevo sin nombre castellano"*.

Y como Cejador, antes y desde otra cumbre, la palabra magistral de Andrés Bello, con la autoridad de su asombrosa cultura, señalaba también las normas científicas que pueden dar clave permanente al buen uso del idioma, al través de todas las influencias, en las sucesivas etapas de su evolución natural. Permítame concluir esta carta con la transcripción rememorativa de las enseñanzas pertinentes de este glorioso americano, acaso el más original entre todos los filólogos que dejaron más honda filosofía de la gramática castellana:

"Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como un medio providencial de comunicación i un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español, derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento pro-

digioso de todas las ciencias i las artes, la difusión de la cultura intelectual i las revoluciones políticas piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas; i la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas i extranjeras ha dejado ya de ofendernos, *cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación i mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben*".

"Pero el mayor mal de todos, el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neolojismos de construcción que inunda i enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, i alterando la estructura del idioma tiende a convertirlo en dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros".

Mi amigo: Cuando es posible demostrar que se está tan bien acompañado en las ideas, y que se va orientado por las opiniones de tan grandes maestros como los que dejo citados—para justificar con la insuperable autoridad de sus juicios el criterio regente de la labor de usted en su diccionario — parecería irreverencia pretender mayores elogios para recomendar el trabajo realizado. Yo sólo le felicito, sinceramente, por su ardua labor, convencido de que ella ofrecerá una utilísima obra de consulta a todos los que al escribir sientan el deber de hacerlo con la propiedad de lenguaje que en nuestros días de febril y anhelante actividad impone la obligación de ser claro y preciso, más que en otros tiempos (1).

(1) También para esta misma obra, José Enrique Rodó escribió un elogiosísimo prólogo, hasta ahora no llegado a conocimiento del público por no haber sido todavía impresa aquélla.

“REDENCIÓN”

(Novela de Angel de Estrada)

"REDENCIÓN" (1)

(Novela de Angel de Estrada)

Fratelli à un tempo stesso, Amore é Morte
Ingeneró la sorte.
Cose quaggiù si belle
Altre il mondo non ha, non han le stelle.
Nasce dall'uno il bene,
Nasce il piacer maggiore
Che per lo mar dell'essere si trova;
L'altra ogni gran dolore,
Ogni gran male annulla.
¡ Bellissima fanciulla !
. . . .

LEOPARDI.

Parece la obra de arte surgida de la emoción de un espíritu superior ante el lejano miraje de las alegrías y las tristezas de una vida muy intensa; y hace pensar en las palabras de Guyau: "le fond le plus solide sur lequel travaille l'artiste, c'est le souvenir, le souvenir de ce qu'il a ressenti ou vu comme homme, avant d'être artiste de profession".

Llena esas páginas la visión de los días inolvidables: recuerdos de la infancia, de la adolescencia, de la juventud, de la madurez; la memoria de las contemplaciones de la naturaleza, de las observaciones de la vida, de la

(1) Publicado en *La Razón*, de Montevideo, el 10 de agosto de 1907.

filosofía de las ciencias, de las percepciones psicológicas, de las sensaciones de arte; la evocación de cuanto hace el proceso evolutivo de la personalidad moral, intelectual y sensible. Y al través de esta urdimbre de las ideas y los sentimientos vividos, va desarrollándose, natural y sugestiva, la acción principal del argumento de la novela: los accidentes de una de esas pasiones que, como el fuego al metal, purifican a los corazones que consumen; que dominan sobre las leyes y los dogmas como si fueran algo más legítimo y sagrado por su propia esencia que lo estatuído para sus sociedades por la humanidad; y cuya soberanía alcanza el respeto de las conciencias lúcidas y honradas que no pueden sancionarla, como si ella tuviera el derecho que le falta contra las convenciones que viola.

Son los amores supremos; los que en la naturaleza animan cuanto existe; los que resumen la esencia de los seres; los que están en la savia y en la sangre de todos los organismos y encienden y transmiten la sugestión de la simpatía; los que obran la conjunción de las afinidades, llevan el fuego misterioso de la creación y poseen el sentido de la vida. ¿Que les trunca el infortunio? Es la ley natural que se cumple eternamente al fin de todas las realidades y de todos los sueños de la criatura humana, para cuya dicha basta que la desgracia inevitable en su camino llegue tarde; después de la más intensa vida material y moral; en la hora vacía; para acabar su destino.

Si a cada mortal fuera dado hallar la criatura correspondiente, amante y amada para toda la existencia,

la que cada ser necesita para completar su destino; si en el mundo aconteciera siempre esa oportuna unión de los que se prefieren, de los que parecen vinculados en el corazón y en la mente desde antes de nacer, y viven, cuando se encuentran, sacrificando todo a la mutua felicidad, sin separarse más que por la muerte; si el hallazgo del único amor satisfaciente para el espíritu y el cuerpo, fuese universal en vez de raro, común en vez de excepcional: entonces, acaso la dicha hiciera inútil la prestigiada legislación de las uniones humanas, pues pocas precauciones tendría que codificar el legislador cuando la pasión correspondida, más sabia que sociólogos y estadistas, hubiera asegurado la única fidelidad espontánea.

Pero como nada ofrece este ideal, destinado por ser tal, tanto como otros, a que no le alcance la criatura que le sueña: queda el hombre padeciendo perpétuamente la deficiencia de las leyes que se da para compensar su miserable condición en la vida. Y víctima de la natural imperfección que la abruma camina entre sus errores, a veces con la tristeza de los derrotados por las decepciones, a veces con la alegría que presta la esperanza a los que no perdieron la fe.

*

Empieza la novela con la descripción de los funerales del conde Pedro de Monfort, en Deux-Sévres, bajo las naves de Santa Radegunda de Poitiers, y en el templo del castillo del marqués de Elançay, hermano del

gentil-hombre fallecido. Allí, en el fúnebre ambiente de la despedida al gran señor cuyo cadáver yace dentro de la suntuosa cripta; en medio de una sociedad aristocrática y mundana, donde "la gente se mira como al final de una fiesta", la palabra Exposición cruza "como una ráfaga nerviosa", y los grupos se dan cita para París; entre las lujosas colgaduras del luto, y las amarillentas y vacilantes llamas de los cirios: aparece por primera vez Juan de Monfort, "el más ilustre vástago de aquella raza".

Y, pasado el triste suceso, sigue la conversación familiar en el castillo acerca del distinguido muerto, y se recuerdan sus profundas frases, siempre llenas de verdad, sentimiento y delicadeza: era un ser extraño y superior, pero entristecido. "Una vez, cuenta un pariente, el abate Loissy nos vino a ver para agradecernos la nueva campana de la iglesia, y como dijera, "cuán admirable timbre tiene", él le respondió: "El timbre del metal intacto. La gracia es dar notas vibrantes, y aladas, y cristalinas, teniendo la interna rasgadura. Pero, qué queréis, las campanas son menos virtuosas que las almas".

Juan de Monfort—que sin más fe que su anciano tío fallecido, cuando decía que creía en la divinidad de Cristo "sólo porque no pecó ni una vez en un mundo tan hermoso", afirmaba por su parte que Jesús "había sido un hombre que mereciera por la bondad de su doctrina ser Dios"—ha apurado la dicha en casi todas las fuentes que tiene la vida para ofrecerla; pero no ha conocido todavía la pasión, y así aunque se haya embriagado con

todos los placeres de la juventud comprende que "amar porque se ame al amor no es amar". Y siente que las mujeres "le han dejado un fondo de profunda melancolía", como las artes y la literatura a que recurriera más tarde, en busca de la satisfacción de sus indefinidos anhelos, "sólo le aportaron la decepción y el hastío, haciéndole viajar inquieto desde la muerte de su padre, tras emociones desconocidas". Pero nada le reanima, y sabe, como lo declara en una hora de confidencias, que es "un ser sin brújula, cuya amabilidad para los hombres es cultura; que, con raras excepciones, tiene el más profundo desprecio por la especie; que ha combatido su sensibilidad comprendiendo lo tonto de la delicadeza en medio de la triunfal grosería, y que piensa que marcha a su destino, descreído y desilusionado para siempre".



Y sintiendo cada vez más enorme el vacío de su existencia, padece la necesidad de trasladarse sobre la tierra en que camina cansado, y, así, visita el castillo de Abrisseaux, "teatro de sus primeros años, que, ahora, le parece el sepulcro del espectro de su infancia, diciéndole: vete, no tienes por qué detenerte aquí". Y todo lo anda, todo lo recorre, llevado sin cesar de un lugar a otro, por la sed insaciable de su hastío, hasta detenerse desesperado en París "con el alma rota de tanto vibrar", con aquella alma que "había acabado por odiar hasta las indagaciones científicas, detenida siempre en su curiosidad por la

impenetrable línea del misterio, y que estaba cansada, también, de recorrer mares y continentes, sabiendo que los países desconocidos no encerraban, para la inquietud, las fuentes de agua aplacante que anhelaba".

En París, entre amigos dignos de su cultura y su refinamiento, llevado y traído siempre "con el mortal cansancio de su supremo hastío", por la insaciable sed de la novedad consoladora, llega a todos los refugios del placer; visita todos los pabellones y espectáculos de la Exposición; se detiene ante los monumentos de la gran capital de la civilización moderna, evocando el espíritu de su arte; frecuenta los círculos literarios, y los centros de la más aristocrática sociedad. Pero también allí todo es en vano, y cuando, cada día, sale de donde todos los demás se divierten y son felices, él "siente el deseo de su anonadamiento", y aunque, a ratos, estremezca su espíritu "el anhelo de escapar de esa decadencia con el ímpetu de una acción a ejercer, o de una obra a construir", siempre concluye por contestar a los que quieren animar su vida con la vida de la labor artística de que era capaz por su cerebro y su corazón: "quisiera sacudir mi apatía, meterme en grandes poemas, pero nunca me he encontrado más triste, y con un sentimiento más profundo de la inutilidad de todo".

Es la víctima de ese desencanto supremo que, a veces, padecen los que nacieron mejores; de ese mal, peor que el dolor físico, que, en algunos, parece el castigo de la vida intensa, la pena de la clarividencia; de esa rendición humana que hace preguntar, y responder sin

explicar, al reflexivo personaje de Tchekhov, el insigne novelista ruso: "¿Pourquoi, au début de notre carrière, avons-nous foi en nous-mêmes, sommes-nous capables de nous passionner, et puis, á trente, á trente-cinq ans, faisons-nous banqueroute?". "Les uns deviennent phtisiques, les autres se suicident, ceux-ci s'abandonnent au jeu, ceux-là á l'alcool, et nombreux sont ceux qui piétinent l'idéal de leur jeunesse".

*

Mas, el misterio que acerca de la futura suerte de cada criatura se renueva cotidianamente en la existencia humana todavía reserva para aquel espíritu abatido la hora de la reacción inesperada, y, agitado por el amor va a despertar, acaso por la última vez, a la vida de la más intensa emoción. Es la casualidad que pone en el camino de Monfort el hada salvadora: un día de suprema angustia, al cruzar un puente, ve, en una carroza que pasa ante él, una mujer desconocida cuya belleza y actitud detienen su mirada y arrancan su admiración. Otra vez, una tarde, a la hora del té, reaparece ante la vista del poeta, fugaz y entre el elogio de los que la contemplan, la perturbadora silueta de la extraña persona que le atrae.

Después, todavía desconocida, se presenta la seductora maga en la soledad de un boscaje, durante una fiesta de la Exposición, pero como esta vez viene hacia el nuevo amigo, llega hasta él y le habla: la conversación revela la afinidad de sus dos almas. Y entonces él, a quien la belleza, la voz y las ideas del amable ser llegado con-

mueven hondamente, acaba por expresar, como la eterna y suprema sentencia que dictara la naturaleza a sus criaturas, que al fin de cualquiera de los senderos que pudiesen elegir todo dice "gozad antes de caer en el inmóvil reposo", y aunque ella le ha dicho que va a desaparecer "legándole lo único que dejan los ensueños brillantes y las realidades hermosas: un poco más de tristeza", él siente que su estado moral se trasforma, y piensa, convencido, que "es menester vivir".

De ahí en adelante avanza velozmente la unión de esas dos vidas, y desde que Juan de Monfort sabe que la mujer que ha venido a despertarlo de su postración moral, trayéndole, acaso, la última razón de su existencia en una gran pasión, es la traviesa y predilecta compañera de su infancia, aquella que en el hogar llamaban Matzuyama: se siente volver a la juventud ilusionada y entusiasta, con las intensas sensaciones iniciales de la vida emotiva y del predominio del sentimiento. Y ella también, la honesta criatura que, no obstante su matrimonio, hasta entonces cruzara la existencia fría y sin amor, cede a esa ráfaga de la emoción primera, siente que recién ama, y con su juventud y su belleza va a pecar para la sociedad en la gran comunión de un sentimiento, imperioso y triunfante por ser la más intensa vibración de la naturaleza y de la vida humanas.

Tras esa mezcla de fugaces dichas y adversidades que siguen siempre al triunfo de la pasión, vieron los amantes desaparecer el único obstáculo que se oponía a la legalidad de aquella unión natural. Y entonces sien-

ten la necesidad de alejarse de la sociedad que les conoce, de la que observa con millares de ojos la conducta de los que son felices e interviene con su curiosidad y su comentario en la dicha ajena. Y deciden y emprenden un viaje al término del cual esperan y se prometen la consagración de su amor ante el altar de su fé.

Pero ¿qué recoge el hombre de todas las ilusiones que dan calor a su vida? ¿qué de las ambiciones y sueños que alegran sus días? Dice la experiencia que el desengaño, y, como lo escribiera Schiller en *"La Novia de Mesina"*, siempre concluye el mortal por hacerse las tristes preguntas de las decepciones finales: "¿Qué son las esperanzas? ¿Qué valen los proyectos fundados sobre el suelo engañoso, por el hombre, hijo de la hora fugaz?".

*

Van a Grecia, la tierra donde la seducción de las memorias atrae desde lejos y cautiva a los viajeros, que a cada paso que dan en su suelo ven alzarse junto a sus pies, como mágicas exhumaciones de la vida gloriosa que allí tuvo la humanidad, y que yace sepultada por el polvo de los siglos, las imponentes grandezas de aquel genio heleno que dejó a la posteridad, para la admiración eterna, el ejemplo redentor de sus heroísmos leyendarios y los ideales de su espíritu pristino y excelso. De París a Bríndisi, y de allí a la antigua Corcyra, a Corinto, a Salamina, a Megara, finalmente a Atenas: el idilio lleva feliz a la pareja, de playa en playa, y de ciudad en ciu-

dad, iluminándolo todo con la luz de su amor; embelleciendo las memorias que emanan de aquella tierra y de aquel cielo, con la poesía de la imaginación de los dichosos.

En Atenas, ante los restos de sus grandezas muertas, vibran las almas de los amantes más que en todos los otros sitios que fueron teatro de la vida original y luminosa del pueblo griego. Sobre la colina del Acrópolis, entre los escombros de los templos derruídos por el tiempo y la barbarie, como allá donde estuvieron los jardines de Academo, o donde se reunía el Areópago; en el barrio del Cerámico, como donde se celebraron los misterios de Eleusis, o allí donde un día fué teatro de Dionysos; en los que fueron escenarios de las batallas, ágoras de las multitudes, lugares de juegos inmortales y concurso de las artes; en todos los parajes que recuerdan alguna gloria de aquellas generaciones que vivieron enamoradas de la forma y de la fuerza, creando una belleza propia a la vida de su época; doquiera llegan los amantes en aquel suelo clásico del arte inmaculado y eterno, viven el espíritu del genio griego en sus más radiosas culminaciones. Y con la cultura de sus almas y la sensibilidad de sus temperamentos afines, todo lo alcanzan, todo lo interpretan, todo lo comprenden, lo sienten y lo disfrutan, entre el triunfo y la gloria de su amor, tan lleno del placer de las caricias como del deleite intelectual y moral que es dado disfrutar a los espíritus superiores.

Y en medio de una vida así, cuando más intensamente sienten la plenitud de su dicha, llega, de pronto,

brutalmente, la hora inicial del infortunio. Una noche en que en el Partenón las dos criaturas se confiesan embriagadas de la belleza y de la vida, y sueñan, a la luz de la luna, el alma de las sagradas ruinas, asistiendo en su ilusión a la despedida de aquel querido mundo, desde el borde de la inmensa tumba en que van desapareciendo sus últimos despojos, con los mármoles de sus templos deshechos, la tierna enamorada se siente estremecida por el escalofrío de una fiebre que no es la del amor y de la vida.

*

¿Podrá ser esa sensación, para aquel cuerpo bello y joven, el principio del enfriamiento eterno que, próximo o remoto, aguarda siempre a cuanto con su calor mueve la vida? No va a ser esa la postrera vibración de aquel organismo; pero la última interruptora de las humanas dichas y desdichas ha hecho su primer llamado en el festín de aquellas vidas, y aunque todavía por algún tiempo la alegría anime los días de la gentil pareja, pronto el dolor destruirá la harmonía de las dos almas, y sólo errará una por el mundo con la tristeza de su soledad sin fin.

Cual las aves que en el bosque huyen aterradas y vuelan hacia el nido al oir la detonación que llega hasta ellas como la voz de la muerte, los amantes, tras la sorpresa de aquel primer peligro de una de sus vidas, piensan en París y abandonan a Grecia. Pero la joven enamorada, que va herida, recibe el segundo golpe de la

muerte que la persigue, allá en tierra de Turquía, en plena Constantinopla, sobre la torre del barrio de Galata. Y tras la dicha postrera de oirse llamar Condesa de Monfort entrega la breve e intensa vida que animara su ser, formulando en su último pedido sólo el deseo de la dicha de su amante: "Ah! si con la fe vibrante de tu raza, fueras hasta Jerusalen, como tus abuelos, los cruzados, evocando una dama: tu llevarías mi nombre para esperar, y así yo presidiría tus últimos destinos!" "Cree, por Dios: no quiero morirme sabiendo que has perdido la esperanza".

Y ante aquella muerte que para Monfort es la muerte de todo, se piensa en el amargo sentido de las palabras que un día le dijera el hombre extraño y superior que fué su pariente más querido: "Mi pobre Juan, he aquí el resumen de la existencia: venimos, sufrimos y nos vamos".

Entonces, pasadas las exequias de la malograda esposa, Monfort emprende el viaje a Tierra Santa, y allí, junto a los sagrados lugares del suelo que fué teatro del sacrificio redentor cristiano, todavía alcanza el último bien de los que parecen elegidos para ser felices aún después del infortunio, hasta en sus postreros días. Vuelve a sentir el consuelo de la fe que antes le abandonara, recobra nuevo ánimo para vivir y encuentra satisfacción en seguir adelante hasta cumplir su destino: como otra vez, lejana, vió desaparecidos su decepción y su escepticismo por el amor de "aquella que disipara su hastío restituyéndolo ardiente y pujante a la vida; que lo sacó

de las sensaciones de los sentidos y de la inteligencia para atormentar y embellecer su corazón en los fuegos y frescuras del amor; que le arrancó a su aislado estetismo sugiriéndole el anhelo de una familia; y le volvió la ambición de conquistar imperios que dieran a su frente flores con luz de estrellas".

Y eso es todo, ese el término del libro, cuya lectura trae a los labios los ecos inmortales de la lira de Mad. Ackerman:

Regardez-les passer, ces couples éphémères !
Dans les bras l'un de l'autre enlacés un moment,
Tous, avant de mêler à jamais leurs poussières,
Font le même serment :
Toujours ! Un mot hardi que les cieux qui vieillisent
Avec étonnement entendent prononcer
Et q'osent répéter des lèvres qui pâlissent
Et qui vont se glacer.



Es, pues, esta novela, según quedó dicho en la primera de estas notas, una historia sencilla y humana: intensos y triunfales amores que, inesperadamente ofrecidos por la naturaleza, llegan hacia la mitad de dos vidas que por ellos se redimen de la decepción y del hastío recogidos prematuramente en la experiencia, y que de pronto trunca la muerte. Y eso sólo, sin complicaciones artificiales para dar mayor interés al argumento, basta al autor para emplear sus poderosas facultades en la descripción, en la psicología y en el estilo, que prodiga en las seiscientas páginas del libro y le muestran capaz de hallar siempre la manera original de animar

con el aliento de la vida y de dar forma artística a la expresión de lo que siente o de lo que vé: de cuanto hace ese mundo interior de las emociones y de las ideas producidas por el efecto, doloroso o grato, de los sentimientos y por el variado espectáculo de la naturaleza y de la sociedad.

Confirma Estrada la opinión de Zola, de que "en todos los tiempos ha bastado el talento para alcanzar triunfos, sin que haya sido menester, ni en poco ni en mucho, cuidarse de pretendidas reglas", porque sin los prejuicios escolásticos que afectan la espontaneidad de la producción con la tortura del exclusivismo en los procedimientos, se muestra en su obra tan frecuentemente romántico como naturalista. Pues junto a diálogos y disertaciones animados por el más raudo vuelo lírico, hace admirar múltiples y laboriosas descripciones que por el vigor de la observación y del colorido que revelan, recuerdan muchas de las que produjera la pluma de los Goncourt y consagran a su autor artista consumado en la manera literaria del maestro de Medan. Y si por la descripción el autor de esta novela se muestra digno del de *"El Color y la Piedra"*, tan celebrado por la crítica más autorizada, justo es consignar que por la psicología que hace en el nuevo libro: tan apto es para la intuición de los caracteres como para profundizar en el análisis de los estados de alma de la personalidad a que atiende. Abundan los detalles que desde esta faz del escritor, acusan en el novelista de *"Redención"*, una sensibilidad exquisita, y un intérprete fiel de las modalidades sucesivas

del espíritu en los sujetos que presenta, sean ellos tomados de la realidad o impuestos por la lógica del plan seguido en la obra.

Inteligencia elevada y dueña de una gran erudición, que sin violencia aparece a cada rato en el curso de la lectura: por la amplitud de su criterio y la capacidad sintética de su juicio, trae con frecuencia a la mente las palabras de Taine a propósito de esas facultades: "Son las vistas de conjunto el mejor signo de un espíritu superior". En cuanto al estilo, cumple decir de él, haciendo honor a la verdad, que por el vigor y la brillantez que le colman de propiedad y de belleza, comprueba una vez más la razón de Lemaitre al afirmar que "el don del estilo es un don innato, que nunca se adquiere, que sólo puede desarrollarse en el que lo posée naturalmente", pues la forma es en esta novela primorosa obra de arte producida por una imaginación ardiente y un gusto refinado, que servidos por un vocabulario riquísimo llenan las páginas de frases deslumbrantes y de seductora harmonía.

Tal es ese libro que con elevadísimo mérito viene a enriquecer la literatura americana. Y justo es reconocer que si lleva al ánimo del lector la melancolía que siempre dejan la injusta destrucción de la dicha de los buenos y la incontrastable usurpación del bien a los mejores, conforta y enseña a esperar — aún después de la desgracia que todos, hasta los que se llaman felices, hallan alguna vez en su camino — en estas dos grandes fuerzas, siempre las más poderosas y fecundas de la vida: el amor y la fe.

"LA TOUFFE SAUVAGE"
Y "LA ROSA DE LOS VIENTOS"

(Por Juana de Ibarbourou)

"LA TOUFFE SAUVAGE" Y "LA ROSA DE LOS VIENTOS"

(Por Juana de Ibarbourou)

«Le grand artiste, simple jusgú'en ses profondeurs, est celuí quí garde en face du monde une certaine nouveauté de coeur et comme une éternelle fraîcheur de sensation».

GUYAU

"La Touffe Sauvage"

Montevideo, mayo, 1927.—Ilustre amiga: Acabo de leer *"La Touffe Sauvage"*, y si por su sustancia puede decirse que los libros tienen un alma, es indudable que está en éste la de usted. En sus páginas todo muestra su idiosincrasia de mujer, su emotividad de poetisa, su talento de artista.

Por ello creo que una traducción de tal obra, en el concepto más noble de su ejercicio, no pueda ser más que la realizada en esos versos de Francis de Miomandre. Pues conservar el calor vital y emotivo, la radiación luminosa, la belleza moral y formal que como atributos esenciales infunde a sus obras un espíritu creador, es lograr el más elevado ideal que puede alcanzar una versión de sentimientos, ideas y estilo a idioma distinto de aquel en que fueran expresados originariamente.

Admiro a Francis de Miomandre desde cuando, leyéndole por primera vez, conocí su primer estudio de la filosofía moral y del arte de Rodó. Por eso esperaba hallar su gran entendimiento y su brillantez literaria en su transmisión a otro mundo espiritual de ese concierto de intensas sensaciones y sutiles matices harmoniosos que son la poesía y el verso de usted. Pero me complazco en reconocer que es sorprendente, aun para la mayor confianza en las consagradas aptitudes del traductor, su fidelidad a todo lo que es singularmente humano, delicado y bello en la inspiración de los poemas que traduce.

Porque aunque, como es natural, para los lectores de nuestra raza la obra de usted posea las mayores seducciones en su habla propia, es evidente asimismo que al trasladarla al francés el ilustre crítico, prosista y poeta, ofrece uno de los más calificados tributos de las afinidades y la admiración que los excepcionales valores que integran la personalidad de la poetisa pudieran suscitar en todo tiempo. Y en estricta justicia: la verdad es que la sensitiva y lírica excelencia de las creaciones que enaltecen el nombre de la autora merecía esa traducción, y que dignas de esta empresa eran las dotes de quien la ha empezado despertando el más vivo anhelo de que la continúe como se muestra capaz de hacerlo.

"La Rosa de los Vientos"

Montevideo, noviembre, 1930. — Muy agradecido al obsequio de sus nuevos poemas, le escribo para enviar-

le mi testimonio de la admiración que en justicia les pertenece. Después de decir que son suyos sería redundante agregar que en ellos triunfa como siempre el númen glorioso de una de las mayores consagraciones americanas. Pero es evidente que son un altísimo alarde de capacidad en el dominio de la última norma introducida en la poesía y la versificación.

¡Norma!: lástima que cualquiera sólo sea una de tantas imposiciones limitativas del derecho imprescriptible de la inspiración a hacer arte como más lo sienta en las expansiones del dolor o la felicidad; de la manera que más sirva para modular la voz de lo suyo a cada cual. Porque es indudable que en la ruta infinita al ideal, toda mutilación de alas está, irremediablemente, destinada a detener el vuelo poético hacia lo que pide la vida de cada noción de belleza.

Por debajo del talento y del genio las escuelas literarias aparecen y se van, vuelven y pasan, en una evolución de años o siglos. Y, siempre, sólo de dos modos: o como expresiones naturales de la manera de sentir y pensar en las diferentes épocas que se suceden en el curso de los tiempos, o como vana simulación de singularidades para remedar a la originalidad creadora.

¿A cuál de ellos pertenece la actual corriente de actitudes "vanguardistas" que cruza por entre la complejidad, incesantemente evolutiva, del espíritu contemporáneo? Como todas: a los dos.

Porque la mayoría de las realizaciones que la integran son obra de preocupados en descubrirse rarezas sensiti-

vas, y en decir a modo de los que cultivan ese misticismo llamándose iniciados en los gustos de la nueva sensibilidad que suponen a la juventud. Las otras, son las pocas que enraízan en sensaciones vivas, traen lenguaje propio, y, con belleza inmarcesible, vienen para un destino superior a todos los artificios que llegan, desaparecen y, a veces, renacen.

De esa alta calidad son las de *"La Rosa de los Vientos"*. Pero cuando los que son como usted hacen concesiones a las cosas de las épocas no escapan a la ley de su superioridad y, aunque accedan a las exigencias del régimen escolástico que es el dogma herético de sus días, no hallan modo de reducir a él su grandeza, permanentemente, y salen del estrecho molde como son, y quedan para siempre en la integridad de lo que les exceptúa.

Ayer le decía a nuestro común amigo el insigne pintor Barthold, que esa concluiría por ser la historia de la admirable incursión de usted a la moda de hoy que la seduce. Y espero que el tiempo dé prueba de ello.

Por facultades extraordinarias se halla usted habilitada para adaptarse a cualquier innovación artística satisfactoria de alguna de las modalidades psíquicas que se suceden en el espíritu de los tiempos. Cual por un afortunado privilegio su naturaleza recibió las más potentes dotes perceptivas y evocadoras, para las creaciones con sello propio y distintivo en la labor del entendimiento y la expresión de las mudanzas en los ideales y en el gusto.

Pero más que la soberanía intelectual que permite hacer obra artística a la manera que lo pidan los cánones

de las preferencias cambiantes que se manifiestan y preponderan en cada etapa de la evolución ideológica y estética, perdura y triunfa, sobre todo, lo que es fundamental en las almas y hace inconfundibles las obras. Por eso usted seguirá siendo usted, a pesar de la devoción con que se incorpore a la caravana de los peregrinos que llegan al templo de cada nueva fe; continuará siendo aquella que en las realizaciones que labraron su celebridad no era como otro, y sería siempre original sin pensar en serlo, sin proponérselo como los que no lo pueden ser.

Todo ello se impone y resplandece, para gloria de usted y de las letras de América, en esa obra poética de "vanguardia", realizada con tan acendrado amor y sabio arte que en ella tiene el más perfecto ejemplar de tal manera moderna nuestro ambiente literario. ¡Tantos son el tesoro de sensibilidad y las maravillas de imaginación que ha acumulado su ingenio en las páginas de *"La Rosa de los Vientos"*.

"EL HOMBRE DE ORO"

(Novela de Rufino Blanco Fombona)

"EL HOMBRE DE ORO"

(Novela de Rufino Blanco Fombona)

«*¿Para qué no iba a decir la verdad a mi pueblo? ¿Era más patriótico el adulterio de la realidad?*»

. . . .

«*No. Que se miren en este espejo mi país y otras barbarocracias donde triunfan y pelechan el usurero sin escrúpulos, el general sin campañas, el periodista sin vergüenza, la mujer sin pudor.*»

«*Que se aprenda, por otra parte, a estimar a quienes, como las Agualonga del libro, fracasan en ese o parecidos medios. Fracasan precisamente por altivos, por honrados, por verídicos, por buenos.*»

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Es una fuerte evocación de uno de esos ambientes sociales sudamericanos cuyo grotesco espectáculo instruye más que todas las demostraciones de los estadistas, respecto de las tristes realidades que con frecuencia perduran bajo el intermitente desarrollo del progreso que con angustiosa lentitud transforma a nuestros países. Y es obra de patriotismo superior, con tan profunda conciencia como alta moral cuando el autor describe la descomposición que contempla y cuando aplica el cauterio de sus comentos. Por ello será siempre trascendente la sugestión de ese desfile de aspectos y tipos de la vida sin ma-

durez de muchos de nuestros pueblos. Pues ese espectáculo de una realidad generalizada, con pocas variantes, en todos ellos, subleva el sentimiento del honor nacional y determina el anhelo y el propósito de servir a éste. Y a pesar de que se reconoce con el autor que "aun en medios sociales de más quilates y superior nivel moral que este que se refleja en *"El Hombre de Oro"*, la Vida se burla de la Bondad y la arrastra por los suelos", adviértese también el sentido histórico y sociológico que su americanismo comprensivo y esperanzado pone en toda esa intensa y bella obra de pensador y de artista. Se mueve la palanca de una reacción moral impostergable tras esas escenas y esos personajes de estas colectividades que apenas han vivido su primer siglo de independencia, con aparente adopción de instituciones republicanas, pero sin efectividad de derechos y sin gobierno propio; bajo imposiciones personales impeditivas de la democracia que les hubiera excluído de la dirección de la sociedad; casi siempre viendo a las mediocridades más serviles escalar los diferentes poderes del Estado.

Cada tipo que el novelista pone de pie con la vida que le infunde, y cada escena que reanima artísticamente, con el significado moral que le pertenece, es una pieza del proceso que instruye a la sociedad acusada, y, a veces, testimonio de un delito contra la patria. Se comprende que va haciendo justicia la pluma del escritor. Parece el castigo de la historia.

Todos aquí, y creo que como en ésta en casi todas las "repúblicas hispano-americanas", hemos conocido ge-

nerales Chicharra, periodistas Rata, dignas e infortunadas Agualonga, ladrones Irurtia en los ministerios, injertos de Emmerich en la buena sociedad. Y por eso cada lector de estos países, al hallarles en las cáusticas y brillantes páginas de *"El Hombre de Oro"*, dirá, seguramente, como yo: éste es aquél, ésta es aquélla, ese es aquél otro. Son antiguos conocidos de todos, puestos una vez más en la claridad por el talento luminoso del autor. Y éste es el sabio y experto profesor que con enorme conocimiento de las cosas que entristecen e infinito saber de los dolores morales, corta y enseña inclinado sobre un organismo enfermo tendido en la mesa de operaciones. Es un americano que habla de la América suya, de su América amada, con gran conciencia y con gran virtud.

*

En *"El Hombre de Oro"*—novela de caracteres y costumbres, sociológica y descriptiva—el autor es realista sin alardes escolásticos, con muy artístico y sugerente estilo, y con raro dominio del idioma, aunque éste aparezca tal como le usa en todos sus libros.

En las descripciones tiene páginas imperecederas por el sentimiento del ambiente, la precisión de los rasgos esenciales y el vigor del dibujo. Cuando describe la casa solariega que fundaran los antepasados de la aristocrática familia que un día padece la pena de tener que abandonarla; el curioso establecimiento comercial del rústico infatuado con su sabiduría del herbario indígena; los

trajes y las costumbres del avaro y su infortunada compañera; la vida habitual de las últimas descendientes de la vieja estirpe patricia; la patética despedida del caserón; la regocijante excursión de placer del presidente; y otras escenas y otros tipos de igual relieve: recuerda algunas de las clásicas descripciones de Balzac.

Y en la evocación de las almas hay capítulos magistrales, por el entendimiento de las idiosincrasias, el proceso de las emociones y la exactitud de la expresión. Es de éstos aquel en que muestra lo que ocurre en el espíritu del avaro, protagonista de la obra, la vez que habiendo salido en busca de "médico de Universidad", cuya visita tendría que pagar, para su compañera enferma, tras larga lucha con su avaricia decídese a consultar una vez más al curandero al cual no remuneraba sus servicios. El proceso de esas vacilaciones hasta adoptar la resolución definitiva, indigna: tan penetrante es el examen de la insensibilidad y la miseria moral del usurero. Y el estudio del alma de ese mismo personaje principal, no sólo en su sordidez, sino en sus sentimientos afectivos, en el desarrollo de su tardía pasión por una dama de clase superior, está hecho en páginas resplandecientes de ática espiritualidad y llenas de "saber de amor", honda intuición e ideas propias.

Otra explicación inolvidable es la del mundo moral y la naturaleza psíquica de las tres hermanas de abolengo ilustre, tan diferentes en sus temperamentos como unidas e identificadas por una misma distinción y un mismo orgullo. También complace el elevado criterio ético con que

siempre el novelista sugiere simpatía y respeto por la superioridad de esos tres corazones que con una misma nobleza mueven una misma sangre.

*

En cuanto al dominio del lenguaje a que aludí, no obstante la frecuente preferencia del autor por los vocablos regionales, es evidente en el curso de esas páginas, donde lo castizo alterna, por expresa voluntad del novelista, con las voces y giros de su pueblo americano. Sería injusticia negar al autor el vasto conocimiento del vocabulario castizo que demuestra empleándole con irreprochable propiedad, aunque conjuntamente escriba: "útiles de escasa *valería*"; "*marramuncias* de la legislación"; "*curucuteando* en los cuartos"; "el *rebeco* don Camilo"; "*maraqueaba* la cabeza"; "en una *compactación*"; "pocillos de *fayenza* blanca"; y *morocotas, guarapo, tumusa, arepa, morrocoy,* y cien frases y voces más como esas. ¿Para qué repetir aquí que el tesoro clásico de la lengua castellana es tan vasto que al conocedor que le recordase oportunamente le evitaría la necesidad de emplear las palabras y modismos que le corrompen en estas y otras tierras? No puede ser este artículo obra para renovar la demostración de los maestros respecto de la excepcional abundancia de términos españoles que permiten llamar las cosas y expresar ideas y sentimientos con propiedad. ¿Y acaso sería necesario, asimismo, rememorar una vez más las razones lingüísticas y filológicas que han enseñado,

definitivamente, que sólo requiere vocablos y expresiones nuevas aquello que aparece por primera vez en el propio suelo, o nace o se inventa en el extranjero; sólo lo que no teniendo nombre antes de existir, lo necesita desde que existe? Eso lo conocen todos, y el novelista como cualquiera: por ello sería inútil demostrarlo una vez más.

Por mi parte, yo, que siempre gusto ver en la obra de arte escrita el lenguaje necesario para expresar correctamente lo que se piensa o lo que se siente, creo que hay más idioma en esta novela de Blanco Fombona, llena, como él dice, "de americanismos, arcaísmos, galicismos y otros ismos", que en algunos libros cuyos autores se tienen por puristas. Sin adoptar ni aconsejar esa utilización de voces extrañas, o de innecesaria fabricación propia, forzoso es reconocer que los idiomas son organismos que asimilan y crecen, evolucionan y se transforman, y que los escritores que emplean indistintamente las palabras que usan cualesquiera de los numerosos pueblos, viejos o nuevos, que hablan español, repiten lo que ya se hacía en los lejanos tiempos en que se formaba la lengua castellana, cuando los clásicos la trasladaban del uso a sus escritos imperecederos. Porque, como lo explica el sabio Mir y Noguera, unas veces "de un vocablo recibido fraguaban otros como éste, para socorro de la perentoria necesidad, la cual érales la primera causa legítima de toda innovación verbal; y otras veces, las más, la semejanza de una voz con acciones relacionadas sugeríales sentidos metafóricos de que están preñados casi todos los vocablos españoles".

Y hoy ya todos saben que la crítica contemporánea ha demostrado, definitivamente, que hasta los inmortales autores de las más grandes obras maestras del clasicismo insuperado y ejemplar, no pudieron evitar al escribirlas el uso de incorrecciones que hacen imperfecto su lenguaje. Pero ello no impide que resplandezca el genio que las creara, ni que sean los supremos monumentos literarios del idioma castellano.

RODÓ ANTE LA CRÍTICA INGLESA
Y NORTEAMERICANA

RODÓ ANTE LA CRÍTICA INGLESA Y NORTEAMERICANA

Entre todas las expresiones de admiración que pueden honrar a una obra humana, están destinadas a prevalecer con la autoridad del mejor derecho y la trascendencia más consagratoria aquellas que demuestran el mérito que las motiva. No hay algo que logre convertir al elogio en verbo de la gloria como lo que abona la conciencia del juicio que lo emite.

Desde los primeros trabajos de Rodó, tanto en América como en Europa los más eminentes comentaristas coinciden en el reconocimiento y la demostración de todo lo que en su doctrina y en su estilo es mérito excepcional. Como lo dijera Rubén Darío al escribir sobre *"Motivos de Proteo":* en todas partes la obra de Rodó ha sido acogida con tanto entusiasmo como razonada admiración. Y está al alcance de cualquier propósito de justicia la fácil comprobación de que si sólo rarísimas veces puede hallarse en la copiosa crítica consagratoria de esa obra un leve comentario discrepante en algo con el autor, ello apenas constituye las naturales excepciones que confirman la regla.

Desde que al aparecer sus estudios iniciales la crítica europea enviábale el aplauso de espíritus tan esclarecidos por su extraordinaria erudición como por su luminoso juicio, la más intensa interpretación filosófica de su doctrina y la más perceptiva visión de los valores artísticos de su

prosa caracterizan al examen de que se hace objeto a sus obras, hasta que cierra la serie de éstas la publicación póstuma de sus últimas páginas. Todos los que han seguido, o examinan ahora, la continua trayectoria de sus triunfos, saben que en España, Clarín, Valera, Unamuno, y otros de sus más ilustres críticos, no ocultaron su admiración, ni las razones de ella, al conocer los primeros estudios del joven pensador que aparecía en América: tal como en adelante lo han hecho sus más eminentes maestros. E igualmente, entonces y después, también en las diversas naciones de nuestro Continente los espíritus de más elevada jerarquía honraron a la conciencia intelectual americana aplicando sus sobresalientes dotes a la exégesis filosófica y literaria de las obras de pensamiento y arte del gran maestro.

Pero aparte de la luz que las más altas inteligencias de los países de habla castellana han vertido en homenaje a las excelsas facultades de aquel espíritu creador, también en naciones de otras razas y diferentes idiomas la crítica ha evidenciado tan profundo como entusiasta entendimiento de la obra de Rodó. En Francia, todos los estudios que se le dedicaran hasta hoy—desde el primero de los intensos y luminosos artículos del ilustre Francis de Miomandre, en el cual señala por primera vez "el progreso que sobre Renan implica el concepto democrático de Rodó"—revelan interés y admiración crecientes por las ideas y el arte del insigne pensador y estilista, a cuyas enseñanzas críticos prestigiosísimos de aquel país atribuyen la más alta trascendencia que pueda hacer eficientes en el espí-

ritu y la vida de muchas generaciones a una doctrina filosófica y a un postulado moral. Y en Inglaterra y en Estados Unidos de Norte América—aparte de los artículos fundamentales por su luminosidad y su justicia, en órganos de opinión de la importancia mundial de *The Times* y de *The New York Times*—han sido escritos los más extensos estudios publicados en idioma extranjero sobre el espíritu y la obra de Rodó.

I

Havellock Ellis, el ilustre filósofo inglés, autor de diversas obras que le dieran reputación mundial, y que por el alcance de su pensamiento y la delicadeza de su sensibilidad revela uno de los espíritus más penetrantes y finos entre los maestros de la crítica contemporánea, ofrece en su segundo libro de ensayos filosóficos a propósito de *"The Conflits of the War"*, publicado en 1919, una interpretación fidelísima de las ideas de Rodó y establece, sin reservas, toda la grandeza de su significado."Era uno de los espíritus más esclarecidos de nuestra época, dice, era de la estirpe de Quinet, Renan, Fouillé, Guyau", y expone y comenta el concepto del maestro: sobre "el arte de vivir"; sobre "el espíritu de la civilización de los Estados Unidos"; sobre "la democracia"; sobre "la crítica"; sobre "el liberalismo y el jacobinismo".

Después de explicar cómo para Rodó vivir, en el sentido superior, es desarrollar una actividad creadora y libre, por encima de todo fin interesado y material, puesto que

su culto de la vida interior es para realizar por ella la harmonía y la belleza contínuas en la sociedad, hace constar que cuando el pensador para confirmar ese concepto analiza el espíritu de la civilización de los Estados Unidos cuida de no expresar que aquel espíritu sea el simbolizado en Caliban, porque ello sería extraño a su elevada orientación, y declara que admira aunque no ama a la idiosincrasia nacional de la América del Norte, y su análisis no revela ni la menor actitud despectiva. Y si demuestra por qué Rodó crée que el sentido utilitario de la vida y la uniforme mediocridad, como norma de existencia social, es lo que informa al espíritu del americanismo del Norte: se complace en recordar que el maestro reconoce cómo y por qué la obra de los Estados Unidos no puede perderse para los intereses del alma y que la fuerza de la civilización que en el tiempo transmuta lo material en espiritual salvará un día a aquel país del destino que hallaron Nínive, Sidón y Cartago.

Son esas palabras fidelísimos testimonios de justicia, que honran a la probidad intelectual de Havellock Ellis. Porque concurren con la alta autoridad del esclarecido espíritu que las dicta, a desvanecer la errónea o mal intencionada atribución a Rodó de un prejuicio hostil hacia el pueblo norteamericano, de un concepto infundado de su genio, o de una negación apasionada del engrandecimiento civilizador que lo transforma y realiza su progreso moral, llevándole a culminar en los destinos humanos e idealistas que le esperan en el porvenir.

Es contra las fáciles y lamentables afirmaciones de

esas gentes que adulteran el pensamiento del autor y le suponen ideas que a ellos permiten aparecer rebatiéndole, que es necesario rememorar frecuentemente los conceptos verdaderos y los términos precisos de Rodó, respecto de aquél y de algunos otros temas de su obra de pensador. Y sólo por ello y porque tal como el gran filósofo de Brixton lo expresa es como únicamente habló Rodó de los Estados Unidos de Norte América, transcribo aquí algunos de los más pertinentes. Pues sólo confirmatorias del mismo criterio son sus indelebles palabras, que como han dicho hasta ahora dirán para siempre: "Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible en las sociedades humanas el reino del espíritu. Así lo reconoce el mismo aristocrático idealismo de Renan, cuando realza, del punto de vista de los intereses morales de la especie y de su selección espiritual en lo futuro, la significación de la obra utilitaria de este siglo".

. . . .

"La obra del positivismo norteamericano servirá a la causa de Ariel, en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material, con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos, o él mismo en lo futuro, en eficaces elementos de selección".

. . . .

"Pero la vida norteamericana no nos ofrece aún un nuevo ejemplo de esa relación indudable, ni nos lo anuncia como gloria de una posteridad que se vislumbra. Nuestra

confianza y nuestros votos deben inclinarse a que, en un porvenir más accesible a la inferencia, esté reservado a aquella civilización un destino superior. Por más que, bajo el acicate de su actividad vivísima, el breve tiempo que la separa de su aurora haya sido bastante para satisfacer el gasto de vida requerido por una evolución inmensa, su pasado y su actualidad no pueden ser sino un introito con relación a lo futuro".

. . . .

"Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy *voluntad* y *utilidad* solamente, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que de la enorme fragua surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer, en un ya citado discurso, creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos ni en la realidad presente de aquel pueblo, ni en la perspectiva de sus evoluciones inmediatas; y renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde existe un boceto tosco y enorme, que aun pasará necesariamente por muchas rectificaciones sucesivas, antes de adquirir la serena y firme actitud con que los pueblos que han alcanzado un perfecto desenvolvimiento de su genio presiden al glorioso coronamiento de su obra".

Y años más tarde, ratificándose en aquellas mismas ideas, en el admirable estudio que con el título de *"Rumbos Nuevos"* dedicara a *"Ydola Fori"*, el bello y hondo libro de Carlos Arturo Torres, decía sobre la creencia de

los hombres de pensamiento y de gobierno de la América latina en "la superioridad absoluta del modelo anglosajón, así en materia de enseñanza, como de instituciones, como de aptitud para cualquier género de obra provechosa y útil, y la necesidad de inspirar la propia vida en la contemplación de ese arquetipo, a fin de aproximársele, mediante leyes, planes de educación, viajes y lecturas, y otros instrumentos de imitación social":

"Los Estados Unidos de Norte América aparecían como viviente encarnación del arquetipo; como la imagen en que tomaba forma sensible la idea soberana. Absurdo sería, desde luego, negar, ni la grandeza extraordinaria de este modelo real, ni las positivas ventajas y excelencias del modelo ideal: el genio de la raza que en aquel pueblo culmina; ni siquiera lo que de practicable y de fecundo había en el propósito de aprender las lecciones de su bien recompensado saber y seguir los ejemplos de su voluntad victoriosa. Pero el radical desacierto consistía, no tanto en la excesiva y candorosa idealización, ni en el ciego culto que se tributaba por fe, por rendimiento de hipnotizado, más que por sereno y reflexivo examen y prolija elección, como en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas, de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosas que caben en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras; que pueden emularse disposiciones

heredadas y costumbres seculares con planes y leyes; y finalmente, que, aún siendo esto realizable, no habría abdicación ilícita, mortal renunciamiento, en desprenderse de la personalidad original y autónoma, dueña siempre de reformarse pero no de descaracterizarse, para embeber y desvanecer el propio espíritu en el espíritu ajeno".

*

A pesar de la concluyente claridad de esos términos, repetidamente ha sido necesario traerlos a colación para rebatir a la mala fe o al olvido que les negara. Por la eficiencia con que lo hiciera recuerdo aquí que, entre otros, Max Henriquez Ureña, hablando de esas ideas de Rodó ha justificado sus asertos frente a algunas observaciones formuladas a veces respecto de aquéllas. "En nuestra época, ha dicho, los Estados Unidos de Norte América encarnan el verbo utilitario; Rodó señala el peligro de que la admiración por la grandeza y por la fuerza de esa nación poderosa guíe a los pueblos de nuestra América a someterse a una conquista moral, que ya hoy trasciende al orden político. Se ha dicho que, a la distancia, Rodó no podía juzgar con absoluta exactitud todas las cualidades de la civilización norteamericana. Podrá ser que, a pesar de la serena imparcialidad de su espíritu, no aparecieran en toda su magnitud los factores de inteligencia, de sentimiento y de idealidad que también concurren en algunos aspectos de la vida norteamericana; pero, en lo sustancial, no se equivocó al señalar el espíritu que anima a aquella

civilización que, por asombrosa que sea, es hoy solamente voluntad y utilidad". "Y no dejó de advertir tampoco las principales virtudes norteamericanas, como son la de poseer el sentido absoluto de la libertad, la de haber demostrado el poder del trabajo, la de haber hecho del espíritu de asociación el instrumento de su grandeza, la de haber construído en la escuela un taller prodigioso de hombres útiles, y la de mantener el culto de la destreza, de la fuerza, de la voluntad".

Aplicando Havellock Ellis igual probidad interpretativa al referirse al concepto que de la democracia poseía Rodó, rememora los motivos de la reprobación formulada por el maestro tanto para el ideal arbitrario del superhombre de Nietzche como para la creencia radical y extrema de Bourget al afirmar que el triunfo de la democracia significaría la derrota de la civilización: menciona lo que le apartaba de Renan, por el cual nuestro compatriota sentía gran admiración, pero a quien no acompañaba cuando suponía que una superior preocupación por los intereses ideales pudiera ser contraria al espíritu democrático. Y concreta el ideal de Rodó expresando que según su doctrina apenas a la democracia será dado harmonizar la igualdad inicial de las actividades cívicas con una desigualdad final que permita que los más aptos sean los que cuiden y realicen el bienestar general. Pues en esa lucha democrática en vez de reducir a todos los miembros de la sociedad a un nivel inferior, se les elevará al más alto grado posible de la cultura: dado que entendida así la democracia, lleva en la propia emulación para aspirar a ascender un elemen-

to perenne de aristocracia selectiva, cual sería el de instituir por el consentimiento de todos la primacía de lo mejor.

Y eso es simplemente una exacta exposición de lo que nuestro compatriota dijo cuando escribiera que "desde el momento en que haya realizado la democracia su obra de negación con el allanamiento de las superioridades injustas, la igualdad conquistada no puede significar para ella sino un punto de partida. Resta la afirmación. Y lo afirmativo en la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las *verdaderas* superioridades humanas".

"Con relación a las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la afluencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aún débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, el orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento del orden; y que, librando su ordenación jerárquica a la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer triunfar las más injustificadas e innobles de las supremacías".

Después de leer tales palabras de percepción y sapien-

cía magistrales, siempre, inevitablemente, se recuerda la dolorosa comprobación que en los países de la América española han tenido esas grandes verdades de Rodó acerca del mero concepto aritmético de la democracia. Es que después de ellas no es posible sustraerse a la asociación de ideas que trae a la memoria los tristes efectos padecidos en las naciones americanas por el error de dar sentido numérico al ejercicio de la soberanía popular para designar sus representantes en los poderes públicos. Y se asiste a la triste visión de lo que en la casi totalidad de las llamadas repúblicas de la América latina, ha significado en mandatarios, legisladores y magistrados del caudillaje, el resultado que arroja el sufragio en esa democracia cuantitativa donde tan preponderante intervención tienen la ignorancia y la inferioridad moral, con su desastrosa influencia decisiva de la mayoría.



Cuando el insigne publicista inglés trata de los estudios críticos sobre Darío, Bolívar y Montalvo, aparte de ver en ellos tan altas como brillantes manifestaciones del patriotismo continental de Rodó, exalta la excelencia de esas obras declarando que en ellas mantiénese su autor en el elevado plano de un crítico constantemente lúcido y sereno, consciente y simpático, dueño de un estilo en el cual se combinan la elegancia y la originalidad hasta hacer de él el más eminente maestro contemporáneo de la lengua castellana: tal como lo acredita el autorizado juicio de los más esclarecidos ingenios españoles y americanos.

Oportuno es recordar aquí que entre estos últimos y respecto del estudio sobre el genial arcaista de Ambato, Francisco García Calderón—que tan alta autoridad tiene en el mundo del pensamiento y de las letras—ha dicho que le parece "igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo de estudiar la época y el hombre"; que "las páginas en que analiza al arte literario de Montalvo son de las mejores que escribiera el maestro", y que no cree "que haya en la España actual quien pueda superarlas". Y asimismo Max Henriquez Ureña ha expresado que "el estudio sobre Montalvo es una de las producciones más hondas e importantes de Rodó, pues a la vez que una biografía crítica es un análisis político-social del medio y de la época", a la manera de Taine, agregando que "la visión del Ecuador a mediados del pasado siglo surge de esas páginas cálida y palpitante; la descripción de la naturaleza resulta, por el arte supremo de la palabra, una maravilla igual a la que puede ofrecer la realidad; y el análisis de Montalvo, esto es, de su carácter y de su obra, revela tal penetración crítica que nadie podrá superarlo".

Al fijar Ellis la noción del liberalismo de Rodó afirma que éste analiza admirablemente la intolerancia del dogmatismo absoluto sobre la base del libre pensamiento racionalista. Por ello agrega que así como no pudo nuestro pensador hallar en Sud América ambiente más fértil que en Norte América para el arte: también como repudiaba a la intolerancia del materialismo utilitario del Norte, se oponía a la intolerancia del jacobinismo del Sud. Y termina estableciendo que si "por la devoción dedicada al ideal de conciliar al espíritu de Jesús con el de Atenas,

puede llamarse a Rodó *europeo,* y más directamente *francés:* al adaptar ese ideal a las necesidades de su Continente, y al establecerlo sobre una base democrática es el verdadero representante de Sud América".

Sus últimas palabras son para recordar que el temperamento de los primeros libros del maestro era de duda y ansiedad, pareciendo esperar una evolución o revolución externa; pero que su visión se afirmaba cada vez más; que su revelación no era de afuera sino de adentro; y que alcanzó una rara serenidad lúcida y siempre indiferente al aplauso.

II

Pero la obra de mayor aliento que hasta ahora haya dedicado la crítica, en idioma inglés, a la interpretación de las ideas y del arte de Rodó, es, indudablemente, la escrita por el profesor Isaac Goldberg de los Estados Unidos, y de la cual ha ofrecido una buena traducción la *"Biblioteca Andrés Bello"* de la *"Editorial-América"* de Blanco Fombona. Desde las palabras preliminares adviértese una facultad perceptiva eminente por la amplitud y la claridad de su visión al precisar y definir el espíritu del pensador, y al calificar la doctrina de su apostolado.

Ya allí presenta al criterio del lector la observación—cuyo olvido sería error y su ocultación injusticia—de que Rodó nunca aspiró a fundar un sistema que pretendiera encerrar todos los fenómenos psíquicos en el molde de un dogma rígido, sino una estructura ideológica adaptable a

las diferentes idiosincrasias por la misma flexibilidad natural que le permitiera resistir a los cambios sociales que hacen envejecer y desaparecer a los sistemas cristalizados. Por ello advierte que a pesar de la quietud de su vida y de la serenidad clásica de su razonamiento y de su arte, "había en Rodó uno de los espíritus más dinámicos de su época", de la cual comprendiera más que todos el renaciente individualismo que anima al movimiento modernista y a la común evolución de las ideas. Y le reconoce, en la América española el pensador traído, como los más de los grandes hombres, por la necesidad de los tiempos, y afirma que aunque el caudal de sus ideas específicas pudiera alguna vez ser aumentado o disminuído, el elemento medular de su filosofía, desde su exhortación a sucesivas adaptaciones al ambiente evolutivo perdurará inconmovible al través de largas épocas.

Al estudiar el *"Ariel"*, advierte que ya sus páginas contienen en germen las cualidades distintivas de la personalidad de Rodó. Explica cómo, entre ellas, un profundo sentido de la incesante continuidad de la vida anima al eclecticismo que lleva al pensador a harmonizar en síntesis ética y estética los elementos paganos y cristianos. Y ve que de esas características derivan su tolerancia y su constante anhelo de originar en cada persona moral una readaptación, nunca interrumpida, a las sucesivas mutaciones del mundo externo.

Su altísimo y luminoso concepto de la democracia, como generatriz de la más capacitada dirección para la más benéfica trascendencia en el destino de la sociedad:

concepto originalmente opuesto al de la democracia cuantitativa de los políticos, y "con penetración digna de Tocqueville y viendo más y mejor que Bourget", al decir de Clarín; su noción del americanismo, llena de conciencia de cuanto en las energías morales y materiales de los pueblos de la América española puede ser eficiente para su progreso y su felicidad; su constante y apasionado culto de la justicia y de la libertad, entendidas y explicadas sólo como son posibles en su sentido ideal: por el respeto y la tolerancia mútuos; la ponderación del juicio y del consejo del gran pensador; su maravilloso estilo, resplandeciente de metáforas pletóricas de ideas y de belleza; sus magistrales y sugerentes parábolas; todo, en fin, lo que en la célebre despedida de Próspero es riqueza sustantiva y opulencia formal, está en el estudio del eminente crítico norteamericano señalado con tan hondo y claro entendimiento como poderoso y honesto criterio. Pero, por sobre cuanto ideológica y moralmente avalora ese examen de *"Ariel"*: la nacionalidad del escritor que lo hace da singularísimo valor al sincero reconocimiento y a la autorizada opinión que contiene de las ideas de Rodó sobre el espíritu, la vida y la obra del pueblo norteamericano, ideas que no se han visto siempre libres de interpretaciones erróneas y desfiguración de su realidad.

Así, coincidiendo con Havellock Ellis, Zaldumbide, Henriquez Ureña y otros de los más ilustres comentaristas de Rodó, deja lealmente reconocida toda la admiración de éste por las cualidades intrínsecas de aquel gran pueblo, y el alto concepto que mereciera al pensador

la extraordinaria actividad de su excepcional energía y el vertiginoso desarrollo de su progreso. Y Goldberg, como el eminente escritor inglés, hace constar asimismo que si Rodó veía todo eso, en la época en que escribió, como genuina manifestación de voluntad y de espíritu utilitario en un pueblo sin profunda tradición orientadora "porque todavía no fuera capaz de sustituir al inspirado idealismo del pasado con una desinteresada concepción de futuro: lo hizo declarando también su fe y su esperanza en que en adelante aquella civilización alcance un destino superior por el sentimiento y la idealidad". Pero, al preguntarse el crítico norteamericano lo que puede haber de cierto en aquel reproche a su pueblo, frecuentemente formulado por muchos escritores—y en Rodó condicional y sin la mordacidad y la dureza de los más—reconoce que aún admitiendo que pudiera equivocarse el pensador sudamericano en su visión, confirmatoria de la que antes que él hizo a Spencer predicar a los norteamericanos "el evangelio del descanso": es indudable que le asisten los más razonables fundamentos para no proponer como modelo a la juventud hispanoamericana la labor frenética por el propósito de la utilidad material sobre todo, que rige la vida del pueblo de los Estados Unidos. Le parece que aún no hallándose de acuerdo en los pormenores con nuestro pensador los norteamericanos pueden adherir respetuosamente a la tesis de aquél, sin desdoro nacional. Y declara que es aplicable a su gran país la verdad de Max Henriquez Ureña cuando, refiriéndose a la América del Sud, afirma que "si la masa ignorante necesita instrucción la clase directora necesita ideales".

Los párrafos con que el vigoroso analizador da término al estudio de *"Ariel"* son expresivos de la más amplia admiración. Y así como en otros anteriores dijera que basta leer los ensayos sobre Montalvo y Bolívar para advertir que con toda razón se le ha comparado a Emerson, Macaulay y Carlyle, en los que finaliza su examen define con singular acierto la personalidad filosófica de Rodó, al atribuir al poder revelador de su entendimiento la eficiencia de "un intenso, radiante y polícromo resplandor en la entraña de las cosas".

Pero es ante *"Motivos de Proteo"*, que alcanza su mayor eminencia el conceptuoso juicio de Goldberg sobre el espíritu y la obra de Rodó. Todo lo que en su doctrina hay de original e inconfundible y en su estilo de perspicuidad y belleza está clarísimamente visto e interpretado con exactitud.

Empezando por reconocer que es en esa obra maestra donde Rodó da a su filosofía todo el perenne sentido moral y humano que la convierte en un sistema de trascendentalísima virtud dinámica, exalta su significación como investigador y descubridor de las potencialidades del alma y de la intervención de lo inconsciente en la vida cotidiana. Así deslinda lo que hay nuevo en su concepto del "yo" como producto de todas las influencias creadoras de la compleja multiplicidad de cada espíritu individual; así señala cómo con su excepcional visión de la proteica instabilidad de la vida, Rodó concibe y enseña la mutación de su empleo para un nuevo destino, cuando se haya agotado una facultad o haya fracasado una actividad. Y advierte

que lo hace no por una mera exhortación a buscar en el inagotable tesoro de nuestras riquezas espirituales otro motivo orientador para reemplazar a la felicidad perdida, sino con la demostración en la realidad por el ejemplo de muchas vidas ilustres en todos los tiempos y en todas las razas.

Expresa Goldberg, que ningún psiquiatra ha demostrado más conciencia que Rodó de la importancia de los fenómenos mentales que parecen más insignificantes, porque nadie ha explicado mejor por qué es imposible entender lo consciente de nuestra actividad moral sin el conocimiento de lo que el instinto profundamente arraigado en la naturaleza impone a todo lo que es impulsivo en la conducta. Por eso se complace en explicar cómo, cuánto y por qué admira el profundo y sutil análisis que de la vocación hace Rodó en esta obra, y expresa su convicción de que esa enseñanza debería ser estudiada por los padres de familia y educacionistas norteamericanos que frecuentemente sofocan los idealismos en holocausto a las finalidades materiales. Pues aunque la idea de la mutabilidad de la vida a favor de la ilimitada riqueza de las reservas espirituales ya fuera concebida: lo que es original en Rodó e inconfundible y nuevo en su obra es su sostenido y hondo inquirir en la personalidad psíquica; su visión luminosa de numerosísimos aspectos de ella nunca considerados por otro en su trascendencia propia; y su descubrimiento en muchas vidas célebres de casos ejemplares de autorevelación.

Pero, aparte de esa característica, la originalidad que empeñosamente Goldberg reivindica para Rodó: es la de su propósito filosófico y la de su orientación moral. Por

eso, con la más honesta y respetuosa fidelidad a los motivos que inspiraron al pensador, llama la atención del lector hacia el hecho real y efectivo de que viendo Rodó a la verdad—como a la vida—en perpetuo *"devenir"* y apariencia *"proteica"*, lógico y natural debía ser que no la considerase una *"medida estática"* sino una *"fuerza dinámica"*, por lo cual no pretendió revelar la verdad a las almas, sino infundirles el amor de ella: "un diligente y desinteresado deseo de la verdad, que guíe nuestra mente por el camino de adquirirla". Y para corroborar el dinamismo de la doctrina de Rodó recuerda cómo para éste cada nueva verdad entendida no debe quedar en estado de mera cerebración, sino manifestarse en actos, como lo demuestran con claridad indiscutible las dos sentencias del maestro citadas: "No es la verdad o el error que te convence lo que reforma tu alma, sino la verdad o el error que te apasiona. La realidad no es una fría pizarra sobre la cual hay escritas sentencias sino un vivo y palpitante engendrar de sentimiento y acción".

En el estudio de esta obra Goldberg deja la declaración de que el mismo Rodó ofreció el perfecto ejemplar de vida progresiva cuyas características explica en el capítulo ochenta y dos de su libro. Y termina el estudio declarando que los *"Motivos de Proteo"* deberían ser traducidos a todos los idiomas y formar parte de todo sistema de educación.

*

Igualmente pletórico de entendimiento e ideas propias, de conciencia y admiración, es el estudio que el crí-

tico norteamericano hace de *"El Mirador de Próspero"*. Todo cuanto en conceptos y en sentimientos, en ideales y en sensibilidad avalora los ensayos, discursos, prólogos y páginas de antología que ha puesto en esta obra el crítico, el sociólogo, el artista que integran la personalidad del autor, es estudiado por Goldberg con pleno dominio de sus nociones fundamentales y clara percepción de su belleza moral y artística. Pero para no dar a estas sintéticas notas una extensión incompatible con su objeto, apenas indicativo de lo que con más relieve caracteriza al consciente respeto y a la fundada admiración que al crítico inspira la obra de Rodó, reciban aquí término sólo con algunas referencias más al eficaz razonamiento con que Goldberg destruye las erróneas interpretaciones de la tesis y la finalidad a que converge todo el pensamiento y el arte de la doctrina de nuestro eminente pensador y estilista.

Con el más caluroso interés de su probidad intelectual, pone insistente empeño en no dejar prevalecer la injusticia de que se atribuyan a Rodó propósitos ajenos a su evidente aspiración de suscitar curiosidad y entusiasmo permanentes hacia la indagación de la verdad infinita y cambiante por la propia naturaleza de lo que la crea en el espíritu humano. "Sólo se propuso infundir el amor a la verdad y no una verdad", repite, y confirma *su convicción de que no tiene antecedentes la poderosa e ilustrativa insistencia de Rodó sobre la autotransformación contínua.* Niega la afirmación hecha, de que *"Motivos de Proteo"* fuera un libro estático en su perfección para quien deseara recibir un impulso-guía, y explica que *el gran libro de*

Rodó es dinámico en virtud del sentido de la necesidad del contínuo incremento que predica. Y ante la afirmación de que "si Rodó probó la necesidad y la poesía de un ideal, no impuso ideal alguno como verdadero, con exclusión de los demás", Goldberg para destruirla recuerda que *"eso hubiera sido contrario al propósito cardinal de Rodó, que era fomentar la autodeterminación de la personalidad".*

"FRAY LUIS DE LEÓN" Y "EXALTACIONES"

(Por Jerónimo Zolesi)

"FRAY LUIS DE LEÓN" Y "EXALTACIONES" (1)

(Por Jerónimo Zolesi)

Montevideo, 7 de setiembre de 1929.—Señor Jerónimo Zolesi: Termino de leer la última de las obras con que días pasados me obsequiara, y con agrado tomo la pluma para expresar a usted el alto concepto que del mérito de ellas me ha dejado su lectura. Porque a esas densas y brillantes páginas las avalora el encendido fervor ideológico y artístico de un espíritu tan seriamente informado, como apto para escribir con propiedad y gusto ejemplares.

Puede decirse que en las letras de los países del Plata la monografía de *"Fray Luis de León"* que usted diera a conocer en la conferencia leída en la Universidad, es uno de los trabajos que revelan mayor entendimiento del espíritu y de la obra del delicadísimo místico, formidable luchador y eximio sabio y artista que se manifestaran en el genial agustino de la cátedra, de las controversias teológicas y de la vida literaria de Salamanca en el siglo XVI. Y es indudable que la "serenidad" que usted enaltece en él fué uno de los más característicos valores que integraban la compleja y múltiple personalidad del renacentista que indiscutiblemente hubo en el preclaro fraile

(1) Carta publicada en *El Plata*, de Montevideo, el 23 de setiembre, de 1929.

manchego, aunque en nuestros días no falte quien empiece a preguntarse si existió un renacimiento español.

Eso no sorprende, pues, como usted sabe, tampoco han faltado quienes se preguntaran si el gran lírico fué un místico, al verlo tan frecuentemente abstraído en la contemplación del mundo objetivo. Yo conocí alguien que padecía igual perplejidad sólo por recordar que el insigne monje había sido el primer exégeta de las escrituras bíblicas que, frente al Concilio de Trento, señalara en la Vulgata errores de interpretación que atribuía a ignorancia de las lenguas orientales en los Setenta. Pero, la realidad es que aquel espíritu extraordinario siempre mostró en él junto a la beatitud contemplativa, que era la emoción de su misticismo, el apasionamiento intelectual y polémico que, sin duda, sobraba para motivar en el dominico de los modernos tiempos la afirmación de que Fray Luis "llevaba pólvora en la venas y fácilmente se encendía".

Es asimismo de justicia reconocer que su *"Tribuna Escolar"*—bellos modelos de disertación y ejercicios de recitado, todos de su pluma—está inspirada por un alto y eficaz sentido pedagógico. Y puede decirse eso sin desconocer que a ciertas diferencias de criterio pertenezca el más legítimo derecho de no acompañar a todas las glorificaciones allí contenidas.

También en esa obra sus traducciones de Trilussa conservan toda la eficiencia irónica y humorística de las fábulas originales. E igualmente: los comentarios que en ella dedica a Rodó me parecen los más apropiados para

que la filosofía moral del gran maestro de América alcance la más benéfica trascendencia en el espíritu de la juventud.

Pero, aún después de reconocer esos y otros valores en aquellas obras, es *"Exaltaciones"* el libro en que culminan las dotes del erudito, del pensador y del estilista que distinguen al autor. Pocos entre los que acrecientan la espesa bibliografía de nuestros publicistas, ejercen el alto magisterio moral y disponen de la depurada cultura que usted prodiga en los ensayos que dedica a San Francisco de Asís, a Rodó, a la Lengua y Literatura Itálicas, y otros de igual condensación sustantiva. Y en ellos, como en las páginas de antología que integran el volumen: digna de la mèdula doctrinaria y crítica es la labor formal en la expresión. En el estilo de esa prosa lírica, resplandeciente de sobriedad y buen gusto, un singular dominio del idioma revela tanta maestría como arte en su manejo.

Y conste que no formulo esta afirmación en el sentido de los ultrapuristas que miden la importancia de los escritos por la cantidad de voces y giros castizos que contienen. Porque ello llevaría a suponer que el mérito del escritor depende del número de palabras y modismos que conoce de la lengua en que escribe. Y no hay cómo poner en duda que no basta poseer el más rico caudal léxico para dar a una obra el valor literario que la superioridad del talento puede darle con menos idioma.

En la prosa de usted la misma emoción que inspira al pensamiento infunde calidez expresiva a la palabra. Por ello en el arte de su estructura se funden el vigor, la

claridad y la harmonía, dando a la expresión las más sugerentes virtudes del estilo.

Entre las interpretaciones que ofrece este libro, la que evoca al santo de Umbría da al milagro de liberación que le redimiera de las vanidades mundanas todo el sentido de la trascendencia que tuvo el apostolado redentor de aquella alma ejemplar del renunciamiento cristiano.

También sus exégesis de la doctrina de Rodó poseen tanta conciencia como honestidad expositiva. Y si el espíritu crítico de usted percibe toda la irradiación luminosa de las ideas del insigne pensador y muestra su imperecedero destino ante las nuevas generaciones: está a su nivel moral y estético la dignidad con que se exponen dichos conceptos.

Igual elevación y brillantez alcanza el autor en la monografía que dedica a la Lengua y Literatura Italianas. Con la misma suficiencia dominante del asunto a que atiende y el infalible gusto que embellece su estilo, sintetízase allí toda la evolución del idioma y las virtudes propias de su genio en los diferentes géneros literarios.

Labor, pues, de ejemplar probidad intelectual y artística, la que usted cumple en las realizaciones de sus obras, ella demuestra por qué la apreciación justiciera de las dotes del autor impone el reconocimiento expresado al comienzo de estas notas referentes a *"Exaltaciones"*. Por eso considero justo repetir aquí que pocos, muy pocos, de nuestros publicistas, dan a la bibliografía literaria nacional exponentes de tan cuidada información, alta finalidad y excelencias de estilo como las que su saber y su talento brindan en sus escritos.

EL ALMA DE UN POETA

(Leyendo a Emilio Oribe)

EL ALMA DE UN POETA (1)

(Leyendo a Emilio Oribe)

Hoy un nuevo breviario de poesía, honda y bella como la tristeza de que impregna a los versos de sus páginas, ha llegado a mis manos recordándome que ese libro es el tercero de los que me tienen en deuda con su autor y señalan otras tantas etapas de la revelación de su númen. Es *"El Halconero Astral"*, de Emilio Oribe, años antes precedido sucesivamente por *"Las Letanías Extrañas"* y *"El Castillo Interior"*.

Toda el alma de un poeta vibra y brilla en esos versos, que con mérito desigual a ratos parece que provienen de Herrera y de Lugones, como los de éstos de Darío y los de éste de los maestros de la decadencia lírica francesa. Pero aunque pueda verse en algunas estrofas la transmisión hereditaria de lo que en la obra de aquellos sucesivos cultores de la novedad de su tiempo fueran meros pecados de extravagancia, es indudable que no obstante esas aberraciones exteriores del gusto, el autor posee el excelso don que en el alma de Chenier dejara aquella convicción eternamente verdadera: "l'art ne fait que des vers le cœur seul est poète".

(1) Publicado en la revista *Proteo*.

Por eso, con insaciable curiosidad para el misterio nuevo de cada instante, acude siempre a la sapiente entraña a que converge todo lo que el sensorio recoge del mundo material y moral, y allí ausculta a su vida y le oye mil voces que dicen cómo siente en la dicha y en la pena. Así, de su propia sensibilidad, excitada por la imaginación que multiplica las percepciones de los sentidos en todo lo que ante ellos pasa, la inquietud del poeta va extrayendo, como de una preciosa veta inagotable, todo el arte de su labor refleja:

"Entró el obrero en la profunda mina
y tras labor constante y sobrehumana
trajo para las novias del mañana
piedras de sacra estirpe diamantina.

En la feral concavidad marina
se hundió el esclavo, y de la mar arcana
la perla alzó cuya atracción pagana
pondrá en futura amante luz divina.

Yo arranco gemas de mi propio abismo
y versos de la entraña de mí mismo".

. . . .

Pero, desde cuando su vocación artística empieza a hacerle exteriorizar las inquietudes y ansias indefinidas de la adolescencia, trasciende de su poesía la amargura de su visión pesimista. Y aunque a veces la alegría triunfal del más sano optimismo confiesa la felicidad de su

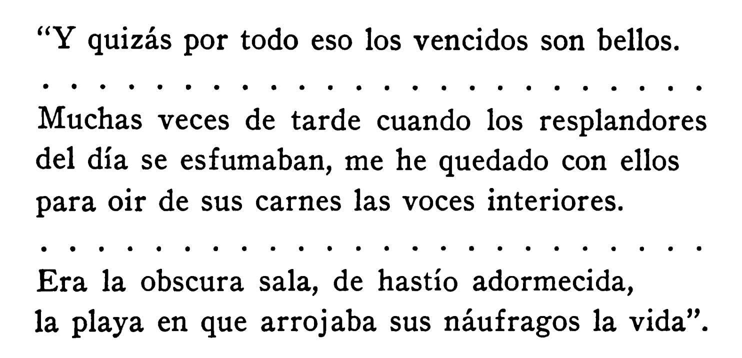
juventud, con frecuencia se diría que de ésta sólo conserva el recuerdo inextinguible de los dones que perdió, y deja la certidumbre de que temprano fué alcanzado por el desengaño y que desde lejos viene herido por la decepción.

Parece el hombre que regresa de una existencia de muchos años, maltratado por una vida que le sometió a la adversidad para que se gastara en padecerla y resistirla. Siempre hay en su espíritu entendimiento y simpatía para todas las tristezas; perpetuamente la receptividad de su alma advierte y recoge todo lo que apena. Y así, en el huerto espiritual en que cultiva su belleza casi continuamente florece la emoción del más íntimo sentimiento de la soledad, el silencio, la sombra, la noche, la duda, el miedo que estremecían el alma del "cisne negro de Recanati". Casi siempre la voz que todo eso adquiere en los versos de su arte suena como un lamento y en casi todas sus páginas se oye el canto amargo de la confesión de su angustia. Cuando canta sus sensaciones del frío y de las lluvias invernales, diríase que le inspiran las afinidades de su espíritu con la desolación del paisaje:

"El invierno otra vez! En la firmeza
de la lluvia la vida palidece
y la aldea romántica parece
que entre la capa de las brumas reza.
. . . .
Llora el invierno su nivoso encanto
sobre nuestro interior. Todo mi llanto
en las pupilas quédase en acecho.

Y viajero de luz sigo mi marcha
bajo el frío creciente de la escarcha".
. . . .

Ante los cadáveres del anfiteatro de una facultad de medicina recoge todo el sentimiento trágico del ambiente, y sobre los yertos rasgos de aquellos cuerpos para siempre fríos su imaginación elabora su sueño y evoca la vida de cada uno, pensando con pena en la ambición que desde otras tierras haya traído a algunos hasta donde murieron y en las ilusiones de quienes, lejos, acaso aun les esperan:


"Y quizás por todo eso los vencidos son bellos.
. . . .
Muchas veces de tarde cuando los resplandores
del día se esfumaban, me he quedado con ellos
para oir de sus carnes las voces interiores.
. . . .
Era la obscura sala, de hastío adormecida,
la playa en que arrojaba sus náufragos la vida".

En esa continua inmersión en la tristeza de las cosas, a veces hasta el entendimiento del alma de las gentes que le rodean y el dolor de las hostilidades que le alcanzan en la ciudad donde vive, recuerdan al lector el espíritu torturado de Leopardi. Y cuando el poeta habla de lo que le lleva sufriendo por las calles "de este Montevideo tan colonial aún" y dice lo que aquí le ha transformado en un ser indiferente a la alegría, callado y taciturno—

"aunque crean lo contrario los buenos aldeanos que comparten mi vida exterior"—no es posible evitar que el pensamiento vaya a todo aquello que divorciaba de su ambiente al autor de *"Le Ricordanze"*.

Aun en los momentos en que le conmueve todo lo que le parece bello en la naturaleza, suele sentirla y amarla con sentimiento y con amor panteístas, que le infunden el febril deseo de disolverse en su seno cual si así fuese a triunfar de la impenetrabilidad de su sentido, de ese sentido siempre oculto a todas sus inquietudes y a todas sus impaciencias. Y alguna vez el clamor de las decepciones que se alza en una sola estrofa es tal que nos parece oirle desde el borde de un abismo en el alma que le exhala, y deja la sensación de un renunciamiento total.

Afortunadamente siempre reacciona el poeta, y aun tras de todos los desencantos de la vida y tras la desolación del espíritu ante los misterios indescifrables a que parece destinado el entendimiento humano, vuelve a ver brillar al través de las tinieblas una luz que nuevamente le hace soñar, y hacia ella se encamina movido por la esperanza, como al empezar la primera jornada. Es el eterno milagro de la juventud que después de todos los desfallecimientos enciende nuevos entusiasmos en el corazón y hace renacer la vida mejor, la que otra vez siente el deseo de crear y se anima a emprender. Y así, aunque se oiga siempre la voz de las congojas por donde él va, en su camino suenan horas nuevas, en las que el alma inspirada recuerda que tiene alas y torna a volar, rauda y feliz, a su destino superior.

Entonces el optimismo más afirmativo canta toda la sinceridad de su fe, toda la dignidad de su arte, todo el orgullo de su obra. Y toda su conciencia y toda su esperanza, luminosas y fuertes como en los mejores días de una juventud desbordante de salud moral y de potente voluntad, parecen mostrar el triunfo de una vida dueña de su felicidad y segura de su suerte sobre la tierra:

. . . .

"Pretendo ser bien mío en la obra mía.
En la pampa solar de la poesía
desde la luz del alba hasta el ocaso,
debo domar un potro rudo y fiero,
y convertir con ímpetu altanero
su andar salvaje en armonioso paso".

. . . .

"El vaso en que yo bebo, yo lo labro.
Con pertinaz espíritu cantabro
en darle perfección me reconcentro.
Cuando termine mi obra duradera,
será de oro purísimo por fuera
y tendrá el vino de Boscan adentro".

Ante tales transiciones, pues, parece que todavía fuera igualmente aventurado afirmar que esa instabilidad moral caracterice hasta el fin al poeta, o que un solo estado psíquico prevalezca para siempre en su espíritu, hasta ahora presa de las más opuestas influencias y acaso nunca más instintivo en la noción de su actual idiosincra-

sia que cuando en versos de acento desesperado pide a todo el favor de una voluntad. Por ello, también, hoy no es dado prever cuál llegue a ser en la intensidad de su emoción y en su belleza exterior toda la obra definitiva que le sea posible. Pero, indudablemente, cuando en su último libro se leen composiciones como *"El Viaje"*, *"Campo"*. *"Los Discípulos"*, *"Oda a las torres de marfil"*, y otras de tan sostenido aliento y elevado estro: ellas dejan en el lector la convicción de que se halla en presencia de un poeta destinado a obra gloriosa. Y entonces siéntense todas las inquietudes del deseo de que no se malogren sus preciosos dones, para honor de la poesía nacional y americana.

Montevideo, 1919.

LA RISHI ABURA

(Por Adolfo Agorio)

LA RISHI ABURA

(Por Adolfo Agorio)

—«El amigo: *Los milagros son como las flores de la pradera. Para los bueyes, heno. Para la abeja, provista de órganos sutiles, son cálices llenos de miel. Un relato maravilloso contiene un tesoro de alma, apreciable para el alma sola que con él se alimenta. Triturado por la muela y lanzado a la retorta de las comprobaciones positivas, no revela su divino secreto. Permanece un hecho vulgar o una ficción absurda*».

. . . .

—«*¿ Ha ocurrido ? ¿ Es posible ?*»

—«El amigo *: Cuestiones aparte. Pregunta mejor cuál es el sentido. Los falsos milagros se reconocen en esto: no tienen ningún sentido*».

C. Wagner.
«*El Amigo*»

Con esta obra inicia nuevo género en su producción el espíritu siempre activo, inquieto y ágil del autor. Su ansia infinita de conocimiento nos lo muestra interesado en la interpretación de lo que todavía es arcano en la naturaleza y sorprendente en la vida. Por esa enérgica exigencia intelectual se complace también en atender a la psicología de las grandes sugestiones y de los portentos de la fe. Y con aquella misma insaciable sed lleva su imaginación a la clásica patria del misterio y regresa trayendo todos sus ensueños.

Allá donde la imponente majestad de la naturaleza y el espíritu de las civilizaciones volvieron más contemplativas las almas y más penetrante el entendimiento para procurar el sentido de todo lo que calla su esencia y su destino, halló para su simbólica realización visionaria el ambiente en que primero fuera lógico mostrar en acción la apariencia posible de lo desconocido. Y desde el Asia lejana, donde sacras leyendas de supervivencia hablan al instinto comprensivo, con la fidelidad con que el estilo de su arquitectura habla del genio de la raza al espíritu de sus pueblos, el novelista trae a la vida refinada de sociedades europeas muy humanos habitantes del mundo de la obsesión.

"La Rishi Abura", que simboliza todos los peligros y todas las amenazas que el misticismo a que el autor alude teme y siente llegar de lo desconocido, y que es el objeto de la novela, personifica la muerte amante y vengadora, la pasión que perdura en otra vida y que con celos inextinguibles viene para matar: "Amor che a nullo amato amar perdona". Con vaga forma de mujer, vela junto a las aguas donde la flor del loto la acompaña, acecha a la presa de su amor, repetidamente lucha con ella o con quien se interpone entre ambas, y a veces triunfa, se lleva la vida y deja un cadáver.

*

No es excesivo ni complicado el proceso episódico de las visiones en la novela. James Clay, médico de una

misión científica enviada a unos pantanos de la India para la extinción de los gérmenes pestíferos que les infectaban, adquirió una fiebre que llevándole hasta la agonía alteró su sistema nervioso, haciéndole padecer después intensos ataques catalépticos con raros fenómenos "de hiperestesia cerebral, telepatía y visión a distancia". Frecuentemente reía o se indignaba pareciendo que oyera y contestara preguntas que sólo a él dirigía un interlocutor invisible para los que le rodeaban. Y un sabio francés iniciado en el ocultismo hindú reconocía en el médico un *medium* excepcional, cuyo sueño hipnótico no sólo le relacionaba con espíritus circunstantes sino que le permitía ver a través de miles de leguas cosas tan imperceptibles desde Pondichery, donde residía, como la hora de los relojes de Londres, que indicaba con exactitud.

Pero, cierta vez, un sacerdote de la soledad umbría y silenciosa de los bosques vino a traer al sabio la noticia de que había desaparecido la siniestra hechicera que en las noches de luna era visible en el estanque de los lotos. Y hubiérase podido decir que aquel aviso transmitía el anuncio de una sentencia ineludible, pues de allí a poco sufre el maestro de aquellos misterios religiosos violento acceso de nervios, pasado el cuál cree haber luchado con la temible desaparecida de la laguna sagrada; y una tarde que enseñaba a un amigo las equimosis de la estrangulación que suponía intentada: él y su visitante *sienten* en un pasillo de bambúes, extraño ruido anunciador de la presencia de la inexorable enemiga en busca de la oportunidad de concluir su obra. Después: como la celosa

criatura de aquella fe no perdona, pasado poco tiempo consuma su venganza.

Con el misterioso abandono de su templo natural por el trágico espectro no sólo había coincidido el homicidio del fiel adepto de los secretos reveladores de otro mundo y otra vida, sino el mencionado desarreglo moral de James Clay, cuyo espíritu aparece desde entonces con nociones incomprensibles y aptitudes inexplicables. Sabe que se ha casado con la *Rishi Abura,* a la cual supone la mujer amada en otra existencia y llama con su nombre: Lucy. Una tarde *cree* llegar con ella al club de sus amigos, algunos de los cuales presenta naturalmente a su esposa *donde él la ve:* sentada en la silla *desocupada* de una sala de lectura. En otra ocasión un visitante que le espera en la penumbra de una pieza de su morada, al anochecer, se halla de pronto ante la mujer espectral, de cuyo furor le libra la llegada del dueño de la casa. Y todavía aparece para extinguir con su soplo la llama de una vida, en el episodio final de la novela, en un pontón que años atrás fuera teatro de una tragedia que aún hallaba continuación en las leyendas de las gentes de mar. Sólo una vez evoca el autor un espíritu de amor inmaculado y la sombra de una madre pasa, misericordiosa, en la dantesca narración de *"El Misterio de los Perros Blancos"*, drama que ofrece el espectáculo de una angustia apurada hasta la desesperación, en espera de un sacrificio que por un rito cruel era, allá en el convento de un desierto del Tibet, destino reservado para algunas vidas.

*

Según se ve, pues, el autor atiende fenómenos consiguientes a ciertas creencias y a ciertos estados morales, y narra como espectador lo extraordinario, o lo pone en labios de quienes *recuerdan* cómo han intervenido en ello. Y en esa animación de seres de otra sustancia que los de la vida a qué llegan con pasiones humanas, no le preocupan ni le detienen las desautorizaciones de la ciencia para lo que todavía no ha recibido su consagración como verdad.

"N'ayant pu la comprendre, ils n'y croyaient pas", dice Flaubert de *Bouvard et Pécuchet,* escépticos ante cierta capacidad fisiológica del corazón, y en general bien puede afirmarse que no han ido más allá que los dos risibles personajes los que con ciencia o sin ella niegan todo lo que escapa a su entendimiento. En buena lógica no parece más justificable que otros radicalismos tan infundados, el de los que no admiten la posibilidad de lo que no entienden y atribuyen a quimeras de la ignorancia cuanto entre lo que sucede no puede ser explicado por sus conocimientos y su razón.

Si como dice Charcot "el milagro terapéutico tiene su determinismo", ¿quién puede afirmar que es imposible que los de otra fe le tengan y lleguen un día a recibir la interpretación de su origen y proceso naturales? Es el mismo autorizado maestro de *"La Foi Qui Guérit"* quién oportunamente recuerda que "la ciencia, que es evoluti-

va, no tiene la pretensión de explicar todo porque a ello se opone su propia evolución, como es enemiga de las negaciones sistemáticas que cada día desvanece con la luz de sus nuevas conquistas". Y acaso por ello tan rápida y continuamente hoy crece el número de los sabios que ante lo maravilloso piensan y esperan en "las posibilidades infinitas de la naturaleza", que decía Huxley, y parece más sugerente la doctrina de Ellick Morn respecto "del deber que tenemos de abrir el alma a la esperanza cuando vemos a los mayores representantes de aquella ciencia que fué positiva, o que así se llamó, acoger con los brazos abiertos al idealismo triunfante y estudiar los fenómenos por ella recibidos primeramente con desprecio que no tenía nada de científico".

Agorio en este libro parece que hiciera suyo el *"Will to Believe"* de William James, la simpática fórmula del pragmatismo deseoso de probar que debemos esforzarnos en creer, porque está demostrado que son inagotables y preciosos los beneficios psicológicos y sociales de la fe. Son muchos los párrafos en que llega a ser elocuente su expresión por convencernos de que "aceptada la incapacidad de la ciencia para dirigir al espíritu humano, el corazón se vuelve hacia la plegaria, se reconcentra en la severa majestad de las basílicas, gime en el divino silencio de los altares y cree ver en las suaves volutas de los capiteles perdidos en la bóveda, el perfume de la oración que sube y que se inmoviliza en la piedra". Y concluye con la más nítida precisión de sus convicciones: "Nada es imposible, ni aún el mayor absurdo. No conocemos

de la verdad más que algunos de sus fragmentos de diamante. Apenas llegamos a rozar las fronteras de las sombras. Pero en la barrera que nos separa de lo desconocido se abren resquicios formidables y la inquietud chorrea a través de las grietas. Pretender ir más allá es suprema locura. Las sospechas se dispersan bajo el aliento de las fuerzas ignoradas, de los secretos sin historia, de las verdades insondables".

*

Cuando se acaba de leer esta novela de espectros que en medio al sentido positivo de la vida vulgar trae el atrevimiento de su ficción de otro mundo: todo lo que en esas páginas es poética evocación de la existencia infinita hace más simpática y sugerente la filosofía comprensiva y resignada que el autor extrae del misterio de lo maravilloso. E insensiblemente el pensamiento va hacia el eterno silencio de la esfinge, y se comprende más por qué frente a aquellas preguntas que tras de nuestras pobres verdades permanecen sin respuesta al través de los siglos, siempre reconquista para la resignación al espíritu desierto de las supremas certezas. Es un libro cuya fantástica apariencia contiene el simbolismo del estremecimiento nervioso dejado en los espíritus de nuestros días por la gravitación de esas "fuerzas de naturaleza ignorada" que menciona Lord Lytton en *"El Anillo de Amasis"*, y de esos "hilos ocultos que nos manejan" como dice Agorio, pues ofrece una alegórica presentación, en elevado plano intelectual y artístico, de ese misticismo actual que

el autor ve y nos dice que consiste en "dejarse arrastrar por fuerzas ocultas, sentirse envuelto por millares de tentáculos invisibles, ser víctima de infinitos factores desconocidos".

Las dotes que para la narración otras veces acreditara el publicista, alcanzan en este libro el triunfo indiscutible de despertar y conservar en el lector interés creciente y ávida curiosidad hasta el fin. Aparte de lo que a avalorarla concurren la variada distribución de los episodios y el comentario interpretativo que aportan las reflexiones intercaladas, pone en ella mucha seducción el arte del estilo, breve y nervioso, claro y estético, lleno de imaginación evocadora que le hace más correspondiente a la condición del asunto. Y aunque esta obra, como otras de Agorio, no deje de revelar, a veces, en algunos pasajes, composición improvisada y rapidez en la redacción, muchas son las páginas de ella en que el estilista prodiga como siempre frases y oraciones intensas y brillantes de concepto y de buen gusto. Por eso si no faltan los párrafos descriptivos o de doctrina que denuncian la labor apremiante servida por la facilidad del escritor, abundan en *"La Rishi Abura"* la meditación serena y honda, y las más felices formas del arte del prosista con que culminan las dotes del autor en las más brillantes páginas de sus obras anteriores.

"SELVA SONORA"

(Por Mario Castellanos)

"SELVA SONORA" (1)

(Por Mario Castellanos)

Poeta, en el sentido eterno de la palabra; como lo hace la vida cuando lo que de ella alcanza a la más profunda intimidad del sentimiento da las percepciones emotivas que poseen inspiración original y artística aptitud propia: el sincero y fervoroso evocador de estos poemas en que todo es latido vital y voz de intuición, puede decir, como Beethoven, que escribe porque necesita arrojar lo que carga en el corazón. Y si lo que canta—de lo que él vive o de lo que él sueña, de lo que a él habla o de lo que a él calla—expresa su dolor más que su felicidad, es porque el acaso, ese ciego distribuidor del infortunio y de la ventura, le condujo por donde fueron más las horas malas que las buenas.

Pero, aunque en el desfallecimiento confiesa su angustia y no ahoga su queja, siempre el milagro de la reacción espiritual le vuelve con entusiasta fe al optimismo que conquista la dicha por el renacimiento de los más ilusionados impulsos juveniles. Y entonces el trino de las risas y la fiesta de los amores anuncian en el horizonte del poeta nuevo amanecer tras las sombras aciagas. Por eso a medida que de hoja en hoja se sucede la lírica in-

(1) Publicado en la revista *Cuba Contemporánea*, de La Habana, en el número de noviembre de 1926.

terpretación de todo lo que del ambiente y de las almas repercute en su destino, alternan en la obra poética de Mario Castellanos el acento desolado de quien apuró el entendimiento del sentido de las cosas hasta percibir el sabor amargo que ocultan a la frivolidad, y la canción victoriosa de su regocijo en las fugaces treguas ofrecidas por la adversa suerte en la lucha cotidiana.

Y siempre, en cada realización de la poesía y del arte suyos, puede admirarse junto al dramático proceso de su fidelidad a cada esperanza inaccesible, y de su torturante psicología de cada nueva desilusión, el deslumbrador destello de sus imágenes, y la música de la medida y la sonoridad de las palabras en una versificación triunfal. Porque si su inspiración se nutre en la sustancia de sus días; si su estro crece con la magnitud de sus motivos; si se muestra tan atento a la perspectiva infinita de su vida interior como sensible al mundo externo por la delicadísima entraña a donde llega y hiere todo lo malo y todo lo bueno: a la vez, por feliz coincidencia, es el opulento dueño y señor del verso magistral y definitivo de los poetas favorecidos por todos los dones necesarios para serlo gloriosamente dentro de escuelas o fuera de ellas, por sobre las novedades de cada momento, hasta donde es posible cuando la belleza eterna resplandece en la obra del que adopta "el idioma de un arte" para interpretar sus emociones.

*

Puede decirse que desde las primeras páginas algunos sonetos, de poderosa entonación lírica y métrica ro-

tundidad, muestran al poeta entre los dos polos antagónicos de su vida moral. Hay en el titulado *Blasón* un noble alarde de confianza en la propia energía y un exaltado sentimiento de altivez lleno de fe en la voluntad. Y en el que sigue, dedicado *A Pierrot,* se deja oir toda la congoja del vértigo de las quimeras y de lo que en el dolor de los soñadores hace reír a los que con el mero sentido del más utilitario materialismo cumplen apenas el destino de sus irremediables aptitudes.

Con frecuencia la sinceridad originaria de su inspiración y de su arte, en el fiel trasunto de sus emociones sucesivas, muestra el contradictorio dualismo del poeta, siempre consecuente a la realidad psíquica diferencial de cada momento de su existencia. Así canta a la soledad que le ofrece refugio reparador para el cansancio de sus conflictos, y a la soledad de la cual huye llevado por el temor de sentirse en ella hasta el fin de sus días. Y aunque en su *Meditación* nos diga que siente el egoísmo de estar solo

como un deleite arcano,
como una suave dicha,
como un sutil encanto,

no puede por ello sustraerse a la siniestra visión del aislamiento infinito, según lo expresa en las estrofas de *La compañera inexorable:*

En vano intento disipar la idea,
torturante, mortal, de que estoy solo,
y que solo estaré perpetuamente...

Cuando la intimidad de las confidencias instruye, como en *Savia de Otoño,* acerca de lo que desde la infancia fuera en su idiosincrasia motivo de tristeza, o revela—como en *Intima dolencia, Ver sin mirar* y otros reflejos de introspección—mortificantes incongruencias del estado psíquico con las imposiciones de la vida, o con los aspectos del ambiente: ella habla al lector del dolor de las ideas, que conocemos todos, y de lo que, a veces, a muchos ha parecido hostilidades provenientes de lo exterior. Leyendo esas confesiones he recordado los versos en que con la amarga noción de la triste verdad de ellas dijera la sabiduría de Voltaire:

Qui n'a pas l'esprit de son âge
de son âge a tout le malheur,

y también por qué, en ocasiones, sintiéndonos extraños a cuanto nos rodea, vamos a buscar en nuestro ambiente interior el supremo bien de la conciliación moral que en vano hubiéramos pedido a todo lo que, fuera de nosotros, existe en el universo.

Es tan humana, pues, la fuente de su poesía, en el autor de *"Selva Sonora",* que siempre en el raudal de los versos que le dan forma adecuada corre la interpretación de mucho que para todos es algo de la vida que duele en el corazón, pero que sólo en los ungidos por el numen toma voz expresiva. Desde cualquier sendero por donde el caminante se interne en la umbría de esa vegetación llena de ruido de alas y querellas de ave herida, se ad-

vierte la actividad luminosa del espíritu creador que en el agitado curso de sus días puso en aquella tierra la simiente de cuanto ahora allí florece.

Por eso en estas páginas llenas de clamorosas sensaciones aparece hasta la delicadísima sonrisa de sapiente escepticismo con que de cuando en cuando el concepto de la vanidad de las convenciones humanas pone el sarcasmo de su burla igualmente sobre el triunfo moral de una vida honesta, o el mérito evidente de una obra indiscutible, que en el elogio de la mediocridad engreída con lo que finge creer honorable o sublime,... o con lo que en realidad cree extraordinario porque es suyo o de su industria. Y así, también—como lo muestran *Elogio de la Vulgaridad, Me resigné a callar,* y otras composiciones afines—en el privilegiado retiro del huerto propio del poeta, bajo el fuego del sol y de la sangre estalla en pétalos de fulgentes colores y cáustica fragancia aquella diabólica flor originaria de los jardines espirituales de Grecia que se llamó desde entonces ironía.

*

Pero, cualesquiera fueren los sentimientos y las ideas que dominen el ánimo de Castellanos en sus horas de triunfo o de abatimiento, imprimiendo a sus poemas sello diferencial, es lo cierto que como quiera se juzgue su obra, en este libro de versos, siempre se advierte que su lírico caudal fluye de manantial sagrado y que la belleza irradia intensamente del conjunto de ella. Y sobre

éste se destacan cinco o seis composiciones que por su hondo sentido, su delicadísima sensibilidad, la elevación de su estro, el largo aliento, la calidad del gusto y el dominio del verso, son de tan encumbrada jerarquía que elevan a su autor hasta el plano de los más altos poetas de la América nuestra. El *Canto al Carnaval,* el *Elogio de la Vulgaridad,* el *Canto al Descubrimiento de América, El Periodista,* son definitivos para su consagración.

En *Canto al Carnaval* la visión imaginativa del poeta evoca toda el alma pueril y sensual de la farándula que pasa por la calle llevando entronizada a la locura entre músicas y ruidos, luces y colores. Y del desconcierto de las carcajadas, los destellos y las muecas, el estrépito de bronces y tambores, el polícromo esplendor de las luminarias y la confusión de las canciones y los gritos, el poeta extrae su filosofía de la fiesta pagana bajo el cielo de la noche. Este poema, una de las más preciadas joyas del libro, es, por el vigor de su evocación descriptiva y la superioridad estética del verso, uno de los mejores que en nuestro idioma haya inspirado el tema.

Contrastando con ese canto, el *Elogio de la Vulgaridad* contiene toda la decepción recogida ante la derrota cotidiana de los valores espirituales por los convencionalismos del ambiente mundano. En sus estrofas se siente la presencia del espíritu de Flaubert "viendo dolorosamente" todo el aspecto grotesco y despreciable de "la mediocridad infatuada"; toda la actitud risible de la oquedad moral que pasa entre reverencias al disfraz que viste para disimular su triste condición.

Otro poema culminante es el *Canto al Descubrimiento de América,* que vibra con el sentimiento de cuanto siendo esencial en la estirpe de los pueblos de Hispanoamérica puso en la intensa vitalidad de sus generaciones al través de los siglos, la hidalguía, el heroísmo y el espíritu aventurero que en las más grandes empresas humanas le dieron glorias incomparables. Es un bellísimo canto de amor a la familia racial, en el cual la expansión del numen poético alcanza tan elevado y encendido acento como belleza rítmica y sonora. Y a su vez, el más noble concepto de la prensa y de la misión del periodista—consideradas una y otra en los aspectos en que la primera puede alcanzar más moral trascendencia y la segunda implicar más alto sacerdocio—inspira al poema que el autor llama *El Periodista.*

Pero, no es mi intento, ni es posible, en estas breves páginas de sinceridad, que apenas contienen la espontánea anotación de las primeras impresiones dejadas por una lectura atenta y placentera del manuscrito original de estos versos, decir al lector del libro impreso lo que contiene cada uno de sus poemas en sentimiento, ideas, poder sugestivo, y artística o moral belleza. La grata sorpresa del descubrimiento propio y del hallazgo precioso tiene valor insustituíble para informar del alma y de los ideales, del gusto y del talento puestos por el artista en la obra de su más inspirado fervor.

Sea ella, pues, quien dé la noción integral del poeta a cuantos con experiencia del dolor de sentir hondo la vida, y con aptitud de percepción estética, leyeren este

libro de poesía y arte inmaculadas. Entre tanto, sus hojas, como alas de potencia bastante para volar lejos y alto en el maravilloso mundo de la emoción y la fantasía, llevan a su egregio poeta hasta el sitial donde los que todos los días ponen algo del corazón en el crisol que depura las incongruencias de su idiosincrasia con el ambiente, ofrecen la fragancia de su más rica esencia en el ánfora resplandeciente del verso eterno por la belleza infinita del ritmo, de la estructura y de la sonoridad.

"RAZA DE BRONCE"

(Novela de Alcides Arguedas)

"RAZA DE BRONCE" (1)

(Novela de Alcides Arguedas)

Ilustre amigo: Ayer tuve el agrado de recibir su obra *"Raza de Bronce"*, con la cual me ha obsequiado. Al expresarle en esta carta mi agradecimiento por su atención y el placer de la lectura que le debo, cúmpleme confesarle que bajo el apremio de análogas obligaciones anteriores para con algunos obsequios literarios de otros amigos, proyectaba leer el de usted en la oportunidad de su orden cronológico, después de hacerlo con los que habiéndole precedido teníanme antes en deuda con sus autores. Pero, sucedió que, distraído, incurrí en la *imprudencia* de dejar ir la mirada curiosa por la primera página, y cuando horas después cerraba el libro advertía que era porque había concluído de leerlo todo. ¡Cuán pocas veces, para los que hemos gastado mucha alma y mucha vista en la atención del sentido y del arte de las cosas escritas, tienen ese efecto mágico las obras que leemos! Mas precisamente esas excepciones consagran su excelencia mejor que muchas críticas favorables.

"Raza de Bronce" es la novela de la montaña, como *"Peñas Arriba"*, pero de otra montaña que la del humilde pueblo cantábrico que en la obra de Pereda vive su vida natural y feliz, pues la de ese libro es una montaña

(1) Publicado en la revista *Proteo.*

de dolor, porque lo es de una humanidad castigada, de una raza que es miserable presa de la maldad. Muestran sus páginas un rincón de la tierra que tiene un infierno de seres humanos. Allí no es superior en la especie el hombre blanco, y en ese mundo no es el indio el inferior: aquél impone la barbarie y éste la padece hasta el martirio. Y como la energía de la narración descriptiva de la naturaleza, y el vigoroso relato de las costumbres, ceremonias y escenas episódicas, dan plasticidad a las cosas y vida a las gentes: es triste y amarga la visión de la grey esclavizada.

*

Parecía que ya hubiesen conocido todas las abominaciones de la mayor iniquidad los aborígenes de América, desde que la raza blanca necesitó sustituirles la felicidad efectiva que disfrutaban, por la civilización exterminadora que les traía; pero su libro instruye de lo que todavía teníales reservado a las últimas generaciones indígenas. Eso explica, mejor que toda la ciencia de los sociólogos, qué es lo que en cualquier época ha inspirado al espíritu de conquista y por qué se prolongan tanto y disminuyen tan lentamente la inferioridad y el atraso de las naciones sudamericanas.

Para los espíritus reflexivos hay más de una lección fundamental en esa obra de aparente entretenimiento por su género. En ella, fácilmente, el observador puede hallar trascendentales problemas de urgente solución, y en éstos obra gloriosa gobernantes y estadistas. Pero, prime-

ro y siempre—por sobre todos—pertenece su más celoso y perseverante cuidado a los hombres de alma y de corazón bastantes para complacerse en el sentimiento humanitario y en el entusiasmo por la caridad y la justicia, supremas fuerzas morales capaces de devolver su derecho a los que no necesitan otro auxilio para igualar los progresos que hacen la felicidad de todas las sociedades libres y dueñas de sus destinos. Por ello y así la obra de usted es moral en alto grado y puede estar destinada a fecunda trascendencia. Es mi deseo que la tenga tanto como lo merece.

Admirables las descripciones de los aspectos del valle y de la montaña bajo las diferentes luces del día, o en las mudanzas de las alteraciones atmosféricas. Cuando todo destella con la intensidad de los rayos meridianos o cuando todo se matiza y se esfuma en la claridad refleja de los crepúsculos; en el trastorno de los elementos por la violencia de la tormenta, o en la serena tranquilidad del ambiente, siempre la emoción estética del artista traslada al trasunto escrito del paisaje toda la poesía de la hora. Así destácanse los polícromos y radiantes efectos de la refracción solar en las aguas del lago rodeado de montañas y en los distintos minerales de las rocas; la imponencia del Illimani; la avenida torrencial e inundante de las aguas de las cumbres y vertientes desbordando los ríos y arrasándolo todo.

Y como la evocación del grandioso esplendor de la naturaleza serena o agitada, es la narración expositiva de viajes, percances, costumbres y ceremonias. La trági-

ca peregrinación de aquella caravana de condenados a ir al yermo en procura de granos, errante de poblacho en poblacho y sorprendida por la tempestad que cuesta la vida a algunos de los viajeros; la investigación infalible, del secreto de la atmósfera, para conocer el rigor o la bondad del año próximo, por la averiguación de la seca o las lluvias futuras mediante los peces y las aves del lago y del cerro; los casamientos, el hambre, los entierros, el cambio de autoridades indígenas por la elección de nuevo "hilacata"; la siembra, la cacería, la fiesta de la cruz: son cuadros y episodios con excepcional riqueza de colorido en su expresión de detalles y conjunto, con tanto *"verismo"* objetivo cuando evocan la naturaleza material como sentido del espíritu que anima las tradiciones venidas del instinto lejano en los ritos y fiestas indígenas que muestran. Y con tanta eficacia como cuando describe la visión estética de la naturaleza o hace la presentación del alma enferma de la raza castigada: cuando muestra la psicología de sus negociantes, diseca y descubre rasgos de febril inteligencia en la lucidez y perspicacia, casi subconscientes, que brillan en las astucias y ardides de aquellos espíritus sojuzgados. ¡Cuánta recíproca picardía en el cambio de tunas por pescados! ¡Cuánta truhanería comercial en el improvisado mercado de Mecapaca y en la venta de ganado en la feria de Pucarani!

*

Digno del descriptor y del psicólogo aparece en su libro el estilista. Con tanta justeza en el lenguaje como

adecuación en el tono, siempre el estilo de sus páginas traduce fielmente la claridad de las ideas y el sentimiento de la emoción. Por ello son grandes el poder interpretativo y la virtud sugerente que le animan. En el arte del dialogado culminan muchas de las cualidades que más le avaloran. Diálogos como los de las escenas de los comerciantes, mencionadas, y los que mantienen en su azarosa expedición los compradores de semillas — entre ellos el del encuentro con Cisco—son tan admirables por su fiel correspondencia con la condición, el carácter y los propósitos de los personajes como por su sobriedad ejemplar.

Cuando concluye su novela complace al ánimo la justicia que llega, y como si ella descargara al espíritu del lector del peso de una angustia ante el infortunio que agobia y ultima a la multitud de los indios, casi se siente el alivio de una pena. Es que las víctimas se han hecho jueces y van a castigar, no definitivamente, que no está en su poder el hacerlo, pero sí una vez más, llevadas a la venganza por el exceso de los injustos padecimientos; para volver a caer bajo rigor mayor por su rebelión natural; para proseguir su destino de martirio mientras haya generaciones, hasta que la muerte las extinga. Y bajo la sugestión de la triste realidad que refleja la lectura parece que se escuchara al sentido moral de la dignidad humana y del espíritu de la civilización preguntando, allá en la conciencia, si se cumplirá esa triste suerte y si antes no se levantarán las almas de los opresores hasta el plano de la luz que les redimiría de la barbarie con que afrentan a su raza.

Ha enriquecido usted la novela americana con una valiosa contribución de realismo fuerte y sano, honda piedad y austero arte. Con la más sincera felicitación por ese nuevo triunfo de sus talentos, reciba, como siempre, las seguridades de la más alta estima intelectual y literaria de este su afmo. amigo.

"HUERTO ARMONIOSO"

(Por Angel de Estrada)

"HUERTO ARMONIOSO" (1)

(Por Angel de Estrada)

«La poésie n'est étrangère à rien de ce qui est humain, à rien de ce qui existe dans le visible ou dans l'invisible; chaque ordre de faits a son organe dans une des cordes de la lyre».

VICTOR DE LAPRADE.
«Questions d'art et de morale».

I

Sujeta al trabajo, al dolor y a la muerte, que ante la fe le impusiera la omnipotente justicia de un dios por su primer pecado, pasa la humanidad cumpliendo su destino. Y desde la senda donde se mueve entre el polvo que va sepultando sus generaciones surge, de tiempo en tiempo, y se eleva al cielo como exhalación de las almas la luz de la inteligencia y del sentimiento más intensos: que después de brillar un instante en la eterna noche del infinito se extingue, o cae como una lágrima para volver a la tierra donde naciera como una flor de la vida.

Culminaciones del genio de los pueblos, por el numen alado de los artistas y los sabios, son como las llamas eternas de ese fuego sagrado que anima a la vida,

(1) Publicado en *Diario del Plata,* el 31 de diciembre de 1912.

al través de las edades y las ruinas que se suceden en el mundo, y se llama la esperanza. La esperanza que no envejece y que, según lo expresara uno de los más amplios y bellos espíritus contemporáneos, es la misma en la antigüedad y en nuestros días, pues como llevaba a los habitantes de Atenas hasta el templo de Eleusis para iniciarles en el culto de Dionysos todavía conduce todos los años hasta Bayreuth a la peregrinación de los neurasténicos, escépticos, pensadores y místicos que sienten la misión religiosa del dios Wagner.

Siempre bien venidos, pues, cuantos fueren capacitados por una fe para sentir y pensar intensamente. Bien venidos los poetas—aves de otros tiempos, canoras por el dolor o la alegría—que al elevar su canto entre todo el ruido de las máquinas que en nuestra época enfrían la ilusión y el entusiasmo, irradian el calor de la emoción en el siglo en que los prodigios de la industria han permitido decir que el hombre se ha hecho colaborador de Dios porque las invenciones modernas deben suplir a los olvidos de la creación.



Contiene todas las harmonías de una lira estremecida por las vibraciones que imprimiera a su sonoro cordaje el sentimiento del exquisito artista que la pulsara en los buenos como en los malos ratos la colección de versos que, con el título de *"Huerto Armonioso"*, forma una de la más hermosas obras de la labor literaria de ese apasionado cultor de la belleza que se llama Angel de

Estrada. Libro de vida emotiva y arte refinado, lleva en sus páginas toda la floración espiritual de los gérmenes que el placer o la pena sembraron, tantas veces, en el alma del poeta: siempre expuesta y siempre sensible ante todo lo que se halla a lo largo del camino, ante todo lo que hiere o consuela, hace amar o sufrir.

He oído frecuentemente la comparación del prosista y del artista del verso que integran esta personalidad literaria. Y así he visto adoptar preferencias por el estupendo cincelador de la prosa o por el orfebre de la versificación que coexisten en el autor: igualmente esteta cuando es el observador y el psicólogo de sus novelas y narraciones de viaje que cuando encierra su poesía en estrofas. Pero siempre tras esos paralelos y predilecciones ha sido necesario reconocer que ellos justifican la admiración y la simpatía de quienes las experimentan y expresan. Porque si verdad es que el prosista muestra excepcional conocimiento del idioma y sobresaliente maestría en el arte de su manejo, indudable es también que muchas de las composiciones incluídas en la obra mencionada dan lugar distintivo al poeta entre los de su patria y aún entre los de más allá de las fronteras de ella.

"La Canción del Arbol", *"A una Alondra"*, *"Rimas Romanas"*, *"Tríptico Mitológico"*, y otras muchas, se imponen por el sentimiento que las anima y la inspiración que las eleva. Reunen al buen gusto notorio del artífice de la forma que las esculpiera el encanto infinito de la poesía universal y eterna que para los que tuvieren la

facultad de sentir, admirar y entender más allá de donde alcanzan los sentidos y la intelección vulgar: emana, como el alma de las cosas, de cuanto llega al corazón desde todo lo que tiene vida o el recuerdo vivifica.

Es que tanto cuando evoca al pasado en la historia de la vida y en la vida del ensueño, como cuando canta a la patria, a la religión o al amor, en lo que permanentemente tienen de bello y bueno, llega la creación del poeta entre una aureola de suprema belleza. La que pone siempre en las obras de la sinceridad el sentimiento profundo de una fe: esa fuente inagotable de entusiasmo y de consuelo donde los felices beben hasta satisfacer su ideal. Sea loado, pues, fervientemente, el arte que viene de lo que en el ser moral es fundamento infinito de originalidad y de belleza, y responde al anhelo más imperioso de la conciencia en esta hora en que al decir del filósofo: falta de paz por la pérdida de la ilusión que hace la dicha, el alma humana se ve desamparada en su inquietud como no lo fuera nunca.

¡Inmaculadas creaciones, forjadas en la fragua de la vida por las realidades dolorosas o placenteras de cada día! Sólo ellas poséen el maravilloso privilegio de la sutilidad necesaria para llegar, por las más secretas vías de las reacciones psíquicas, al alma y al corazón de todos los que ya saben que apenas por el milagroso error que hace de la quimera una verdad fueron dichosos, y que siempre por las heridas que las decepciones abren se fué su felicidad.

II

A bordo del transatlántico «Massilia», en viaje de regreso desde Europa, Angel de Estrada falleció, inesperadamente, casi en la bahía de Río Janeiro, el 28 de diciembre de 1923. Las palabras que siguen a éstas son la colaboración solicitada para el objeto de que ellas instruyen, y aunque fueron escritas, entonces, con la urgencia impuesta por el apremio de la fecha en que aparecería el periódico en que iban a ser insertas, no he querido modificarlas ni ampliarlas para no quitarles la espontaneidad que las dictó.

Montevideo, 15 de febrero, 1924.—Señor Alfredo A. Bianchi. — Estimado amigo: Recién llegada a mis manos su carta de último momento, en la cual recordando mi larga amistad con Angel de Estrada me pide "algunas páginas" para el homenaje que se le va a tributar en un número extraordinario de la revista *Nosotros,* tengo que atender casi sin tiempo a su amable pedido, y apresuradamente lo hago en estas líneas.

Con la dolorosa sorpresa del inesperado fallecimiento de Estrada vi llegar hasta mí algunas expresiones de pesar que traían también la delicada mención de aquel hondo vínculo espiritual. Originado en algunas afinidades morales ese afecto amistoso se vió fortalecido al través de los años por muchas coincidencias de sentimientos, criterio histórico y gustos literarios.

Además, contribuyó asimismo a mantener aquella simpatía el gran afecto de Estrada al Uruguay y el mío a su patria. Copio de una de sus últimas cartas, en la

cual lamenta que las condenables especulaciones de un estrecho y anacrónico criterio localista todavía siembren discordia entre sus compatriotas y los uruguayos: "Eso es lo triste. Cuando se anda de viaje y se oye hablar a un colombiano, a un mejicano, a un chileno, se les distingue por el acento; sólo los argentinos y los uruguayos se confunden; para saber que un hombre no es de Buenos Aires es menester que él nos advierta que es de Montevideo. ¿Que eso es un detalle que no tiene importancia? ¡Qué no la ha de tener!: significa que somos en realidad el mismo pueblo. Y en cuanto a los porteños de vieja raza, que llevados por nuestros padres desde niños a Montevideo, conversamos en sus calles con las sombras de nuestros abuelos,... podemos recorrer medio mundo, cruzar los Alpes, vivir en los Pirineos, y olvidar un poco al simpático Domínguez entre Byron, Schiller y Hugo: ¡no importa!, el Cerro nos sigue pareciendo "un rasgo prominente". Y usted sabe cuánto le quiero expresar en este ingénuo sentir".



Con respecto a la personalidad intelectual y literaria de Angel de Estrada, ¿cómo concretar en estas rápidas palabras improvisadas y necesariamente breves, toda la justicia debida a los superiores atributos que la distinguían? ¿Cómo decir todo lo que en gran saber, hondo pensamiento y rica imaginación; en delicadísima sensibilidad, refinado buen gusto, aptitud literaria y probidad

artística puso siempre en su enorme labor constructiva y cimenta, honda y sólidamente, su vasta obra de escritor conscientísimo y consumado estilista? Apenas si cabe aquí la mención recordatoria de las cualidades culminantes entre las que le caracterizaban y por las cuales siempre resplandecerán con luz propia sus escritos.

Extensísima, segura y siempre disponible en su memoria era la ilustración de Angel de Estrada; pero principalmente él descollaba, entre los espíritus más preparados, por su cultura histórica, artística y literaria. Y de esto—aparte del recuerdo en los que le trataron—queda testimonio perdurable en todos sus libros.

Era igualmente admirable su excepcional conocimiento de las razones de todo el dinamismo de la política en Francia. En gran parte acaso eso haya provenido de la estrecha amistad que mantuvieran con Estrada, que tan frecuentemente residía en París, muchas de las personalidades francesas de mayor significación, pues, como es sabido, pocos sudamericanos han alcanzado de los hombres más representativos de Francia—en la política, el pensamiento, las artes y las letras—tan alta consideración intelectual y literaria. Siempre seguía con interesadísima atención y conciencia de iniciado en los secretos de los intereses motores y de las evoluciones partidarias, los conflictos de las diversas orientaciones colectivas y el choque de los ideales y egoísmos de los espíritus regentes de las multitudes. Cualesquiera fuesen las sustituciones de los partidos en el gobierno; cualesquiera los cambios de los más altos funcionarios públicos; siempre,

con estupenda seguridad, le era dado explicar detalladamente la historia de sus causas y proyecciones.

Cualquier tema tratado por él revelaba que era tan extensa como profunda su cultura. Por eso todos los críticos de mayor significación que han comentado con elogio su obra—aun aquellos que no compartieran la totalidad de su criterio en algún punto de su doctrina o de su concepto estético—han coincidido en señalar la extraordinaria conciencia puesta por Estrada en toda su labor intelectual y literaria.

*

En Angel de Estrada a la vez que un artista había un pensador. Aparte de la filosofía de la vida, de la religión, de las costumbres y del arte que llena sus narraciones de melancólico sentido de los destinos de la humanidad; de interpretación de civilizaciones; de visión de vanidades: grande es la siembra de ideas luminosas en sus páginas, nutridas de inspiración e hirvientes de gérmenes sugestivos. Por ello siempre su lectura tendrá virtud estimulante para las más nobles actividades del espíritu. Y si algún día se extrajera de sus obras, con facultado criterio y gusto selectivo, los pensamientos de hondo significado y primoroso estilo que contienen, se formaría un volumen de mérito superior entre los que en el género contara la literatura de nuestro idioma.

De los dones de imaginación, delicadísima sensibilidad, refinado buen gusto, y probidad artística, que tan

pleno desarrollo alcanzaran en Estrada, son copiosos exponentes los libros del poeta, del novelista, del viajero y del crítico que en él tuvieran altísima manifestación. En las páginas de cualquiera de ellos hállanse: luminosa irradiación imaginativa, exquisita percepción de sentimientos, sutilísima penetración de la vida moral, magistral arte de exposición, depurado vocabulario.

Sólo por las palabras podría ser diferente de lo que he expresado otras veces, cuanto yo agregara ahora sobre la probidad artística y la aptitud literaria del gran escritor. Por eso complázcome en recordar aquí que escribiendo a propósito de *"Cadoreto"* dije que serían siempre admirables en Estrada su dominio de las épocas evocadas, y la consecuencia que por ello guarda con el espíritu de la sociedad y la vida de los tiempos, al presentar, opuestas o afines, las almas de entonces en las diferentes clases; y que la transparencia de su expresión de las ideas y de los sentimientos, y el infalible acierto en la sutileza de los matices que desdoblan el sentido de las frases, hacen a su prosa diáfana y bella por pureza y sobriedad, imaginación y medida.

*

Acaso por todo lo que intelectual y literariamente eleva la calidad de su obra, se ha dicho de Estrada que no escribía para el vulgo. Eso es cierto porque es indiscutible que para poder apreciar todo el mérito de sus obras son necesarios una cultura y un gusto que todavía,

por mucho tiempo, no pueden ser vulgares, principalmente en América. Pero esa comprobación no podría tener significado de censura más que por el error de quièn la hiciera creyendo que las clases más cultas no tienen tanto derecho como las que no lo son a que se les dé el arte que merecen.

Por mi parte, yo, que siento, como decía Laprade, "una suerte de predilección por los géneros y las obras *impopulares,* y singular desconfianza de los gustos y de las opiniones *del gran número,* creyendo que la esencia de la popularidad que buscan los escritores sin ideales es la vulgarización que basta para descalificar a un artista, porque en las condiciones actuales de la opinión y de la publicidad es principalmente por sus defectos que una obra se hace popular": pienso también que Estrada era uno de aquellos destinados a no alcanzar los éxitos populares "precisamente por la elevación de las cualidades que honran más al artista, por la profundidad de sus concepciones y la dignidad de su estilo".

El día que llegó a América la infausta nueva de la muerte de Rodó me envió Estrada muy sentido telegrama de condolencia por aquella pérdida irreparable para las letras y el pensamiento hispano-americanos. Que las palabras terminales de aquel telegrama sean hoy las de estas líneas escritas sin tiempo y digan también del ilustre estilista y pensador argentino: "que la antorcha que ha dejado caer tardará mucho en fulgir en otras manos porque antes su llama tendrá que evaporar los llantos que la humedecen".

ATARAXIA

(Por Adolfo Agorio)

"ATARAXIA"

Por Adolfo Agorio)

Cuando se vuelve de Atenas con San Pablo, después que en "lengua bárbara" el apóstol hablara de su fe a los que allí suponía esperando con un templo vacío "al dios desconocido", todavía parece que no va a satisfacer a la conciencia helénica el nuevo espíritu de los tiempos que traía el gran iluminado del camino de Damasco. El sarcasmo en que culminara el genio burlón de la multitud congregada en el Areópago, cuando al oír al primer perseguidor de los cristianos asegurar que se resucitaba en el cielo le contestaran que allá le escucharían otra vez, era el verbo del escepticismo ecléctico y tolerante que había sucedido a la antigua fe en la capital del mundo griego. Y hacía tiempo que la medula de ese escepticismo saturado de sal ática era indiferencia despectiva para las especulaciones filosóficas y la fe religiosa.

Aunque como antes la curiosidad vigilaba siempre toda novedad desconocida, el propio examen al cual incesantemente se pidiera el conocimiento de la verdad había dejado en las conciencias la noción de la invalidez de las facultades humanas para alcanzarla,... y la duda que acogía sonriendo a los que llegaban convencidos de que la poseían. Ya la lógica precisa y clara que satisfacía a la inteligencia de los helenos era tan refractaria de las creencias ajenas como impermeable a todas las inquietudes la serenidad de los espíritus superiores. Hacía cinco siglos

que ese sosiego espiritual había recibido denominación en una palabra griega: Demócrito habíale llamado "ataraxia", dándolo por objeto a la vida. Y a esa concepción habían convergido todos los sistemas especulativos; en ella había concluído la filosofía moral de las más opuestas escuelas. Por eso era el signo de la época en todas las conciencias ilustradas, después de las creencias y las ideologías que sucesivamente se habían repartido la fe en las divinidades y en las especulaciones intelectuales.

Desde entoces y como entonces, almas paganas y cristianas, de todos los tiempos, llegaron a aquella abstracción inmunizadora contra la tiranía de los incentivos que suscitan emulaciones, rivalidades y luchas en la vida convencional de las sociedades. Y ese es el fenómeno que atrae la atención y el pensamiento de Agorio en su última obra; es ese el estado moral que—en su esencia y en su simbolismo—contempla, interpreta y comenta en algunos espíritus de épocas, creencias y actividades diferentes. "La ataraxia es la única forma de abstracción del universo, la única manera de quebrantar la continuidad de la materia, y, por consiguiente, de percibirla" define en las páginas preliminares, y dice de "la facultad ataráxica" de que se siente dotado: "ese gran sentido de percepción, ese veneno corrosivo que descompone, que analiza, que vence mi obstinada voluntad de creer".

*

Del espectáculo que ofrece el hombre entregado a los afanes en que emplea y consume sus energías, por

móviles coincidentes o contradictorios, de los cuales—a veces a costa de la felicidad—hace su razón de ser hasta que muere, esta obra refleja la inquietud ante el misterio y la rebelión contra el destino. Por eso en ella está la evocación de la dramática realidad en que, desde los más remotos tiempos hasta hoy, se debate la conciencia humana con el dolor de no poder penetrar el enigma del universo y de la vida. A cada rato, en este libro de intensa meditación y fulgurante estilo, se advierte la presencia del eterno atormentado por la mudez de la naturaleza en que se le diera existencia. Frecuentemente, en los diversos aspectos del mundo moral que evoca, aparece el alma que sabe la imposibilidad de conocer su propia esencia, dónde está y lo que le espera. Pero también sus hojas llevan impreso el gesto convincente de que el espíritu humano no es un resignado, sino un rebelde que tortura su fe en las certezas de su ciencia y su razón,... y analiza su tortura.

Es cierto que siempre parece que llegan de todos los siglos, como el verbo supremo de una angustia de todas las épocas, las interrogaciones que iban al través de la noche en la mirada del poeta de la decepción:

"E quando miro in cielo arder le stelle
Dico fra me pensando:
¿A che tante facelle?
¿Che fa l'aria infinita, e quel profondo
Infinito seren? ¿Che vuol dir questa
Solitudine immensa? ¿Ed io che sono?"

Mas también perennemente la voz del hombre ha llegado a todos los horizontes para decir la protesta de la

criatura humana contra todo lo que le arrebata su felicidad sobre la tierra hasta que desaparece con la irremediable ignorancia de su destino.

Desconformidad consciente o instintiva, hay una expresión de ella en cada esfuerzo del hombre para escapar al infortunio antes de caer en lo desconocido. Sólo por eso—como el náufrago abrazado al madero que le sostiene sobre las olas mientras conserva fuerzas para no abandonarle—se le ve entregado a una fe, un amor, un ideal, un deber, que le infunde entusiasmo, y a veces pasión, para dar a su vida febril actividad física, intelectual, o moral, hasta que se extinguen sus energías. Y es con la esperanza de alcanzar ese relativo bien que procura todas las formas de la propia superación. Pero siempre, tras los éxitos y los contrastes de las empresas en las cuales se diría que todos intentan aturdirse para olvidar la sentencia ineludible, cada mortal, como en la bíblica leyenda del opulento cosechero que tras una vida de fatigas iba a construir graneros donde guardar sus inmensos tesoros, para poder ofrecerse todo lo que deseara, oye la inexorable voz de la voluntad omnipotente, que le dice: "Necio, esta noche te vuelven a pedir el alma".

*

Del llanto de un niño que acaba de nacer, el autor extrae en las páginas iniciales simbólico significado, interpretando aquellos sollozos como el anuncio de "la infelicidad necesaria, de la desventura razonable que hace posible el optimismo de nuestra existencia". Y corrobora su

aserto porque, según más adelante expresa, piensa que la criatura humana, "fuera de la violencia de su protesta permanente, acallando la inquietud interior con la ataraxia del aturdimiento, encontró la serenidad dentro de la guerra y la contradicción". Después de esa exégesis del sentido de la vida que empieza interpreta, en sus motivos y en sus manifestaciones, diferentes formas de la abstracción.

La ve llegando de "lo inactual", influyente en nuestros días, como la transmite Beethoven en lo que sugiere a las almas contemporáneas. Ejercida por "lo actual", la muestra en la febril actividad del periodismo impersonal que lucha por intereses de los cuales es vehículo y sostén su propaganda. En el mito griego de la titánica rebelión de Prometeo, mientras indómito padece todos los tormentos de su castigo sobre la roca del Cáucaso, la señala emergiendo de "las fuerzas creadoras". La desentraña de la expansión de las energías raciales que el espíritu de empresa y de aventura "dispersa" en la trágica conquista del Nuevo Mundo. La percibe y la explica tanto en el "pragmatismo" que mueve a la consecución utilitaria de lo más benéfico en cada circunstancia diferente, como en el "misticismo" que sobrepone su amor, su fe y su esperanza a todo lo que ofrece la vida a los anhelos de felicidad terrena. Ante el cadáver de un cuerpo joven que le inspira simpatía moral e instintiva solidaridad humana, siente cómo la produce "la presencia de la muerte", y ante el vertiginoso existir de Hamlet advierte cómo se la experimenta por el "envejecimiento" que deja la noción de que

"nos vamos un poco para siempre todos los días". La describe en el apasionado "amor a la naturaleza" que perpetuamente enajena a las almas arraigadas a la región en que aparecieran. Finalmente, dice cómo es la sugestión dominadora "en el perfeccionamiento doloroso" que cumple altruísta sacrificio para el bien de los otros.

Y en toda la exposición ideológica, manteniendo la unidad de la doctrina, reaparece frecuentemente el concepto de la ataraxia, según la caracteriza el propio origen diferencial, al través de los múltiples aspectos de sus manifestaciones en el curso de la vida. Así pasa su noción, siempre precisa en el espíritu del autor, entre las distintas apariencias del fenómeno ataráxico.

Cuando la considera proveniente de las "fuerzas creadoras" la dice "intensidad de ideal y ausencia de vanas supersticiones", porque afirma que "el ideal cierra todas las ventanas que miran al mundo exterior" y "hay una finalidad suprema y abstracta que mata los órganos del conocimiento sensible". Al contemplarla en el transporte místico—el estado en el cual un alma desdeñosa del mundo físico, se entrega a íntimas relaciones directas con el infinito, según el decir de Remy de Gourmont—la define "el espíritu que niega el mundo exterior frente al objeto que lo afirma dentro del espíritu" porque, agrega, "la conciencia del perfeccionamiento no presta atención a todas las pulsaciones del planeta". Si ve que "el dolor útil" la crea, invulnerable a todo lo que en la vida interesa al cálculo y a la pasión, la muestra confirmando cómo "el espíritu superior tiende a reintegrarse en el infinito de

sus propias visiones", pues "nuestra luz interior toma sucesivamente el tinte de las diversas substancias que consume". Y así siempre, seguro y claro en su concepto de la imperturbabilidad dominante en las actividades morales y materiales a que atiende en su obra.

*

De la sustancia doctrinaria contenida en la afluencia de ideas que este libro comporta, fluye un optimismo virtualmente dinámico por lo que sugiere y estimula. De todo el caudal de especulaciones psíquicas y morales que corre en el texto de estas páginas, convergen conceptos de hondo sentido y viva emotividad hacia el examen de lo que al hombre quita la amarga percepción del indescifrable fatalismo que rige su apariencia transitoria.

Pero la impenetrabilidad del motivo y del destino de la existencia humana y del mundo de su conocimiento, no impide al pensador de esta obra admitir el deber de alcanzar la felicidad posible. Por eso este libro es de los que en épocas de desorientación y escepticismo hacen pensar y soñar, olvidar y esperar. Por ello, asimismo, su lectura lleva con frecuencia la mirada hacia atrás para recoger el sentido del pasado, con el fin de que cuanto en él pueda ser eficiente para el bien accesible prolongue su influencia en el futuro y—con todo lo que de diversas maneras abstrae subyugantemente en la actualidad de cada época coopere a la relativa dicha de las nuevas generaciones. "Chacun trouve a son tour le mur noire des mysteres",

según el harmonioso decir del verso de Vanhaeren, pero aunque a sabios e ignorantes la vida enseña a igual precio esa irremediable verdad de la condición humana, Agorio le agrega la esperanza, afirmando que "los enigmas asoman en cada uno de nosotros como auroras de la vida interior".

En cuanto concierne al contenido literario de la parte formal de la obra, apenas cumple repetir lo que otras veces impusieran el léxico empleado, el arte de la construcción y el buen gusto que elevan las dotes expresivas del autor. El lenguaje es el de su vasta cultura y el de su distinción espiritual. Y el estilo también es el suyo de siempre: todo brevedad, precisión y transparencia, todo calor, emotividad y sugestión; opulento en oraciones de singular eficacia sintáctica y fonética, y en vocablos de tan ajustada exactitud en el empleo de su significado que acaso no se les pudiera sustituir ventajosamente. Por ello en *"Ataraxia"*, casi todo irradia tanta luz de ideas propias como de inspirado y sapiente arte expositivo.

Montevideo, 4 de febrero, 1924.

A DOS POETAS "NUEVOS"

(Cartas a Carlos César Lenzi y Federico Morador)

A DOS POETAS "NUEVOS" (1)

(Cartas a Carlos César Lenzi y Federico Morador)

Señor Carlos César Lenzi: Sus *"Poemas"* consagran un nuevo poeta. Es seguro que a muchos parecerán raros esos versos hechos fuera de los moldes empleados comunmente. Poco importa lo que les exceptúe si tales como son tienen belleza.

Yo no podría decir que todas sus composiciones me parecen igualmente bellas, ni que muchas para mí lo sean desde el principio hasta el fin. Pero sí que en todas—hasta en las más leves, aladas e imprecisas—hay algo, una estrofa, un verso, que revela la sensibilidad, la imaginación y el gusto de un artista.

Tiene esa colección mucha poesía de juventud, hecha con sensaciones de la vida. Por ello en esas páginas de confesión desfilan tantas sinceridades del temperamento. Y así alternan en ella los sueños de la fantasía y las evocaciones sensitivas, la emoción del paisaje y el amor del retiro, el recuerdo de las almas grotescas y el orgullo de la propia calidad psíquica.

Todo eso es triunfal aunque en ello, por lo que eternamente hace imperfecta a la labor humana, puedan con frecuencia hallar dónde morder los que gustan saborear

(1) Publicadas en la revista *Proteo,* de Montevideo, en el número de diciembre de 1921.

pecados en los "nuevos". Pero esos fustigadores implacables de toda sinceridad personal que importe innovación, siempre fueron calificados por palabras de conciencia y de juicio definitivos: desde que aparecieran en la antigüedad hasta cuando en nuestros días llamábales Menéndez y Pelayo "fanáticos sectarios que, alardeando de independencia literaria, son los primeros en no respetar la legitimidad de todas las formas que en el proceso histórico del arte se han sucedido, distinguiendo en ellas lo bello y permanente de lo accidental y transitorio".

Si *se sienten* ustedes "nuevos", ¿cómo no serlo? Ya es vieja conquista universal la noción de que el primer deber del artista es el dar la consecuencia al propio sentimiento. Y su derecho a la sinceridad es sagrado.

¿Creen ustedes, pues, ser "nuevos"? Muy bien: sólo cabe desear que muchos sean de los que quedan y pocos de los que pasan. Porque, como usted sabe, entre los que aparecen y se suceden desde hace siglos hay que distinguir los que realmente no pueden ser de otro modo y necesitan producir *la manera* que traen al arte, y los que sin motivo en sus condiciones suponen posible ser lo que quieren... y lo intentan hasta que al fin se van sin hacer ni fundar lo que no podía depender sólo de sus propósitos.

¿Recuerda los "nuevos" del *gongorismo?* Ya entonces decían, como lo puso Le Sage en labios de aquel Fabricio Núñez que los representa en su *"Gil Blas",* contestándole a éste cuando le pedía claridad hasta para un soneto: "Tanto mejor si el soneto no es inteligible. Todo lo que exige sublimidad no puede tener expresión natural

y sencilla. Su mayor mérito es la obscuridad: basta que el autor crea entenderlo. Somos cinco o seis los innovadores que nos hemos propuesto transformar la lengua, haciendo lo blanco negro, y lo hemos de conseguir a pesar de Lope de Vega y de Cervantes".

¿Y los "nuevos" del *romanticismo?* Formaron legiones hasta en América, donde sólo pocos dejaron nombre imperecedero, y sabe usted que casi en su totalidad esos de nuestro Continente apenas eran como lo dijera aquella gran conciencia del arte literario citada antes: "gente que tomaba por inspiración el desorden, por bizarría la incorrección, por muy profundas las cosas a medio decir, y por rasgos de *genio* desbordado las más incoherentes extravagancias".

Así también los del *decadentismo.* Esos se reprodujeron apenas ayer en estas tierras americanas y los hemos alcanzado nosotros. Todos recordamos cómo desde que Darío, adoptando los artificios de aquel neoromanticismo, puso una sonoridad suya en la lírica castellana, fueron innumerables los que se lanzaron a ensayar la imitación de sus procedimientos y sus formas, suponiendo que sólo esas exterioridades hacían a aquel poeta. Pero precisamente de los que en Europa habían creado la novedad que Darío trasplantaba a nuestro suelo y nuestro idioma, ya había explicado Guyau con visión honda: "Para cubrir con una ilusión la esterilidad del fondo es que los decadentes se afanan en el trabajo de la forma: piensan que es posible suplir el genio por el talento que le imite los procedimientos. Pero, si las obras geniales son las más sugeren-

tes y las más capaces de suscitar otras como ellas, son también las más difíciles de analizar y de imitar. Están muy unidas a la vida, a la cual no es posible reproducir artificialmente".

Como en los de otras veces, pues, en los "nuevos" de hoy—que no serán los últimos—habrá espíritus aptos para la emoción inspiradora del arte creador de la belleza, y almas inertes, apenas capaces de simulaciones de la vida y de artísticos remedos. Bien venidos todos, bien venidos siempre, para que realicen su labor como la realizaron otros, con vario destino, en diferentes tiempos y países. Y hagan su arte, como sea, que ahora como antes y después sólo dejarán obra perenne aquellos que, nacidos para oir y obedecer a la voz inconfundible de la naturaleza propia, fueran llevados por el instinto a recoger del corazón todas las repercusiones de la vida. Pues aspirar a ser original por la adopción de métodos, maneras y singularidades artificiales, es suponer que ello es posible por voluntario capricho de simular rarezas. El origen de la verdadera genialidad en el arte no es electivo ni antojadizo: obedece a necesidades psicológicas; lo producen fuerzas irresistibles, facultades de vocación en que convergen todas las energías morales para engendrar la obra que lleva el sello personal por el cual se distingue y perdura.

Usted, pues, que bien demuestra entenderlo así, en el libro con que se inicia, continúe fiel a sí mismo, haciendo la obra de su sinceridad. Y con todo el entusiasmo poético cuyo poder imaginativo ya tanto dilata las perspectivas de su espíritu, deje que el vuelo de su numen le lleve

sobre horizontes indefinidamente renovados, siempre libre y sin más norma que la de aquel supremo esteta que triunfa hasta en las más discutidas obras de Thibault: "En el arte, todo lo que no es bello es falso".

*

Señor Federico Morador: Indudablemente su obra es todo eso que en su concepto infinito y luminoso dice la palabra con que usted la llama: *"Poesía"*. Y poesía casi siempre muy sentida, a veces honda. Por ello, más que cuando el autor quiere que sea nueva es más nueva cuando es más suya. Y ello aunque no se la halle en algunas composiciones y haya prosa entre sus versos.

Pero el estro que eleva esa poesía donde es espontánea su realización, revela que en la fuente de que emana hay una corriente incorruptible. Está allí el alma sensitiva y radiante, estremecida por todo lo que sacude los nervios, sonora por todo lo que golpea en el corazón. Eso es el poeta; el de todos los tiempos; el que perdura al través de escuelas, maneras y nombres; clásico, romántico o decadente: siempre imperecedero.

Comprobada, pues, la existencia de ese poeta, que es lo esencial, las preocupaciones de capillas, procedimientos y denominaciones son insignificantes... mientras no sofoquen al fuego sagrado. Pues el numen poético sólo puede vivir en la libertad moral, intelectual y artística. Todo lo artificial que se imponga a su espontaneidad creadora, primero la estorba, después la marchita, y al fin la extingue.

Por eso es inútil proponerse ser original con ardides, y es error abrigar la esperanza de alcanzar originalidad por descubrimiento de rarezas. Cuando es posible, cuando es fundamental en un espíritu, no aparece más que por la complacencia en la producción de la belleza, sin buscar exprofeso exterioridades diferenciales. Y como lo recuerda Bourget: "ha quedado el ejemplo de todos los siglos para probar que la gran obrera de las producciones geniales es la inconsciencia, y que el mejor modo de componer obras bellas es trabajar mientras en ello se sienta placer". Ley natural de la creación artística de todos los tiempos, también era con la noción de ella que ya en sus días enseñaba Laprade que "toda obra de la inteligencia se debiera ofrecer como fruto necesario del espíritu que la concibe; que el libro debiera siempre demostrar que el autor no ha sido dueño de hablar otro lenguaje; que ha sido poeta, filósofo, historiador, fatalmente, por virtud de la obsesión interior que, como ejercida por Dios, sintiéramos en nosotros".

No es fácil adivinar quiénes entre los que llegan en la falange de su generación, impedidos para esa consecuencia al dictado del alma, vengan destinados a concluir en el pecado de la equivocación estética, y quiénes por el sentimiento de la belleza que usted muestra en las mejores composiciones de su opúsculo ofrezcan la seguridad de perdurar sobre los extravíos de la labor inicial en las horas juveniles. Pero, indudablemente, ese renacer que ustedes anuncian con tanta exuberancia, trae en sus obras fe y dotes bastantes para dejar una promesa y fundar una espe-

ranza, evocadoras de otras renovaciones y otros triunfadores definitivos... que ya pasaron.

Hoy por hoy: de esa poesía nueva—toda curiosidad y ensayo llenos de optimismo afirmativo y confiado—que frecuentemente llega tan sin encanto para muchos oídos como seductora por la sutilísima complejidad de las sensaciones que la inspiran y de las imágenes que la expresan, no es posible prever la evolución y los destinos. Siempre sabrá más de ella el que en ella se complace, que los que no la pueden gustar con deleite en la totalidad de los elementos que la integran.

SOBRE ORTOGRAFÍA FONÉTICA Y LENGUAJE

(Carta a don Julio Cejador)

SOBRE ORTOGRAFÍA FONÉTICA Y LENGUAJE

(Carta a don Julio Cejador)

Ilustre maestro: Con mucho interés he leído el opúsculo sobre ortografía racional que usted patrocina y ha tenido la bondad de enviarme. Agradezco su atención y reconozco en el autor muy conscientes y sinceros propósitos de servir a la depuración impostergable del habla castellana, aunque creo que él hubiera favorecido a su obra no motivando la recomendación que contiene el prólogo "a los que se propongan refutar el libro", para que dejen a un lado los enigmas y fantaseos, "las etimologías no seguras y otras menudencias que no amenguan el alegato sustancial". Acaso las burlas y los calificativos abundantes en el folleto pudieran ofrecer, a quienes se viesen puestos ante inapelable justicia por las razones que con aquéllos alternan, objeto de preferible atención y cómodo refugio para eludir dificultades en lo esencial del asunto.

Me parece muy útil la defensa de la ortografía fonética mediante la demostración de sus ventajas sobre la etimológica. Así, en América, las simplificaciones alfabéticas con tal objeto han alcanzado en Chile su más fundada realización, y creo que el alfabeto más racionalmente disminuído con el propósito de facilitar la ortografía sea el empleado, entre otras, en las ediciones de *"La Pena de Muerte"* por Carlos Newman (Santiago de Chile, 1896) y *"El Kuerbo"* de Poe (id. id.).

Es indiscutible que la Gramática y el Diccionario de la Academia, tales como son actualmente, revelan inseguridad y confusión de los fundamentos lingüísticos necesarios para establecer las normas lexicológicas y gramaticales de nuestro idioma. Por eso, en vez de ofrecer la guía más autorizada, esos libros, que debieran contener la suprema legislación del lenguaje hablado y escrito, frustran las consultas frecuentemente porque dejan en la desconfianza y en la duda más perjudiciales, no sólo a los que sin ser filólogos ni gramáticos nos dedicamos a escribir, sino a cuantos también sin aquellas especialidades, necesitando usar de la palabra escrita y oral para ser bien entendidos en las cotidianas ocupaciones de la vida, se ven obligados a ajustar su ortografía, su fonética y su construcción al uso oficial establecido. Más que todos sabe usted que aquellos libros les dejan sin auxilio por *insuficiencia e inconsecuencia* de sus justificaciones etimológicas; alteraciones del sentido de muchos vocablos; exclusión de innumerables palabras y modismos *insustituibles;* copiosa adopción de voces y giros extranjeros *innecesarios;* arbitraria imposición de reglas gramaticales *derivadas de otros idiomas* en que son indispensables, pero que en el nuestro contrarían, alteran y destruyen la ortografía, la prosodia, la sintáxis propias de su naturaleza y de su genio.

Sin embargo de eso, como el autor lo reconoce, no faltan entre los miembros de la Academia personas de talento y saber sobresalientes, y por eso y por ser universal la noción de los errores que corrompen al lenguaje y es-

torban su perfeccionamiento, es más inexplicable que se haga esperar tanto la revisión necesaria del léxico y de la gramática. Yo soy un convencido de que no puede demorar esa gloriosa empresa de civilización por la cual debe reconquistar su idioma nuestra raza. La adopción por la Academia, de la Sintáxis contenida en la magistral obra de usted *"Gramática de la Lengua de Cervantes"*, que es el tratado fundamental y completo de esa materia que hasta ahora faltaba a nuestro idioma y con el cual ha podido dotarle su extraordinario saber—advertida en América por todos los estudiosos y escritores que, más o menos, cuidan la propiedad y corrección de su lenguaje—puede ser el primer anuncio de una rectificación del criterio académico, y el hecho inicial de la gran reforma necesaria.

Por mi parte considero que, ahora, la fuerza destinada a imponer esa reforma está contenida, a la vez y tanto o más que en la imposibilidad de prolongar los crecientes perjuicios causados por la desorganización del lenguaje, en la suma de las enseñanzas definitivamente alcanzadas por la profunda ciencia acumulada en esas obras que se llaman: *"Gramática Filosófica"* de Andrés Bello; las *"Notas"* a ésta y el *"Diccionario de Construcción y Régimen"* por Rufino José Cuerbo; el *"Tesoro del Lenguaje"*, la *"Gramática y Diccionario del Quijote"*, y otras de usted; el *"Prontuario de Hispanismo y Galicismo"*, del padre Mir; el *"Diccionario de la Conjugación Castellana"* de Emiliano Ysaza; la *"Prosodia Castellana"*, el *"Diccionario de Ideas Afines"*, y la *"Arquitectura de las Len-*

guas" de Benot; el *"Diccionario de Galicismo"* de Baralt, y otras así monumentales.

Creo, pues, que la reforma está fundada y asegurada en ese tesoro de hondos estudios investigadores y demostrativos, porque en él está la mayor fiscalización de las impurezas y el más luminoso proceso de los errores autorizados, cuando no impuestos, en nuestro idioma. Y como esa labor es *indestructible,* se la irá conociendo cada día más hasta que, inevitablemente, su luz llegue a todas las conciencias en las generaciones que vienen. Entonces no será posible callar de quiénes fueran las obras que habrán devuelto su idioma a nuestra raza. Y la misión que con más honor podría cumplir la Academía en tal empresa, consistiría, indiscutiblemente, en adoptar con ponderada ordenación cuanto ofrece aquel precioso caudal acumulado en el curso de larguísimos años por los más grandes y sabios trabajadores que hayan dedicado su vida a preparar la restauración definitiva del habla castellana.

Es para contribuir a ese glorioso triunfo de la civilización hispana, que pertenece a la propaganda una acción inicial imprescindible en el espíritu nuevo de las generaciones que llegan a la juventud o la madurez, ávidas de conquistas científicas y de perfeccionamiento intelectual. Y es para esa labor preliminar destinada a llevar a las conciencias el germen de las nociones que pueden hacer reaccionar contra la rutina corrosiva de la vida del idioma y retardataria de su progreso natural, que es utilísima la divulgación de pequeños libros de gran contenido en su breve lectura, como el que motiva estos ligeros comen-

tarios, y los que debería editarse con estudios como el de la admirable "Introducción" del *"Prontuario"* de Mir y Noguera, y *con las demostraciones más fundamentales* de las sabias doctrinas filológicas contenidas en las obras de usted, principalmente, y en las de algunos otros grandes maestros ya nombrados.

Con la formación de una biblioteca así, de pequeños tratados sintéticos, o breviarios de la verdadera ciencia del lenguaje; ¡cuánto anticiparían ustedes la reforma que tanto apremia en todos los puebles de estirpe hispana!

Montevideo, 13 de marzo, 1921.

“ENTRE LOS PASTOS”

(Novela de Víctor Pérez Petit)

"ENTRE LOS PASTOS"

(Novela de Víctor Pérez Petit)

Acabo de leer *"Entre los Pastos",* la novela premiada de Pérez Petit, que yo no conocía y que llegada ahora a mis manos, por obsequio del autor, se ha apoderado de mi espíritu durante algunas horas, sometiéndole a todas las transiciones de los sentimientos y las ideas que sugiere. Soy acaso el lector más refractario al lenguaje y al estilo de la incultura en la obra literaria del criollismo rioplatense, pero al leer este libro me he sentido continuamente interesado por el proceso del conflicto pasional que presenta el escritor. Y el secreto de esa conquista total de la atención es que esa novela campera es muy humana y está llena de sentido de la vida. Reaccionan en ella los elementos eternos de la emoción que agita las almas y juega con los destinos haciendo la dicha o el infortunio en todas las clases de la sociedad. Ofrece los episodios dramáticos de dos vidas malogradas por la ocultación de sus pasiones, y un cuadro sangriento de nuestras guerras civiles.

Cierto es que no desfilan en sus páginas las pintorescas escenas del trabajo en la "estancia", pero hay en ellas una visión clara y honda de mucha vida moral en las gentes de nuestros campos. El que escribe toda la psicología de esa obra tiene observado penetrantemente la índole y

la idiosincrasia más comunes en el habitante de nuestra campaña; sabe cómo son en su país muchos carecteres campesinos; conoce la complejidad de ciertas existencias de aquel mundo espiritual.

Las principales figuras tomadas del ambiente son de un realismo vivo, e inspiran y atraen la simpatía del lector hasta cuando se equivocan al juzgarse y ciegamente altivas atentan contra la propia felicidad. Interesan igualmente: cuando el hombre es valiente en la guerra y cuando la desgracia le convierte para siempre en un desesperado; cuando la mujer enamorada huye para no dejar ver su amor y vuelve en busca del amante que los celos le quitan, y cuando abnegadamente resignada con su vida deshecha espera el fin de sus días en la soledad.

Y dignas de la evocación dramática de los sentimientos en aquellas almas incultas son las descripciones de la naturaleza y de la cruenta lucha civil en nuestra campaña. Fuertes y animadas las reproducciones del paisaje en su realidad polícroma, dinámica y sonora. Grande el aliento vital infundido a los cuadros marciales de las multitudes revolucionarias en marcha y a la animación épica de los combates.

Pero todo eso, que tan elocuentemente habla de las facultades del psicólogo y del artista que han contribuído en el autor para la realización de esa obra, está dominado en la novela por la desdicha de aquellas dos vidas que arrojadas al margen de sus pasiones quedan condenadas a un dolor sin remisión. Como dos destinados al infortunio definitivo tras una lucha inútil, desde la primera vez

que se les ve aparecen combatiendo contra su desgracia; valientemente, pero retrocediendo siempre, hasta la derrota final. A cada rato llega al espíritu del lector un sentimiento amargo fluente de esa adversidad que parece fatal. Y alguna vez en el curso de la lectura, como ante una de las innumerables enseñanzas eternas de la vida, se piensa que acaso no sea otra la realidad en el camino de muchos, y se recuerda que no son pocos los que pasan junto a su felicidad sin advertirla y sin tomarla, y que raras veces vuelve la oportunidad de hallársela en la senda por donde cada cual pasa para siempre.

Así, recogiendo en la lectura de ese libro la sensación de la catástrofe que frustrara los destinos de las almas que viven en sus páginas, he sentido preguntar y responder a mis labios: ¿qué queda tras la ocasión malograda?, ¿qué sigue al recuerdo del error que abandonó, siempre muy lejos, allá a donde nunca se regresa, el mayor tesoro que es dado recoger desde la cuna al fin? ¿El arrepentimiento? Pero el arrepentimiento no devuelve la felicidad perdida, y es cierto que aunque se rehaga la vida muchas veces sus renovaciones podrán traer otras dichas, todas, menos aquella por la cual—parece saberlo el corazón de los que la perdieron—se hubiera cumplido el destino mejor.

"Chi vuol esser lieto, sia, di doman non vi é certeza", la vieja sentencia que Médicis sembraba en el espíritu de su pueblo una noche del carnaval de Florencia, todavía, al través de los siglos, parece la voz de una verdad caritativa para todos los tiempos.

Es indudable que *"Entre los Pastos"* es muy meritorio exponente de la observación y el arte que permiten al autor hacer obra de descriptor, de psicólogo y de narrador. Pero también tiene esa novela, por encima de todo lo que en ella es propósito intelectual, método y habilidad artística, un poema de ternura y sentimiento con muy sutil penetración de las emociones, y acaso no poco abandono a los recuerdos del dolor hallado en la propia senda. Y eso será siempre la mayor seducción de esta obra de Pérez Petit, y lo que infunda más virtud sugerente a su lectura.

Yo no sé si por ello habrán premiado a su autor en el concurso de *El Plata,* ni conozco la otra novela igualmente premiada en la misma justa. Pero creo que el jurado al apreciar *"Entre los Pastos"* haya sido conquistado principalmente por la vibración de aquella cuerda sensitiva, y pienso que acaso por ella haya equiparado su mérito al de la otra obra triunfante en el mismo certamen literario.

"CADORETO"

(Novela de Angel de Estrada)

"CADORETO" (1)

(Novela de Angel de Estrada)

I

No habrá sido ni será siempre dolor el mérito que exceptúa, pero en el ambiente moral de los pueblos que inician su organización y su cultura en la América nuestra, con frecuencia las dotes excepcionales padecen la injusticia, y muchas veces en medio al éxito que buscan y obtienen los que no pueden triunfar por los merecimientos pasan cargando su superioridad como un castigo aquellos que más honor dan a una patria y a una civilización. Si se reduce el examen a nuestro país instantáneamente la memoria llena de citas ejemplares la comprobación de la tesis, en tanto que como la del más reciente y triste pecado de esa incapacidad de justicia acude sobre todas, a los labios, la del último y el mayor de los grandes muertos: Rodó. Y en el más próximo de los países de nuestra raza y nuestro idioma, donde, no mucho antes, tras una vida de dignidad y de amargura, plegaba su alas, abatido para siempre, el númen radioso de Almafuerte: también Estrada realiza obra de alto amor y superior conciencia, con religioso silencio de pensador y de artista, mientras la baja finalidad de la nombradía en el vulgo extravía a muchos en la persecución del éxito por el ruído.

(1) Publicado en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires, en el número de enero de 1923.

De esa labor gloriosa nuevo ejemplar presenta *"Cadoreto"*, que aunque con otro arte y sin el sugerente subjetivismo de *"Redención"*, por su diversa índole, es también, sin embargo de ello, una de las obras por muchas de cuyas virtudes y bellezas Rodó veía en el autor al más eminente de los prosistas argentinos. El alto y honroso juicio—que el insigne maestro expresó por escrito al propio novelista, y que frecuentemente repetía en sus conversaciones literarias—se ve siempre confirmado por el superior concepto que cada nueva obra de la referida producción obtiene de la crítica más autorizada en América y Europa.

Y verdad es que en las letras americanas Estrada se destaca entre los que hacen arte escrito con más conocimiento, corrección y dominio del idioma. Acaso no le haya superado alguien, hasta ahora, al escribir sus impresiones de viaje en *"El Color y La Piedra"*, *"Calidoscopio"* y otros libros en los cuales las brillantes dotes del artista hacen casi exclusivamente páginas de antología. No sé si entre los papeles dejados por nuestro ilustre pensador y estilista desaparecido en medio a la labor de su madurez intelectual, habrá quedado el estudio que proyectaba de la personalidad y de la obra de Angel de Estrada, pero si ha dejado concluído ese trabajo será, seguramente, todo el homenaje de justicia que deseaba tributar a las singulares dotes intelectuales y literarias del gran escritor argentino.

*

Poema dramático en prosa, pero también novela histórica en el superior sentido del concepto—pues no lo es

sólo por relativo acomodo de un asunto imaginado a lugares donde ocurrieron sucesos memorables, por mera introducción de famosos personajes en el argumento desarrollado, o por otro recurso semejante—"*Cadoreto*" evoca el espíritu de una época presentando la vida de su sociedad allí donde más típica y característica fué. Es el animado espectáculo, grande y contradictorio, del místico, caballeresco y bárbaro vivir medioeval en el recinto de su más sintética realización: en el castillo, donde alentara toda el alma feudal.

Allá en una región del sur de Francia, donde muchas veces en el curso de los siglos diferentes razas trajeron el azote de la invasión y tuvieron largo batallar muchos intereses opuestos, muestra el autor, iluminado con su más poética fantasía, aquel ambiente social en que la fuerza de uno contrataba con la debilidad de otros el estado de las personas y la condición de los bienes; en sus clases arbitrarias, para las cuales eran los privilegios el derecho y las cargas el deber; en el contraste de sus costumbres, de violencia o de ternura, resultantes y exponentes de los sentimientos, ideas, virtudes y vicios de aquella sociedad que padeció el conflicto milenario de los complejos factores étnicos y políticos traídos por los tiempos de transición que entonces vivía. Es en Carcasona, muy antigua colonia latina de la Galia Narbonense, que ya César mencionaba en sus escritos, y después histórico escenario de intensa vida medioeval. A través de las épocas, desde los más lejanos días, la necesidad creciente de defensa fué dándole mayor y diverso aspecto guerrero. Nacida y desarrollada

en sucesiva lucha con los diferentes pueblos que por allí pasaron, viste la histórica ciudad una armadura que muestra la obra en ella dejada, en distintos tiempos, por razas y civilizaciones antagónicas. Hoy, todavía, el doble recinto abaluartado, de varios estilos, que cierra las callejas estrechas y tortuosas de los primitivos barrios, su puerta principal y sus torres almenadas, son citados como el más completo modelo de fortificación en la Edad Media y precioso monumento de su arquitectura militar.



Un prólogo inicia la novela y dialogan en él, al empezar, el astrólogo del castillo y el verdugo de la ciudad. Aquél llámase Cleón Gásparis y es griego, llegado a Carcasona prisionero, y el segundo, que llámase Flamenc, heredó sus funciones de quien también era *"maestro de altas obras"*. Hablan en la torre de la Vade, desde donde el viejo sabio estudia el firmamento. El infortunio dió a cada uno su condición y conversa por sus labios todo el dolor de sus vidas, con la amarga filosofía de la injusticia que padecen.

En ese diálogo conoce el lector el estado de Carcasona, cómo vino el poder a quien lo tiene, la índole de los principales interventores en los sucesos. Se sabe que es dueño y señor de la comarca Rodolfo de Trincavel, bastardo encumbrado por la traición de un veneciano consejero del senescal Guillermo de Ormes que gobernaba en nombre del rey de Francia Luis VIII. Amelot es la esposa

de Rodolfo: perdió el amor de éste y quedó ciega. Flor de belleza y alma inmaculada, su vida transcurre con la melancolía de sus infortunios. Castrucio, un aventurero de Venecia, es el traidor que entregó la ciudadela al tirano, del cual, en retribución, ha sido hecho ministro. Es el réprobo enfermo de ambición y capacitado para toda maldad.

La plática entre los dos tristes resignados concluye cuando el eco de las trompas anuncia la vuelta del amo de Carcasona, que regresa de un viaje a Tolosa. Con él llega Cadoreto: el bufón, vástago de aquella triste estirpe asiática de contrahechos vivientes para la risa, desde los más viejos tiempos hasta los del legendario Tribulet de las cortes de Luis VII y Francisco I. Juglar y trovador, con noble corazón y luminosa mente, consagra su vida al culto de un amor y a la memoria de una amistad. Cuando entra al castillo va a saludar al anciano astrólogo en su torre: son dos almas de su tiempo, unidas por gran afecto, y cambian sigilosamente sus confidencias. Cadoreto da a su viejo maestro la noticia de que Rodolfo vuelve enamorado de Yolanda de Tolosa, a la cual se propone conseguir por la complicidad de aquel a quien con tal fin hará su esposo, y Cleón informa al leal amigo de que tras una visita de Castrucio, en la cual mostrárale a éste un filtro del que dos gotas bastaban para quitar la razón, habíanle robado la ampolleta que contenía el veneno, y que desde entonces temía que pudiera enloquecer la ciega Amelot.

Y cuando tras la mutua confianza de sus secretos se separan en la comunión de sus zozobras, y hállase el astrólogo leyendo en el cielo de la noche signos que le

anuncian un próximo fin, llegan de improviso el áulico maestro de armas y el escudero de Castrucio, el último de los cuales, a espaldas de su acompañante y tras engañosas palabras, dá traidoramente a Gásparis la muerte. Con la narración del asesinato y del entierro del viejo Cleón termina el prólogo, cuyas páginas dedicadas a esas dramáticas escenas ofrecen todo el arte sobrio con que el autor es capaz de embellecer su más preciada labor literaria.

*

De ahí en adelante la obra está dividida en veintitrés cuadros, en los cuales se desarrolla todo el espectáculo de la vida feudal de Carcasona y de la acción y los conflictos que son el asunto de la novela. Se suceden las descripciones del ambiente, con todo el color de sus costumbres, la psicología de sus pasiones, el esplendor de sus virtudes; y entre la poética visión, luminosa o sombría, de cuanto material o moralmente, y grande o ruín, fué distintivo del alma humana en la Edad Media, pasa artísticamente el proceso lógico de la gran tragedia final y va la ilación de la intriga que la prepara.

En la acequiada plazuela del Calvario, ante la cruz y la virgen de su fe, trabajan los "Cofrades de la Cisterna de Nuestra Señora": escultores, orífices, habilísimos obreros del arte de las pompas religiosas, cortesanas, guerreras. Allí llegan cierta vez el siniestro veneciano y su escudero Lobrati, que por orden de aquél diera muerte al astrólogo, y como van para comprobar la versión que es-

parcieron al respecto, disimuladamente promueven el comentario del tema y oyen decir al canónigo de la Cisterna que tan difundida y notoria es la heroica hazaña de Lobrati, que ya en Narbona y en Tolosa cantan los trovadores cómo fué que el escudero se batió, hasta darles muerte, contra un demente y contra un lobo que ultimaban al anciano.

Amelot, que por revelación de Cadoreto sabe y teme que en cualquier momento pudiera pasar de las tinieblas a la demencia, sólo siéntese tranquila en la compañía del juglar, fiel y celosa custodia de su vida. Con él cambia la visión espiritual de los recuerdos; a él le pregunta la realidad presente de cuanto evoca su memoria del pasado; por los ojos de él tiene la percepción refleja de todo lo que anhela su curiosidad de ciega. Pero aunque las palabras de su leal acompañante son lenitivo de su alejamiento de las cosas que amó en la vida y le dejaron lágrimas y suspiros de felicidad o de angustia, siente toda la desdicha de su falta de luz.

Cuando en su amplio dormitorio, en una torre próxima al Alcázar, teje Amelot con sus doncellas para entretener las horas, mientras dura la ausencia de los caballeros que por hábito irresistible partieron de montería, álzase con frecuencia, de entre los copos, los husos y las ruecas, la *"Canción de Tela"*. Y tras las últimas notas del canto coreado por las damas, crúzanse alusiones al caballero que cada una espera, o del espíritu travieso de las jóvenes convergen sobre la deformidad del bufón, burlas que la señora de Trincavel interrumpe para que no lo mortifiquen.

II

En aquellos pasajeros días de paz en Carcasona, algunos acontecimientos, diferentes aunque con igual arraigo en el alma de la época, llevan el regocijo de sus fiestas a todas las clases de la sociedad: se bendice y eleva una campana en la catedral; se ofrece la representación de un *Misterio* compuesto por el juglar; se celebran las calendas de mayo, que inician la primavera. Entonces vibran intensamente los espíritus con la exaltación de la fe, y la emoción artística y el hervor de la vida aceleran el latido de los corazones; es todo el júbilo del misticismo de un pueblo que con fervor rinde culto a lo bello y a lo bueno: en el renacimiento de la naturaleza, en la obra de su arte, en el templo de su dios.

Bajo las naves de San Nazario, y a la luz coloreada con la policromía de las vidrieras que la filtran; entre las nubes que se desprenden del turíbulo, y extinguidas las sonoras ondas del órgano, el obispo majestuosamente desciende de su trono, en medio del mayor silencio, y ante todo el personal de la corte, nobles y plebeyos, realiza la ceremonia de la bendición de la campana, suspendida frente al altar en una grúa. Ha dicho al canciller de la Cisterna y a los artífices que la ofrendaban, que para que sólo anuncie venturas y esperanzas hasta después de la muerte, "es menester que la campana viva, pues por su misión sobrenatural deberá ser superior a su bronce: su gemido, su trueno, sus dobles fúnebres, sus repiques jubilosos, todo

debe tener un alma". Y cuando ya convertida en sagrado signo la entrega el prelado a los que le oyen, para que sus manos la conduzcan a la torre, y el pueblo desde el atrio la eleva con su esfuerzo hasta la cúspide donde "va a reinar sobre el templo", que en ese momento estremecen las harmonías de la música sagrada: con el primer repique que agita al aire estalla el grito de las supremas alegrías en los fieles que arrodillados la contemplan.

La representación del *Misterio* compuesto por Cadoreto es en honor de las nupcias de Yolanda de Tolosa, llegada para casarse con Felipe de Galhac a quien Rodolfo tiene ofrecido en cambio de la dama el mando de Carcasona, con el compromiso de no entregar la ciudad a su primo Raimundo cuando este representante de la rama legítima de los Trincavel llegue por sus derechos. El fiel exponente del modesto y simbólico arte teatral de la Edad Media tiene lugar en un vetusto teatro romano donde, como en todas las piezas del género, hablan divinidades y genios, toman lenguaje humano las cosas inanimadas, y tienen palabra la fuente, el roble, el manantial, la ruina. Y desde que las trompas anuncian el principio, apenas los actores se han ocultado en las cosas que van a personificar, óyese el murmullo de la embelesada muchedumbre, de todas las clases, que rebosa en los escaños, adarves y muros vecinos, hasta que al terminar la escena hiende los aires una estruendosa aclamación a Cadoreto que, hincada una rodilla en tierra, recibe los dones y homenajes mientras Felipe de Galhac y las damas arrojan lluvia de monedas sobre la multitud.

*

En la noche del primer día de primavera la fiesta de la nueva estación anima con la luz de sus teas y la locura de su dicha toda la vida de Carcasona. De la multitud que festejando el renacimiento de la naturaleza rodea a la imponente mole iluminada del castillo, la gente joven alza y lleva la alegría de sus entusiasmos desde la ciudad hasta los bosques, trenzando guirnaldas y bailando zarabandas y carolas. Todo es ardor en los corazones y fosforescencia en la mente; la galantería y la espiritualidad encienden la emoción y embellecen la palabra. Pero en el castillo, con el esplendor del fausto, la fiebre de las danzas y las carcajadas de la alegría, entre la multitud de damas, caballeros y burgueses, pasan la intriga política y palaciega, mantenidas por sentimientos e intereses opuestos; ya para defensa de lo que es legítimo en el derecho o sagrado en las conciencias, ya para urdir la trama siniestra de las injusticias, de los delitos, de cuanto en el curso de los tiempos va poniendo máculas en la historia de la humanidad. Y terminados la danza y el canto compuesto por Cadoreto al renacer primaveral, una atención prevenida podría advertir en el ambiente toda la esgrima de las ocultas intenciones y de los malos propósitos con que los intereses encontrados y las pasiones opuestas allí cruzan sus armas simulando coincidencias y cordialidad.

Rodolfo de Trincavel, aparentando reconvenir amorosamente a su esposa porque desde el claustro abierto se expone "a las traiciones del relente", cuida que le oigan

para que se piense que las imprudencias de la augusta dama pueden enfermarla. Cadoreto, que vaga entre los cortesanos prodigando versos y risas, aprovecha la cinta roja que ostenta en la frente como símbolo de su locura, para destilar el acíbar de su mortificación en los oídos de los enemigos de Amelot, que son los suyos, y para prevenir sus ataques y frustrar sus planes. Su palabra desconcertante, en la frase o en la estrofa, corta como un acero y quema como una llama. Y llevado por las propias exigencias de la lucha, cuya vorágine le arrastra desde que se impuso el deber de malograr los intentos de su señor—servidos por la perfidia de su privado—el bufón multiplica su diligencia y apenas escapa de un atentado de que le hace víctima su amo.

Aquí, con toda la poesía y el relieve de la imaginación y del dibujo vigorosos del artista que los anima, destácanse la evocación de una *"Pastoral"*, en la que se representa un *"Rosario Florido"* sobre las márgenes del Aude, y la de la cita y aventura de Yolanda con su amante, mientras álzase y óyese en la noche la *"Canción de Alba"*.

*

Después de esto toma mayor actividad el desarrollo de la acción fundamental del poema. Las miras del sombrío personaje que pone en conflicto las pasiones y complica la vida en torno suyo, avanzan precipitadamente hacia la hora de los sucesos en que culminará su ambición. Para dar realidad a los sueños que conducen su destino, acepta

todos los medios y apura todos los recursos, se despoja de sus simulaciones, desnuda su cinismo, no se detiene ante los mayores delitos.

Así por momentos crece en el alma del veneciano el fuego que mantiene hirviente la sangre de sus venas, y mientras no le apague la muerte reducirá a cenizas la dicha o la vida de los que estorben el paso del aventurero hacia el poder soñado como próxima realidad en la fiebre con que su impaciencia le anima y le consume. Y como la pasión que Yolanda inspira al señor de personas y cosas en Carcasona favorece el desarrollo de la trama del ministro, éste, creyendo innecesaria toda discreción, arroja los últimos escrúpulos de su prudencia e induce a Rodolfo a tomar violentamente el amor que se le niega. Pero una vez más crúzase en su camino Cadoreto, que, tras una lucha sangrienta, malogra sus designios cuando van a ser realizados, viéndose él precisado a pasar por muerto, ocultándose en la catedral.

Allí, en su ignorado refugio, una noche en que duerme el bufón al pie del órgano, sueña la vida de cuanto lo rodea, sueña la animación del mundo de la iglesia. Y oye que todos los santos, las vírgenes, los ángeles, los monjes y los caballeros que ve, le saludan y hablan con júbilo desde los vidrios, las paredes y las tumbas, donde se hallan pintados o esculpidos, para llamarle suyo, para ofrecerle auxilio, para preguntarle de las cosas de la tierra, para recomendarle que "no quiera poseer como propio el mundo que visita como peregrino".

Y cuando en su sueño las voces y gritos que atruenan

el espacio de las naves dicen a su conciencia que la gloria de Dios llena los cielos y la tierra, y parécele que todo anuncia la presencia del alma de la catedral, despierta y siente que la visión milagrosa continúa, pues ve avanzar a Amelot por la puerta de la iglesia con el pensamiento puesto en él, y al estallar la voz de la adoración del juglar en un inevitable grito de júbilo, la augusta ciega, que con profunda emoción ha reconocido su acento entre el espanto de lo que supone un espectro del amigo muerto, advierte, asombrada y radiante de alegría, que en aquel momento sus ojos recobran su sentido y vuelve a ver. Pero sólo disgusto y rencor lleva al alma de Trincavel la recuperación de la vista por su esposa, y por ello todavía tiene un mal pensamiento para la memoria del bufón, que supone muerto, porque recuerda que para rezar por él iba la dama al templo cuando ocurrió el prodigio.

III

Entonces el que como la propia sombra del poderoso señor de la ciudad sigue sus pasos, vigilando sus debilidades y acechando sus peores intenciones, indúcele a aceptar la ultimación de su proyecto de privar a Amelot de la razón mediante el filtro robado al sabio a quien dieron alevosa muerte. Y como para mayor tentación del amo explícale que cuando la baronesa esté realmente loca fácil será probar que lo fué siempre, y que entonces su alianza con el soberano de Tolosa por el matrimonio con su hija frustrará las pretensiones del verdadero barón de Trinca-

vel. Pero la demencia provocada en Amelot colma la sucesión de los crímenes impunes del régimen sin ley que pesa sobre nobles y plebeyos, y va a ser el origen de la expiación de todos los delitos de la tiranía.

Tras el fracaso de una conspiración tramada por un sobrino del tirano, gentiles hombres y caballeros de la corte quedan prisioneros del veneciano, que en esas circunstancias cree llegada la oportunidad de todos sus triunfos y con perverso refinamiento apresta y comienza el festín de sus maldades. Por su orden el veneno va a concluir la vida de Flamenc, y mientras éste agoniza en los torreones de la puerta Narbonense, donde también se halla encerrado Cadoreto, va allí Castrucio a atormentar con sus revelaciones al bufón, a quien anuncia que es hijo del verdugo que en su presencia espira, y que de él heredará la infamante obligación de ser *"maestro de altas obras"*. Y en otra torre de la misma puerta principal, que guarda a los nobles conjurados, acude en pos de Trincavel para acusar de adulterio a Yolanda ante su esposo y denunciar a éste el culpable de su deshonra, obligando así a los rivales a jugar la vida en un combate en que la *"Justicia de Dios"* castigue y premie: último cuadro del poema, en cuyas trágicas escenas hallan fin los conflictos creados y mantenidos en la corte feudal por los intereses y pasiones que agitan la vida de su ambiente.

*

Fuera de la ciudad y más allá del río, tras los arcos del puente, extiéndese la planicie del combate judiciario,

junto a la cual se ha levantado un castillejo, en cuyo simulado adarve se halla con sus guardias Rodolfo de Trincavel, y distribuídas en torno, para presenciar el espectáculo, Amelot con sus doncellas, las damas de Carcasona y las venidas de todo el feudo. En graderías y tablados circundantes se amontona el villanaje de la ciudad, rumoroso y riente como en una fiesta, mientras los chalanes comercian sus bujerías, trovan los juglares y es pregonado y ofrecido el hypocrás. En el lado opuesto al castillejo se destaca el patíbulo, con la horca y sus dogales, y a él suben, momentos antes de empezar el combate, para presenciarle, la esposa acusada, el canónigo y el nuevo verdugo. Pero ante la iniquidad que congrega allí a aquel pueblo, fermenta la rebelión en el espíritu de la nobleza.

Conforme al uso de los tiempos, apenas bajan los paladines a la arena y ocupan sitios opuestos, uno acusa a Yolanda de impureza y otro proclama su inocencia, y prometiendo ambos demostrar lo que afirman, jura cada cual sobre un crucifijo la buena fe de su causa y entregan *"las prendas del juicio"* al señor de Carcasona. Después inician el combate tan pronto como se da la señal del choque, y entonces, derribados y heridos los contrincantes en el segundo asalto, sólo sobrevive, aunque desfalleciente, el defensor de la dama, quien al requerírsele el juramento que le comprometería a abandonarla para siempre, rebélase contra el fallo y jura protegerla de sus perseguidores. Es ante tal desobediencia a su omnímodo mandato que estalla toda la cólera del déspota y que, ciego de pasión por la ofensa de su orgullo, sólo siente el anhelo

de una venganza ejemplar, y después de repetir en alta voz a sus súbditos que la única ley de todos es su voluntad, anuncia que ella manda, en castigo de los que no la acataron, que el rebelde sea decapitado, y que Yolanda vaya a la horca y sus cómplices al destierro.

Pero aún no se ha extinguido el eco de sus órdenes inexorables cuando inesperadamente parte desde el patíbulo el apóstrofe de Cadoreto al tirano, negándose a reconocer ley en su palabra, declarando que va a impedir sus decisiones, y acusándole ante el pueblo del asesinato de Gásparis y de la demencia de Amelot. Y la ira largamente contenida desborda en todos los espíritus agraviados y estalla la rebelión, lanzándose los nobles contra los defensores del barón de Trincavel, que en medio de la confusión del combate muere por mano de la propia esposa demente, que le hiere con el arma del paladín vencido. Cadoreto, que ha caído traidoramente alcanzado por un dardo, agoniza sobre el patíbulo mientras le hacen caballero, y el réprobo veneciano es asesinado bajo un retablo por su siniestro escudero, para robarle sus tesoros. Así allí aquella vez distribuyó su premio y su castigo la *"Justicia de Dios"* pedida para aquel día, y así concluyó el dominio del usurpador y volvió Carcasona a depender del rey de Francia.

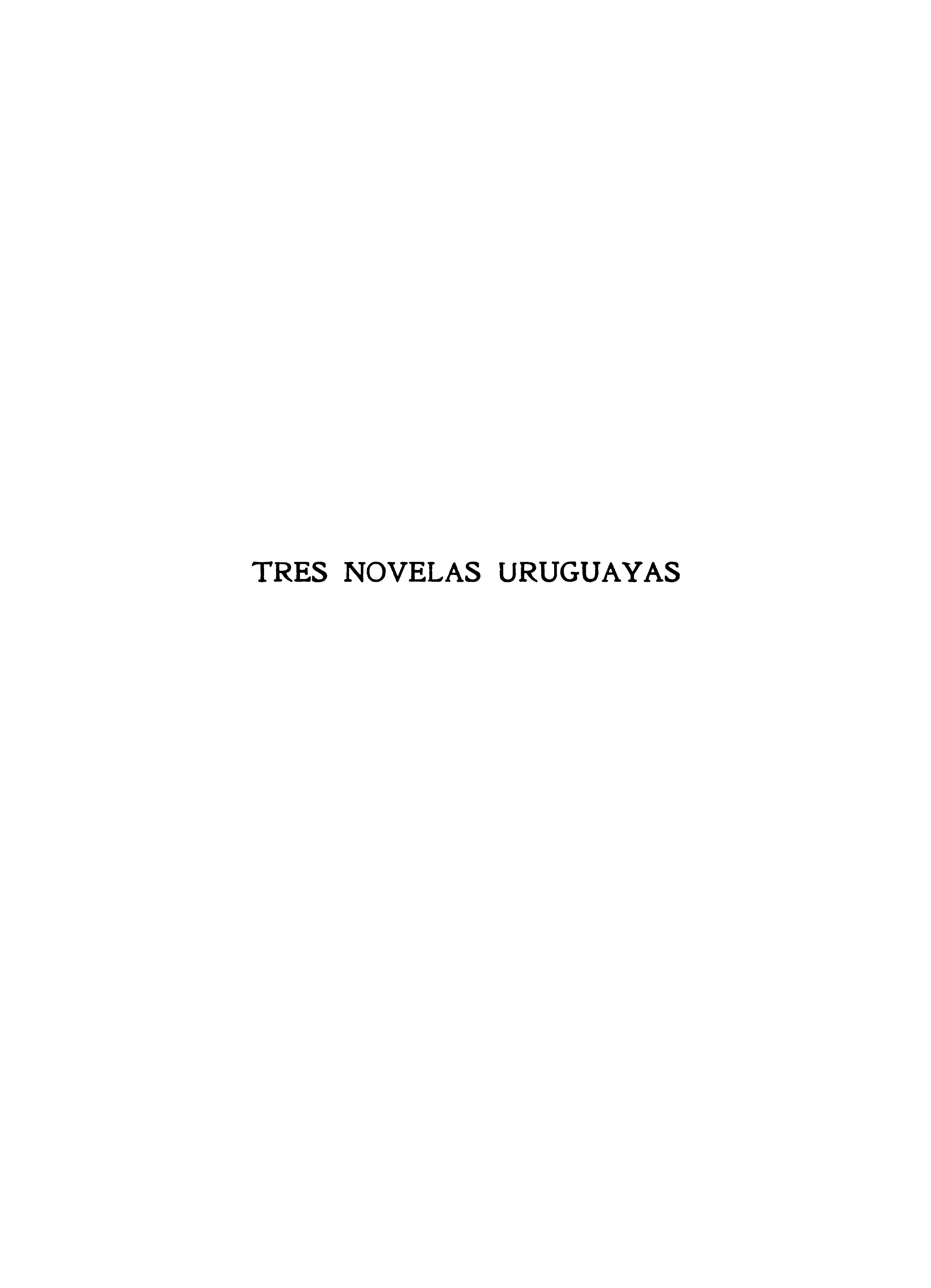
*

Al concluir la lectura del poema y rememorar con las visiones de sus cuadros los intereses y caracteres que en ellos chocan, y la forma expositiva de hábitos apaci-

bles y conflictos apasionados que los animan, adviértese en sus múltiples aspectos toda la conciencia que como siempre ha puesto Estrada en esta obra de evocación y arte exquisito. Aunque poética ficción, destinada a mostrar, siempre al través del prisma mágico de una realización de belleza, la vida de la sociedad y los sucesos del argumento que desarrolla, en el tiempo y en el ambiente en que les imagina, revélase en todas sus páginas magistral dominio de la época. Es admirable la consecuencia que, por su conocimiento y su comprensión, guarda Estrada con el espíritu de la sociedad y la vida de los tiempos, al presentar, opuestas o afines, las almas de entonces en las diferentes clases.

Y la capacidad interpretativa que lo demuestra trasciende tanto de la animación de aquel mundo bárbaro y exaltado, místico y caballeresco; de las descripciones de costumbres, fiestas y ceremonias; de las intrigas que apenas son pretexto para la composición de las escenas, como de la riqueza del léxico y de la propiedad del lenguaje, siempre ajustado a la ideología y a la técnica de la época, siempre adecuado a la clase y a la índole de cada actor. Para el que conozca la personalidad artística y la producción literaria de Angel de Estrada, no es posible decir algo nuevo del estilo del autor en el libro que me ocupa. Tiene el arte refinado y superior de todos los anteriores. La transparencia de su expresión de las ideas y de los sentimientos y el infalible acierto en la sutileza de los matices que desdoblan el sentido de las frases, hacen su prosa diáfana y bella por pureza y sobriedad, imagi-

nación y medida. Como siempre su buen gusto presérvale de afectaciones y recursos sorprendentes; no padece necesidad de extravagancias ni de neologismos. Y es castizo, a la vez, en el idioma y en el arte de su empleo, aunque lo sea más en palabras que en giros. Así, por su probidad artística y por su mérito literario, esa obra es un triunfo digno del de las mejores producciones del autor.



TRES NOVELAS URUGUAYAS

TRES NOVELAS URUGUAYAS

I

"La Perdida Atlántida"

Montevideo, 15 de febrero, 1931.—Señor Carlos Alberto Clulow.—De mi mayor estima: Escribo estas páginas apenas para no demorar la expresión de mi agradecimiento por el obsequio literario que me ha traído *"La Perdida Atlántida"*. Pero aunque no sean más que las que permite la brevedad del tiempo que les puedo dedicar, deben cumplir la obligación de justicia impuesta por aquella lectura.

Una vez más triunfa en su nueva obra su talento de poeta y su arte de escritor. Y justo es consignar aquí que digno de tales dotes—destinadas a ilustrar excepcionalmente su nombre—es el motivo en que ahora las emplea. Porque el propósito de evocar el real o imaginario mundo de la Atlántida, existente y desaparecido según la leyenda que en los días de Platón ya venía de los Homero y en los de éste de la más remota antigüedad egipcia, bien merece la inspiración y la fantasía conceptivas y artísticas que en su novela se elevan hasta vencer a las dificultades de tal empresa.

Es una vidente y poderosa evocación del alma de un pueblo inmemorial: trágica en las sangrientas ritualidades de su fe; viva y palpitante en sus pasiones; violenta e inexorable en sus conflictos políticos. Y esa exhumación intuitiva que levanta desde el fondo de los siglos y pone de pie a una multitud fabulosa, a la cual da término un cataclismo cuyos supuestos rastros todavía discute la cien-

cia, aparece en su obra, cual una realidad, iluminada por el fulgor de la poesía que en el colorido y en el movimiento le da singular belleza física y moral.

Insensiblemente—por sugestión del arte que en esas páginas hace vivir a los últimos reyes de una dinastía de legendaria estirpe divina y nueve mil años de existencia—el pensamiento va hacia el vano destino de las grandezas del poder y de las civilizaciones en la eterna instabilidad de los mundos y de las cosas humanas. Es el antiguo filosofar del desengaño por la decepcionante realidad de siempre, que—hoy como en el pasado—no posee la virtud de rectificar los extravíos que malogran el bienestar de las naciones. Todavía, como antes, la luz de la experiencia no impide que los pueblos reincidan en el error de la ambición infinita.

Y de siglo en siglo se renueva el vértigo de la expansión ilimitada de los más grandes países, hasta degradar su superioridad con la injusticia y descender a la ruina material y al deshonor en la memoria de los hombres. Así se sucede fatalmente, como el cumplimiento regular de una ley ineludible, la caída de los más poderosos imperialismos ejercidos y desarrollados con todos los sistemas de gobierno.

Por eso el espectáculo de las conflagraciones sociales del pueblo por usted levantado de ultratumba, como pudo ser sobre su Continente desaparecido, rememora y confirma el aserto de que la humanidad es una al través de todos los tiempos. Pues la que vive hoy, por iguales imperfecciones que la que usted reanima en su libro, incurre en

los mismos atentados que aquélla contra la propia felicidad, como si también cumpliese un aciago destino a cuyo padecimiento hubiera venido castigada.

Hace usted que sólo sobreviva a la catástrofe el amor: único sentimiento redimente del culto a los intereses sin corazón. Una frágil barquilla lo aleja del horror y del oprobio del mundo sepultado. Va hacia remotas tierras, para realizar una vez más el sueño inextinguible de la creación de nuevas generaciones con mejor destino. Apenas los amantes alcanzan la felicidad y encienden la vida a pesar de la muerte.

Pulcro el lenguaje; impecable la construcción; propio y sugerente el estilo; los elementos más preciados de la forma concurren a hacerla en su poema digna de la emoción que vivifica la sustancia de la obra. Y creo que eso complementa y eleva tanto la calidad de ella que la destina a la consagración en los más altos ambientes literarios.

Con el deseo de que se supere siempre, para honor de las letras contemporáneas, reciba mis congratulaciones por ese nuevo triunfo.

II

'Los Amantes de Granada"

Montevideo, 26 de enero de 1931.—Señor Manuel Acosta y Lara.—Distinguido escritor: Su novela *"Los Amantes de Granada"*, que acabo de leer con el mayor

agrado, no permite sustraerse al dominio de sus episodios emotivos cuando se vuelve la última hoja del libro. Bajo el influjo sugerente de las vidas de pasión y de las almas angustiadas puestas por usted en conflictos de amor y de odios raciales, el lector queda rememorando las escenas que se suceden en el curso de los cuadros de la novela, todavía abstraído por su intensa dramaticidad. Así se sale de la visión de ese ambiente de su fantasía en que se paga la dicha con el sacrificio de la fe, y en el cual el amor inevitable de los hijos compra su triunfo al caro precio del dolor de los padres.

Y ese ímpetu sentimental, cuyo vertiginoso torrente en la sangre de sus héroes arrasa todos los obstáculos de la religión y el amor de sus mayores, da a la obra escrita por usted un sentido propio que la destina a perdurar entre las más vivas leyendas de altruísmos e hidalguías, idilios y venganzas, inspiradas por la gloriosa y civilizadora permanencia secular de los árabes en España. No necesita usted ser comparado con otros para mostrar su valía de escritor, pero siempre que se léen novelas en que rivalizan pasiones y noblezas de moros y cristianos, viene a la memoria el recuerdo de *"El Ultimo Abencerraje"*. Y esa reminiscencia de aquella breve narración—cuyo asunto se presenta en época posterior a la de la novela de usted, ya que se desarrolla mucho después de que perdida Granada para los musulmanes, su último soberano "lloraba como mujer lo que no había sabido defender como hombre"—hace que el lector advierta que al concluir la lucha de sentimientos que es el motivo sustancial de las dos obras

ocurre en *"Los Amantes de Granada"* lo contrario que en el romance de Chateaubriand, donde la lealtad a la fe de los antepasados y al honor de la raza puede más que el amor y malogra la vida feliz de quienes en él tenían la más segura ofrenda de su mejor destino.

Es un contraste diferencial que entraña conceptos opuestos, pero propios del espíritu de los distintos tiempos en que escribieran cada una de esas novelas sus autores. En las almas que irradian emoción por el magnífico arte del escritor francés prevalece al fin, sobre la energía de lo instintivo, el romanticismo de los días en que a él le tocara vivir, y en la suerte de las criaturas que las dotes de usted ponen de pie rige una noción menos romántica pero más humana de las fuerzas naturales en el mundo moral. Y, en estricta justicia, cumple reconocer que la fidelidad de esas interpretaciones es signo que no falta en las obras que perduran al través de las épocas.

En cuanto al artista de la concepción y de la forma, en su novela—escrita con evidentes pureza de lenguaje y corrección sintáctica—creo que sus facultades culminan en las descripciones: algunas de las cuales, como la del incendio de los campos de Castilla, revelan raras dotes perceptivas y evocadoras; así como en el eficaz movimiento de los estados psíquicos y de las situaciones morales, casi siempre inesperados y sorprendentes. Por ello, página tras página, su inventiva despierta mayor curiosidad en el lector y mantiene creciente interés hasta el fin.

Con mi mayor aprecio intelectual y literario, reciba mis congratulaciones por los altos valores de que ha lo-

grado dotar a la obra que motiva estas palabras sin otro significado que el de la sinceridad que las dicta.

III

"Doña Ilusión en Montevideo"

Montevideo, 12 de agosto, 1929.—Señor Horacio Maldonado.—Distinguido escritor y amigo: Aunque sólo sea como me lo permite el breve tiempo de que me es dado disponer al terminar la lectura de *"Doña Ilusión en Montevideo"*, vayan a usted mis congratulaciones por el mérito de esa nueva producción de su talento literario. Me parece el mejor de sus libros y creo que por su objeto es único en nuestro ambiente, donde hasta ahora no se ha escrito otro de evocación y reflejo de la baja materialidad y del vértigo febril predominantes en la vida contemporánea, ni de la desorientación moral que en ésta agobia de inquietud a los espíritus.

Obra de sensibilidad, observación e ideas: todo en ella parece trasunto de sensaciones, refleja conflictos psíquicos del tiempo nuevo, e inspira el pensamiento en el amor al bien. Claras y tristes percepciones las que desfilan en esas páginas—tan meditadas como fácilmente escritas—ellas ofrecen el espectáculo de la derrota cotidiana de los sentimientos incompatibles con los egoísmos que se sacian en el infortunio ajeno; de la vana exaltación de la fuerza muscular y la destreza dinámica que triun-

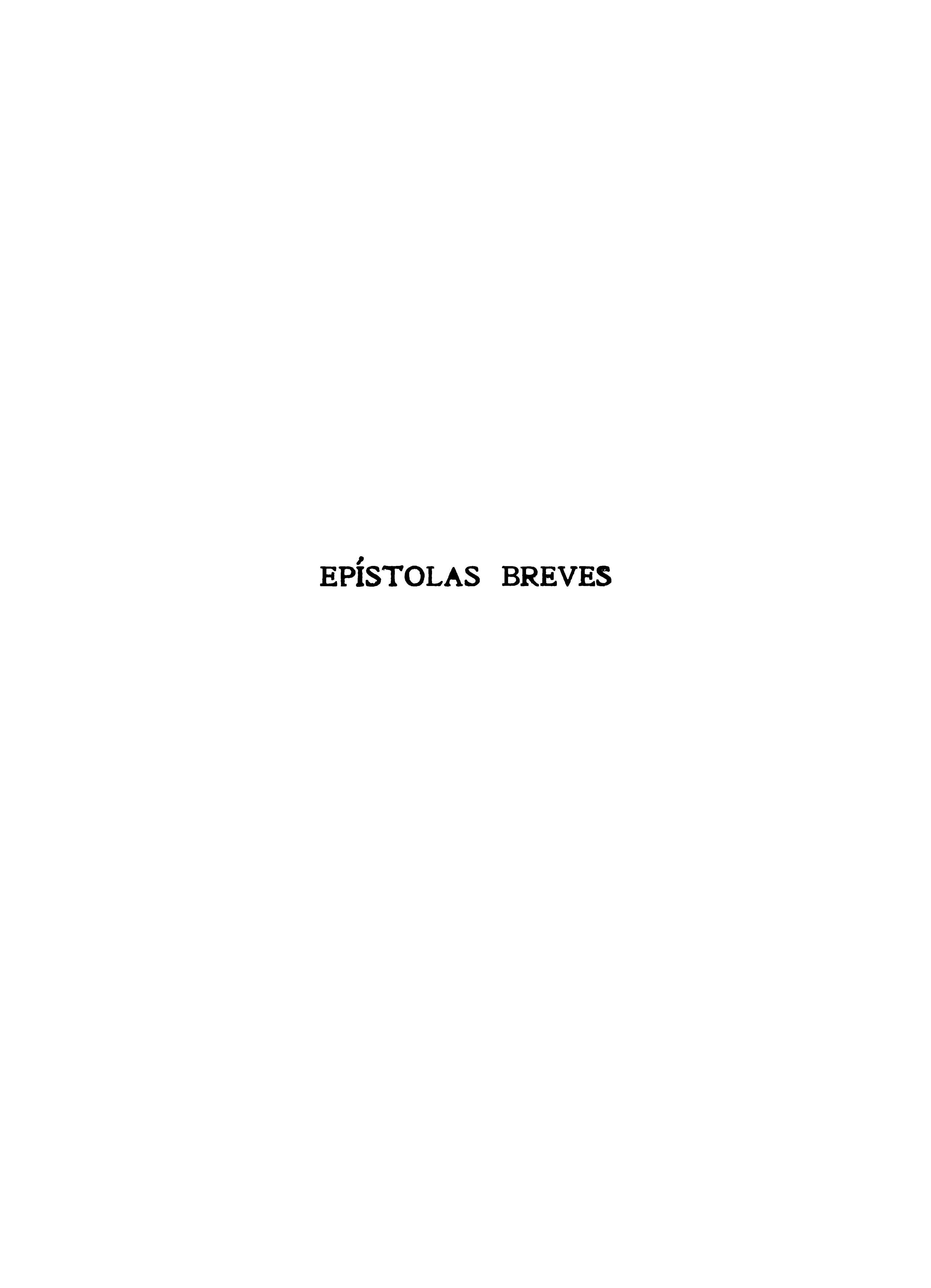
fan en los deportes; de la degeneración del carácter, que envilece la vida y degrada la felicidad.

Inevitables fenómenos renovados en cada época de descomposición, ni espiritual ni materialmente perduran para siempre, y sus deformaciones y paradojas, en costumbres, letras, artes, no prevalecen más allá del período anormal que en el tiempo apenas es excepción a la regla eterna. Para comprobarlo bastaría recordar las características de la decadencia en cualquiera de las civilizaciones que brillaran y se extinguieran antes o después de los días de la disolución romana: precisamente cuando reaccionaba contra ellas y triunfaba por el sacrificio el arquetipo del amor y del altruísmo que el Jesús de su novela recuerda por el nombre y los propósitos redentores.

Pero es cierto que en la obra actual, como en otras semejantes, según ya en el siglo pasado lo decía del pueblo eslavo Saltykov: el hombre, entre la adulación, el engaño y la calumnia, se mueve sin advertir que en la orquesta de la vida ha dejado de sonar una flauta porque algo ha desaparecido del mundo, y cada cual va tras su presa... despojado de la conciencia.

Por eso también en las letras se satisfacen por el mismo alivio todos los que son aptos para imaginarse que van a resultar iguales o mayores que Hugo si repiten lo que éste proclamara en el prólogo de su *"Cromwell"* en 1827: "Mettons le marteau dans les théories, les poétiques et les systèmes. Jetons bas ce vieux plâtrage qui masque la façade de l'art. Il n'y a ni règles, ni modèles". Todo lo cual no sirve para impedir que después de los extravíos

de hoy, como después de los de antes y de mañana, recuperen como siempre su conciencia moral e intelectual las sociedades, y sólo se glorifique en la posteridad a las obras del genio y del talento.



EPÍSTOLAS BREVES

EPÍSTOLAS BREVES

A Gustavo Gallinal.

Acabo la lectura de su *"Hermano Lobo y Otras Prosas"*, cuyo obsequio agradezco, y me complazco enviándole mis congratulaciones por el mérito de ese nuevo exponente de su labor literaria. Fervorosas y delicadas expresiones de sensibilidad, percepción, ensueño y arte, todo en ellas muestra calor emotivo, acendrado culto a la belleza y pulcritud de estilo.

Más de una vez el diálogo, por su encendido idealismo, y el tono, la sobriedad y otras virtudes formales, recuerda la manera de la distinción espiritual y el gusto de Angel de Estrada. Muy eficaz es la evocación del alma bárbara y violenta de quienes ejercían sin piedad el despotismo de su soberbia—omnipotente por la fuerza que era el derecho de los tiempos que vivían—frente a la diáfana y sencilla del prodigioso hijo de Asis que por sobre las convenciones y las vanidades sociales fué capaz de dar, después a Jesús, el más perfecto ejemplo de abnegación cristiana.

Asimismo *"La Lámpara Maravillosa"*, *"La Estrella de los Reyes Magos"*, y las *"Miniaturas"*, ofrecen en sus páginas la luz multicolor de las ideas y los sentimientos recogidos de la poética sugestión de las leyendas; del sentido de los gestos infinitos de la vida; de la animación de las cosas para que hablen el lenguaje eterno con que a

los que parecen elegidos dicen las supremas revelaciones que callan al vulgo ante el cual tienen la mudez de los misterios inextinguibles. Y por todo ello pasan, dinámicos y eficientes, la inquietud, el entendimiento y la inspiración con que discurre un espíritu activo y ágil, cuya curiosidad y cuya fantasía vuelan como abejas ávidas de la más grata sustancia de todo lo que florece en el mundo.

Vayan a usted, pues, mis mejores votos para que con la férvida perseverancia de esa labor, que tan positivos valores intelectuales como literarios acredita, crezca siempre su obra para honor suyo y de las letras nacionales.

A Juan Burghi.

Tras la obligada lectura de algunos libros de fin de año que le precedieron, he podido leer *"La Senda Familiar"*, que usted me ha enviado y cuyo obsequio agradezco. Es la privilegiada ruta por donde van sólo los que son capaces de gustar el zumo que destila la entraña de la realidad en las horas y los días vividos inolvidablemente.

¡Cuán lejos la original inspiración que a sus versos infunde vital aliento y natural belleza, de todas las falsificaciones poéticas que satisfacen a la ingenua adopción de aspectos sentimentales... para versificar extravagancias! Es toda una sensibilidad, doliente y sonora al contacto de las zarzas del camino, la que en esas estrofas expresa—con voz propia—un profundo sentido de las cosas, las almas y las vidas, e irradia poesía de amargo entendimiento, honda emoción y sincero arte.

Algunas de las más artísticas realizaciones de su luminosa visión—como *"Otoñal"*, *"No digas tu dolor"*, *"El arbol muerto"*, y otras—hacen buscar repetidamente en su lectura el placer de las ideas y de los sentimientos interpretativos que sugieren. Me parece que la última de las referidas sea, después de *"La Canción del Arbol"* de Angel de Estrada, la más evocativa que en la poesía americana se haya dedicado al tema.

Que esa expansión emocional, pues, tan intensa como sana, tenga muy durables energías y alcance largos tiempos, para honor de la lírica contemporánea y satisfacción de los ideales que nutren su obra poética, son los votos que formula este lector que se complace en expresarle sus congratulaciones por el alto mérito de su libro.

Montevideo, 11 de enero, 1925.

A Luisa Luisi.

Concluída la lectura de sus estudios *"A través de libros y autores"* vuélvese muy grato el deber de corresponder a su obsequio con la opinión del lector. Y es que mientras iba pasando por esas páginas la vista, el lápiz anotaba en las hojillas intercaladas sorprendentes hallazgos: sorprendentes por afinidades y coincidencias muchas veces advertidas en conceptos y en criterio. Obra de penetrante entendimiento, estímulo generoso y opiniones sinceras, dondequiera se la consulte ofrece luminosas interpretaciones, simpatías de selección, probidad intelectual.

Me parece de los más altos valores de su libro su estudio de las novelas de Reyles. Creo que contiene el más analítico examen de los tipos psicológicos concebidos y llevados por el autor a los conflictos de esas novelas. Es la primera vez que veo expresada una impresión que también yo recogí de la lectura de algunas obras de Reyles. Me refiero a la que usted señala, antes que todos, respecto de la semejante idiosincrasia que ofrecen algunos personajes de nuestro ilustre compatriota con los de muy eminentes maestros de la novela rusa, en cuyas obras también aparecen destinos malogrados por quiebra de la voluntad. Tal como usted lo dice: "hay una grandeza sombría, una desesperada belleza, en esos cuadros morales en los que vive la dramática pintura de los novelistas rusos".

Entre las palabras de conciencia y sensatez, percepción y buen juicio, que avaloran sus notables estudios, las que dedica en uno de ellos a los que creen que la originalidad es atributo de la ignorancia, me recuerdan algunas de otros espíritus también muy clarividentes en la psicología del mismo caso. "El mediocre—dice usted refiriéndose al falso poeta—se satisface en su mediocridad, y cree haber llegado a las cumbres mismas de la poesía, que para el verdadero poeta se alejan cada vez cuanto más alto asciende en la *áspera cuesta*". Y eso me trae a la mente el dicho de Ossip-Lourié: "El mediocre respira siempre satisfecho en su mediocridad, y nunca entra en lucha con sí mismo porque siempre está contento y admirado de lo que cree que vale". Es el frecuen-

te caso de los que deslumbrados al encender la primera antorcha de la fantasía llaman a su lucecilla "el fuego sagrado", y alardeando desprecio—que puede ser incomprensión—a la obra del genio creador en todos los siglos, incurren en la inocencia de afirmar que traen la mayor innovación genial. ¿Recuerda el dicho de Goethe a propósito de ellos? "Estos jóvenes, decía, se imaginan que el día de su bautismo fué el día de la creación; pero deberían pensar que eso no ha de haber sido así porque ya entonces nosotros fuimos sus padrinos".

Imposible sería, sin incurrir en el exceso de escribir otro libro, seguir con el comentario de cada una todas las ideas que brillan en el curso de los estudios que contiene la obra. Pero aunque estas rápidas y breves palabras "a vuela pluma" sean apenas las que permiten la urgencia del tiempo disponible y el propósito único de ofrecer sincero testimonio de algunas impresiones del lector, no deben terminar sin la mención de las dos conferencias con que finaliza el libro. Digan ellas, pues, para concluir, que *"La Poesía de González Martínez"* me parece muy acertada interpretación de las dotes características del poeta, y clarísimo discernimiento de influencias y evoluciones en la lírica americana. Y que en *"Tres aspectos de la poesía uruguaya contemporánea"* se ve una vez más confirmada la sagacidad crítica de la autora, que con plena conciencia de los extravíos del gusto que falsifican el arte y malogran positivas facultades, aquilata con seguridad lo que en mérito artístico importa la obra que realiza el espíritu creador de belleza imperecedera.

Todo ello, pues, al revelar evidente capacidad de justicia literaria, le muestra habilitada para ejercer la crítica en el plano y con la benéfica influencia a que sólo pueden elevarla una cultura superior, muy delicada sensibilidad, y un buen gusto cada día más depurado por mayor entendimiento y superior sentido estético.

Montevideo, 9 de setiembre, 1925.

A Carlos Alberto Clulow.

Concluyo de leer su segunda colección de poemas, que no me parece solamente una realización de lo que prometía la primera porque supera usted lo que era lógico reclamar de las singulares dotes reveladas. En sus nuevos cantos anticipa ahora lo que su ejecutoria inicial daba derecho a esperar en tiempo acaso no lejano... pero no inmediatamente. Es que en las cincuenta páginas de esos *"Ritmos del Tiempo"*, que usted ha acelerado vertiginosamente, hay más poesía que en no pocos gruesos volúmenes de versos que, a falta de otro mérito, más de una vez sirvieron para satisfacer a sus autores con los buenos negocios de la popularidad que vende mucho.

Indiscutiblemente: viene de muy hondo sentido de la acción heroica el aliento épico infundido a las estrofas de su *"Gesta Bravía"*. Pero si eso basta para confirmar la presencia de las más preciadas facultades del poeta, ello también arranca la expresión del deseo de que se las emplee en empresa que merezca toda su excelencia.

Temprano llega usted a donde se tiene el deber de empezar la obra grande y permanente que esperan los que recibieron el derecho de pedirla cuando conocieron su labor precursora. Y todo le es propicio: está en sus dominios la inagotable cantera de precioso material para proveer a la construcción del templo destinado a la preclara perennidad de un nombre, y aparece usted dotado por la naturaleza con las "espaldas atlánticas" del héroe emersoniano, para transportar de aquellas entrañas a un acrópolis las moles con que sólo es posible edificarle. Adelante, pues, y haga su obra propia, ya que tiene con qué ser personal e inconfundible: que sólo siendo así se es para siempre "alguien"... en el concepto de distintiva superioridad que al término daba Talleyrand.

Montevideo, 20 de junio, 1926.

A Justo Manuel Aguiar.

He tenido el agrado de recibir el folleto en el cual usted ha publicado las ideas recogidas de la lectura de las obras de Rodó y de los trabajos sobre éstas realizados por algunos críticos. Mucho agradezco ese obsequio y la amable dedicatoria con que usted lo ha acompañado.

Si de un escritor que empieza puede anteverse el porvenir por las dotes que revele su primera producción, es indudable que las que luce el trabajo contenido en su opusculo sobran para inspirar fe en la futura obra de quien con tal ensayo se inicia. Palabras de admiración de

las ideas y del arte de Rodó, le hacen honor en cuanto son entendimiento de su doctrina y complacencia en su belleza. Porque sólo de ese entendimiento y de esa complacencia puede esperarse la aplicación de sus normas de conducta para la orientación de cada vida y el perfeccionamiento de cada alma, que siempre, en las nuevas generaciones, sería la mejor manera de honrar la memoria del maestro.

Es también indudable que usted—como el insigne norteamericano Goldberg—logra una eficaz rectificación a errores de concepto en críticos que al alterar la verdad de las ideas en la doctrina de Rodó atentaron contra la justicia debida al significado de su obra filosófica y artística. Y así, pues, esas páginas de polémica literaria cumplen una digna misión reparadora al desvanecer inconsistentes adulteraciones ideológicas y ligeros cargos de imperfección humana, de que alguna vez—por excepción—se hiciera objeto a la doctrina o al arte del más ilustre pensador y estilista de nuestra América.

Por lo que respecta a la medida del mérito diferencial de los estudios de la personalidad y de la obra de Rodó—cuyo conjunto es la más alta expresión de su gloria—su acierto es y será siempre inseparable de la justicia en la apreciación de la labor interpretativa realizada en cada uno. Y eso, necesariamente, impone el deber de examinar hasta conocer y explicar hasta demostrar la condición intelectual y artística de cada esfuerzo honesto realizado para interpretar fielmente el sistema ideológico del maestro. Todo lo que así no fuere, sólo podría ser afirmación

desprovista de los fundamentos del juicio. Pero, también de esto no ha querido tratar usted, aunque no lo diga como con noble modestia lo dice de *"Ariel"* y *"Motivos de Proteo"*.

Con mis sinceras felicitaciones por las brillantes aptitudes de escritor que evidencian esas primeras páginas publicadas por usted, reciba la expresión de mis fervientes votos porque siempre sea justipreciada la labor superior que este triunfo inicial promete.

Montevideo, 10 de julio, 1927.

A Alicia Porro Freire.

Después de leer los versos de *"Polen"* natural es que digan los labios y escriba la pluma palabras de agradecimiento por el obsequio y de congratulación por el mérito de esa obra de delicadísima sensibilidad y artístico buen gusto. Así lo impone la sugerencia emotiva y formal que consagra la poética inspiración y la capacidad realizadora que usted muestra.

Son las suyas las canciones del camino de uno de esos raros espíritus alados que—como las luciérnagas que ponen en la noche la belleza de su rastro luminoso—van anunciando entre las sombras el pasaje de una vida con luz propia. Son los poemas infinitos de todo lo que desde el corazón sensibiliza las cosas que más hieren en el drama moral de cada día vivido intensamente. Y si es cierto que esa expansión vital es atributo de los que pare-

ce que vinieran destinados a sentir más íntima y profundamente el dolor y la dicha, también lo es que sólo ella imprime inconfundible sello original a las creaciones.

Por lo que respecta a su versificación, la verdad es que para tributarle el elogio que merece de la justicia del lector, apenas hay que decir que es digna de las emociones que la inspiran. Porque es indudable que ella ejerce tanta seducción como la poesía de la cual es instrumento expresivo y transmisor.

Hace y maneja usted magistralmente el verso: que da a sus estrofas toda la harmonía que en la honda sonora de la palabra rítmica es vínculo de las afinidades sensitivas. Irradia de la sustancia poética con la gracia inmarcesible que embellece imperecederamente su forma en medio a las disonancias transitorias de todos los extravíos.

Por eso para hacer poesía de todas las épocas y bellos versos para siempre no ha sido necesario que usted—como los que en nuestros días renuevan la presencia de los "incomprendidos" de todos los tiempos—pretendiera descubrir insospechadas estéticas inaccesibles para cuantos tuvieren aptitud perceptiva de la belleza universal; ni recónditos ritmos que al no aparecer en expresión perceptible... escapan a la acústica de aquellos para quienes se escribe; ni argüir otra retórica que la que hasta hoy fué de evidente eficacia para la obra inmortal de los más grandes genios literarios. Es que toda la historia de las letras depone contra un arte cuyos propios cultores, mientras no convencen con obras de belleza, se adjudican el privilegio de estar iniciados en secretos y claves para des-

entrañar méritos de ella, y se encargan de demostrar que creen que necesita de explicaciones como las que copiosamente le dedican para procurar que se la entienda. Pero, como es sabido, el arte verdaderamente genial nunca necesitó de explicaciones adventicias para alcanzar la admiración de todas las razas y todos los siglos.

Montevideo, enero, 1928.

A Juan M. Filartigas.

He recibido su *"Literatura Nacionalista en el Uruguay"*, que ha llegado trayendo entusiastas optimismos y generosas palabras dedicatorias. Doble obsequio que debidamente agradezco.

Veo que un férvido sentimiento regionalista anima al contenido de ese opúsculo con el calor de una fe y la imaginación de un poeta. Por eso todo en él está razonado con sinceridad, es afirmativo sin timideces y vuela tras los ensueños de la fantasía. Es un deber, pues, el reconocimiento de esos valores aunque no se compartan todas las tesis sustentadas en la obra.

En su transitorio significado se puede acompañar el apotegma que usted sienta cuando dice que "el gaucho fué la primera gran verdad de nuestra América", pero hoy las transformaciones sociales traídas por el tiempo obligan a reconocer que aquello ya sólo es verdad histórica, porque al gaucho se lo llevó su época. ¿No hará también el espectáculo de la verdad vivida que muchos no puedan ver

cómo, según su decir, "América habló a Europa en el lenguaje extraordinario de la libertad y efectuó en su historia el difícil ejercicio del derecho"? Porque, desgraciadamente, tras la independencia estos pueblos, casi siempre, no han podido más que hablar de la libertad y vivir despojados de ella por caudillos que se impusieron contra el derecho.

Y, asimismo, de esas certezas que la realidad impone es la de quienes consideran que todavía está lejos de constituir una raza el mestizaje de todas las sangres que ahora quita aspecto propio a las multitudes de la América hispana. Sólo cuando esas transfusiones produjeran caracteres físicos y morales comunes y hereditarios, perdurables en el organismo e impresores de originalidad en las obras—como los tenían los aborígenes—podría ser algo con sentido racial eso que en esta América hace rato que algunos están llamando "humanidad nueva". Entonces, si así ocurre, esa refundición de savias y esa amalgama de herencias espirituales, habrán dado a la América raza con cuerpo y alma nuevamente suyos, con civilización trascendente y obra propia.

Entre tanto: pedir a nuestros artistas que expresen el espíritu de una raza será pedirles que como Dios saquen de la nada un mundo. Y en cuanto a la literatura gauchesca—a la cual yo no tendría por qué negar lo que en ella importan su colorido, su imaginación y su traviesa causticidad, ni por qué desconocer que creaciones como el *"Martín Fierro"* de Hernández o los cuentos de Viana, por ejemplo, son imperecederas obras maestras dentro del gé-

nero—ahora, y cada día más, valdrá como genuino documento artístico de un estado social desaparecido, aunque sobre él sería quimérico pretender fundar algo nuevo en las letras de nuestro tiempo.

Pero, como dije al empezar, esas convicciones discrepantes, cuya confesión es deber de sinceridad, no pueden obstar al reconocimiento de los méritos que avaloran su obra. La hallo tan frecuentemente dotada de honda percepción, intensos pensamientos y felices expresiones, que me parece que tal como es basta para revelar un espíritu cuya elevación de ideas y cuyo talento de escritor le destinan a obras superiores.

Montevideo, 1929.

A Ernesto V. Silveira.

Los versos de su obsequio imponen al lector un aplauso de justicia por las dotes que revelan. Pero precisamente cuando el don de ver y de sentir la poesía de la naturaleza y de la vida, y el fácil dominio del verso que da derecho a usarlo, coinciden para integrar las realizaciones de la emoción creadora y de la imaginación que embellece—como en "*Tientos*"—no es posible sin malograr el caudal de tales facultades emplearlas en algo inferior a su dignidad.

La obra de su opúsculo muestra que su autor es un poeta, pero el lenguaje de las palabras deshechas por la ignorancia del gaucho que ya no existe: si fué el mísero recurso expresivo de esa gente de otra época hoy está fuera

de su tiempo, llega tarde, y no es de lo que viene sino de lo que se ha ido. En aquel tipo primitivo y transitorio—que tuvo su acción histórica en la vida americana y su leyenda romántica en la posteridad—era posible y natural ese idioma rudimentario, hecho de la deformación de los vocablos, porque como no los conocía se veía en la necesidad de pronunciarlos mal. Pero hablar ahora como en aquellos lejanos días se veían precisados a hacerlo quienes tenían en su lastimosa incultura sobrados motivos para servirse de esa lengua destrozada, sería tan anacrónico como querer resucitar al gaucho, que no ha sobrevivido al ambiente que lo produjo ni en las espesas y abrumadoras multitudes de nuestros analfabetos.

Yo reitero mis congratulaciones al poeta de fina sensibilidad, lozana inspiración y rítmico sentido que aparece en su obra. Y me complazco en expresarle los más sinceros votos para que sea el artista que sus aptitudes líricas merecen.

Montevideo, 1928.

A Blas S. Genovese.

Muy grata la lectura de sus *"Canciones de la Noche Estrellada"*, esa lírica expansión de los más íntimos afectos. El florecimiento poético de su raigambre sensitiva es la gloria del fervor vital en el mundo de cada corazón. Acaso por ello, esas corrientes afectivas reservan inagotable fuente de originalidad a quien llega dotado de sentimiento bastante para recoger de ellas la emoción que viene

de la más honda vida psíquica y trasciende en artísticas creaciones.

La sinceridad de su poesía confiesa todo lo que va del alma al labio para decir el amor a los suyos. Y las predilecciones que revela en su obra ennoblecen la inspiración de su numen. Evidentemente no es usted el poeta profesional, ni un preocupado por el anhelo de parecer "incomprendido" mediante la adopción de las nebulosidades y las artes de "los que premeditadamente se dan por desequilibrados para ostentar apariencias de religión inaccesible y secreta", como expresara el alto criterio de González Serrano, aludiendo a los cultores de las extravagancias que eran el *"modernismo"* de su tiempo.

Todo en su labor parece hablar de una vocación acaso muchas veces sofocada en el decurso de los días, pero resurgente, de cuando en cuando, hasta concretarse al fin en una obra integral de sus realizaciones. Y el arte de la forma muestra al poeta, en su versificación, inmune a las contaminaciones del mal gusto. Dicen sus estrofas que sabe usted que la imaginación y la fantasía, los sentimientos y las ideas, las emociones y los conceptos, las sutilezas y las complejidades que pueden ser contenidas en el verso... no son el verso, que posee belleza propia y es por sí solo algo y otra cosa que la poesía a cuya expresión nace destinado.

Es que a pesar de toda la impotencia artística destructora de los valores estéticos del verso, y por sobre todas las rarezas mil veces renovadas de siglo en siglo, para sorprender al vulgo: todavía, y siempre, un verso para

ser tal es menester que posea aquello por lo cual no es prosa,... lo único por lo cual es verso. Siempre, como cuando él lo escribiera, continuará siendo verdad el símil de Víctor Hugo: "La abeja construye con cera, artísticamente, las seis caras de su alvéolo, y después lo llena de miel. El alvéolo es el verso, la miel es la poesía".

Acepte con estas breves palabras de espontaneidad, mis congratulaciones por su obra.

Montevideo, 21 de setiembre, 1927.

A Silvia Guerrico.

Aunque sólo haya de ser en estas líneas que apenas me permite el tiempo disponible, llegue a usted la expresión de mi agradecimiento por el obsequio de su primera obra y mis congratulaciones por el mérito de ella. Es evidente que el interés y las emociones que despierta la lectura de esas páginas incipientes implican muy auspiciosa revelación de dotes vocacionales para el arte de novelar. Porque interesar la atención y mover el sentimiento: todavía como cuando en la leyenda oriental salvaban la vida de Scheherezade, son las supremas dotes del narrador para conquistar el ánimo de oyentes o lectores. Y poco importa cuál sea la especialidad distintiva del cuento. Maravilloso, leyendario, romántico, realista, fantástico, humorista: consagra el talento del autor siempre que cautiva el espíritu de aquellos a quienes va destinado.

Como todos los géneros literarios los cuentos evolu-

cionan según el gusto propio de las épocas y las civilizaciones y en ellos, también, las escuelas no se forman caprichosa o arbitrariamente, porque todas tienen su razón de ser y aparecen a su hora. Es que no hay variación de un arte sin causa en el alma de los tiempos y sin raíces en la moral, en las costumbres y en la educación contemporáneas. Y una escuela siempre es una interpretación del nuevo gusto en la evolución psicológica y estética del espíritu humano a lo largo de las generaciones que se suceden.

Bien venidos, pues, *"Los Príncipes Azules"*, que, como los Reyes Magos al anuncio del advenimiento de un espíritu luminoso, partieron en viaje de milagro, tras una buena estrella, y traen preciada carga de dones. Ideales embajadores del numen de las letras, vienen con fastuosos atavíos desde las prodigiosas comarcas de la belleza y del arte, y llegan diciéndonos cómo eran las almas y las vidas que hallaron en su camino. Y con la sapiencia del corazón, que aprendieron en la felicidad y el infortunio, perciben y muestran los conflictos y las incongruencias que ponen el drama y la comedia en el destino de las criaturas.

¿De qué regiones esperar, pues, más gratos mensajeros? ¿En qué mensajes más gratas primicias? Yo, como la mejor manera de tributarles la justicia merecida, adhiero a cuanto el brillante prologuista dice de las diversas dotes de la autora y de todos los valores de la obra.

Montevideo, 20 de noviembre, 1927.

A Alfredo S. Clulow.

Acabo de leer sus *"Tres Ensayos"*, y al expresarle mi agradecimiento por su obsequio me complazco en presentarle mis congratulaciones por los evidentes progresos que sus páginas revelan. Bien muestran cuán rápidamente dilata usted el dominio de sus conocimientos, adquiere mayor manejo del idioma, y aumenta los recursos de su pluma. Todo eso concurre a enaltecer, cada día más, los valores sustanciales y formales del examen y el estilo que prefiere y procura realizar en su labor de crítico y de literato.

Pero, aparte de esas impresiones, creo que nada sirva más a la justicia de un elogio al mérito de los trabajos incluídos en su mencionado folleto, que adherir a las magistrales palabras de su ilustre prologuista, el doctor Ernesto Quesada. Porque todos los conceptos que ellas expresan son dignos de la superior conciencia que las dicta; todas las ideas que contienen llevan la luz de la autoridad intelectual que las emite; todos los juicios y enseñanzas que prodigan tienen el acierto de la visión y la moral de quien les establece. E indudablemente acuerdan a usted un alto honor.

Crea, pues, que como aquel esclarecido espíritu lo afirma: las obras que se dan a la publicidad quedan entregadas a todos los métodos de examen y a todas las opiniones; crea, asimismo, que, a pesar de todo lo que pudiera ser verdad en la crítica de Coronado a Pérez Petit las

obras de éste no perderían lo que en ellas sea realmente mérito, lo que en ellas importe un valor positivo intelectual o literario; crea, finalmente, que el ingenio que usted reconoce en Coronado, tampoco desaparecerá por la razón que puedan contener los reparos opuestos en su artículo a la censura que aquel crítico cultiva. Y a propósito de eso traiga a colación, de entre sus recuerdos de historia literaria, que cuando en cierta malhadada vez el gigantesco Sainte-Beuve cumplió con el deber de reprochar a Balzac que pusiera en sus novelas "descripciones tan bajas que después de leídas obligaban a lavarse las manos y cepillarse las ropas",... el genial creador de *"La Comedia Humana"* fundó una revista expresamente "para darse el placer, como él decía, de pasar su pluma al través del cuerpo del desdichado crítico". Pero así como todo ello no tuvo poder para que dejaran de ser lo que eran esas dos enormes personalidades de las letras, tampoco lograrán más eficacia en nuestros días semejantes recíprocas negaciones de las obras del talento. Por lo demás, sabe usted también que nunca han faltado los que como Lanfrey quisieran que sólo hubiese crítica combatiente, diciendo de ella como él: "c'est une guerriére et non une virtuose".

Montevideo, 10 de noviembre, 1924.

A Carlos M. Princivalle.

Acabo de leer su novela titulada *"La Muerte de los Trovadores"*, y no quiero demorar en expresarle a usted el agradecimiento debido a su obsequio y el elogio que en

justicia impone el mérito de su obra. Es sabido que son pocas las novelas de positivo valer escritas hasta ahora en el Uruguay. Apenas siete u ocho compatriotas han aportado valores perdurables a ese género, que tan múltiples y elevadas cualidades exige en el que le cultiva. Pero esta novela de usted es más que suficiente ejecutoria de su derecho a incorporarse al reducido número de sus más selectos cultores.

Acaso por las dificultades consiguientes a los serios y muy diversos estudios que requiere: la evocación del ambiente social de una gran época histórica, con sus aspectos distintivos imperecederos, sólo raras veces ha sido llevada triunfalmente a la novela en las letras americanas. En éstas, hasta hoy, el honor de las más altas realizaciones de esa complejísima obra artística pertenece a la literatura argentina, en la cual culminan Rodríguez Larreta, con *"La Gloria de Don Ramiro"*, y Angel Estrada, con *"Cadoreto"* y *"Las Tres Gracias"*, que señalan cumbres por pocos alcanzadas en nuestra América.

Como este último en la primera de las novelas citadas, usted ubica la acción de la suya en una de las principales ciudades del antiguo Languedoc. Estrada lo hizo en Carcasona, la milenaria patria adoptiva de los Chenier, cuyo genio clásico mostrara para siempre que llevaban en la sangre el fuego divino del alma griega y su arte milagroso. Y usted pone en Tolosa el episodio que, con honesta información y evidentes facultades artísticas, trae a la novela histórica uruguaya.

Es evidente que yo no podría decir del suyo, como

del poema en prosa de aquel, que abarca "todo el espectáculo, grande y contradictorio, del místico, caballeresco y bárbaro vivir medioeval en el recinto de su más sintética realización, en el castillo donde alentara toda el alma feudal". Pero también es indudable que el libro de usted presenta uno de los más dramáticos aspectos de la vida y las almas del mismo siglo, con los hondos y emotivos rasgos psíquicos y sociológicos por los cuales quedó grabado imperecederamente en la sucesión de los tiempos.

De él son faces muy felizmente sintetizadas en esas páginas escritas por usted con tanto saber del idioma como arte del estilo: el espíritu de los sentimientos y costumbres propios de los días evocados; el conflicto de los fanatismos naturales en la exaltación religiosa y en el fenómeno herético de todo lo que reacciona contra aquélla; el infortunio que, por el determinismo ineludible de las luchas colectivas, alterna con el bienestar y el progreso en la evolución de la sociedad y de las civilizaciones. Y todo ello importa un triunfo muy honroso para usted, porque le eleva al plano de los más eficaces evocadores de las costumbres, de la psicología y de las pasiones que mueven memorablemente a los pueblos en la evolución de su vida destinada a la historia.

Diciembre de 1930.

A T. M. González Barbé.

Distinguido escritor: El libro de narraciones *"Cuentos Gauchos"*, con que usted acaba de obsequiarme, trae la revelación de un observador y un poeta del escenario

campesino en que con mayor rudeza deja sus ineludibles consecuencias el conflicto de los defectos y virtudes de los temperamentos y las costumbres. Y allí, donde todavía las gentes no han podido ser otra cosa que lo que el instinto y la incultura impusieran en sentimientos, conceptos y conducta, atiende usted a la tribulación de las almas y las vidas.

Rápidas, fulgurantes impresiones las que ha incluído en esas páginas: tales como su visión se las ofrece aportan a la obra que integran no sólo el mérito de su arte de escritor sino también el valor histórico que nunca falta en los libros de sinceridad que por la enseñanza de sus testimonios son de benéfica trascendencia. Porque cuando usted desentraña las causas del infortunio de los protagonistas de sus cuentos, obliga a ver toda la obscuridad espiritual de ese mundo de miserias y degeneración, que evoca, anima y exhibe en la desnudez de vicios y pasiones que frecuentemente llevan a injusticias impulsivas y tragedias criminales.

Pues esas breves novelas de su pluma, en casi todos los casos presentados, muestran cómo en aquel ambiente, junto a los móviles altruístas y al valor tradicional: la pereza, la ignorancia, la bebida, el desenfreno de los sensualismos, el despecho de los más vanos engreimientos, son las cosas que engendran indigencia, fomentan odios, derraman sangre y conducen a la muerte o a la cárcel. Y eso induce a pensar en todo lo que aún queda por hacer allí a estadistas, gobernantes y educadores, para corregir inveterados extravíos y enseñar en hábitos, carácter, ante-

los de progreso, amor al trabajo, conciencia del deber, instrucción, y ambiciones superiores.

Es indudable que ese libro que por la consecuencia debida a la realidad psíquica y social de aquellos cuyas vicisitudes trasunta sólo reproduce—como todos sus congéneres—modalidades y lenguaje camperos: llega en días de cultura cuyos gustos se alejan cada vez más de los del tiempo en que aquella expresión literaria era natural. Pero aunque la vertiginosa evolución contemporánea vuelva aceleradamente más anacrónico el cultivo de las cosas que fueron y son arte de otra época, es de justicia reconocer que las dotes del autor avaloran esas páginas con el realismo de las evocaciones y la emoción que les dan vida. Y puede afirmarse que la propia virtualidad de ese talento ha de llevar al escritor al complejo ambiente de la sociedad civilizada, para hacer obra en el plano superior a que tiene derecho.

Acepte, pues, mis congratulaciones por su primer libro, y mis votos por la más feliz realización de todo lo que él promete.

Montevideo, febrero de 1930.

A Julio Raúl Mendilaharsu.

Pasa el tiempo, y el espíritu de las épocas que se suceden vuelve más heroico al arte. En esta paz alcanzada tras la más cruenta conflagración humana todavía el alma contemporánea se resiente de su anestesia en los campos de batalla. Dicen que ahora la humanidad se desquita, con una vida vertiginosa, del dolor y de la

muerte padecidos en la gran catástrofe. Será así, y acaso por ello hoy la insensibilidad cunde y el materialismo prevalece. Pues, lamentablemente, es cierto que como un resabio de aquel egoísmo que culminó en las horas de exterminio, en estos días que vivimos se vuelven universales el "sentido positivo" de la existencia y el "criterio práctico" en la conducta.

Asistimos a un renacimiento del culto a todos los sensualismos; mientras se invoca el derecho la fuerza es objeto de idolatría; triunfan los deportes; nunca la humanidad ha recompensado los más altos merecimientos del genio o de la virtud con la fortuna con que hoy premia los golpes que en algunos minutos de el púgil en el "ring". Con más frecuencia que antes la ambición de la riqueza o la gloria acepta cualquier expediente deshonesto que las produzca, y antepone al ascenso por el mérito el éxito por cualquier medio.

Son perceptibles, a cada rato, la multiplicación de los que vuelven la espalda a los ideales del ensueño, y la escasez de la conciencia artística en la muchedumbre. Bastan las heregías que prodiga la necedad en cualquier exposición de arte para advertir la pequeñez del número de los entendidos entre los espectadores. Y por eso también, porque ahora el entendimiento de la poesía no es vulgar, el poeta es un héroe. Pero, ¡pobre poesía en el ambiente frío de todas las cosas que materializan la vida! Apenas le ofrece asilo parte mínima de la juventud y fuera de ella el calor de muy pocos corazones préstale abrigo. Felices, sin embargo, todavía, los que la cultivan con el fervor de usted, porque sólo él puede preservar de las hostilidades

circunstantes y sostener la energía necesaria para llegar hasta la cumbre sagrada donde el ideal realizado perdura gloriosamente.

Si el artista que se supera progresa, usted, cuyo reciente libro es digno de los anteriores precisamente por su superioridad, va en marcha triunfal hacia las más brillantes revelaciones de su númen. Porque *"Voz de Vida"* es reaparición del poeta—siempre interpretativo y evocador de la poesía refleja de las cosas—en plano cuyos más dilatados horizontes le ofrecen nuevos aspectos del mundo y de las almas para que la luz de su fantasía los llene de colores y esplendor. Hay en ese libro composiciones—como *"Rompientes"*, *"Ola"*, *"A Shackleton"* y otras—tan personales, inspiradas y sutiles, que arraigarán largamente en el recuerdo del lector su artístico testimonio de la intensidad de las visiones y los sentimientos vividos por usted. Muchas estrofas de simpatía y piedad, dicen en esas páginas que no hay dolor ajeno para el poeta; es frecuente en ellas el entendimiento psicológico; y por sobre todo, el amor al llamado del mar y el anhelo de ir lejos, en continuo viaje hacia la novedad misteriosa: alas en el corazón y en el alma que piden espacio para llevar por el mundo una curiosidad insaciable, tras el placer de conocer, admirar y crear.

Vayan a usted mis mejores votos por que pueda realizar plenamente la obra de su sentimiento de la vida y del arte, y por que alcance toda la gloria merecida.

Montevideo, 19 de junio, 1923.

PROSISTAS Y POETAS DEL URUGUAY

(Carta a Alejandro Andrade Coello)

PROSISTAS Y POETAS DEL URUGUAY

(Carta a Alejandro Andrade Coello) (1)

Montevideo, 5 de mayo, 1921. — Señor Alejandro Andrade Coello.—Muy distinguido amigo: Sus cartas, mensajeras de altas sugestiones, con frecuencia llegan como aladas confidencias escoltando los libros que me envía. Así traen casi siempre doble obsequio y por ello si el agrado es mucho la obligación es más. Desde hace años su producción intelectual me tiene acostumbrado a las visitas de su espíritu en libros llenos de erudición y arte por el más diverso empleo de la mente y del sentimiento. Versos, crítica, pedagogía, historia, testimonios de muy diferentes aptitudes, en obras que revelan intensa vida moral, positiva ilustración, gran conciencia literaria.

Los últimos folletos enviados por usted, y que concluyo de leer, lucen también lo más característico de toda su labor. El crítico de *"Tres Poetas de la Música"*, Max Henríquez Ureña, tiene y rememora muchas de las brillantes dotes de erudición y entendimiento de su hermano

(1) Desde los días de esta carta hasta los de la publicación del libro en que aparece, algunos de los escritores que entonces se iniciaban crecieron hasta adquirir personalidad descollante en las letras nacionales, y no han sido pocos los nuevos valores intelectuales y literarios revelados después de los comprendidos en aquella rememoración. Es ese el motivo natural por el que, necesariamente, los primeros no figuran allí con el concepto más tarde conquistado, ni están en esas notas todos los publicistas del país hasta hoy.

Pedro: uno de los que primero y más hondo hablaron del espíritu y de la obra de Rodó. Y las *"Anforas"* y la traducción de *"Los Trofeos"* de Heredia son triunfos que anuncian a la lírica americana el alma de un verdadero poeta. Ha hecho usted bien en dedicarle esas páginas de evocación, en horas de recogimiento espiritual e intimidad artística, por las sugestiones de una música magistralmente interpretada. Por ello le felicito.

No conocía su estudio *"Juana de Ibarbourou"*. Está lleno de entendimiento y de belleza, como toda su obra de examen y de arte. Lleva el sello más característico de sus simpatías literarias: la admiración consciente y demostrativa del mérito que le entusiasma. Los pensamientos de su colección en *"El Magisterio Ecuatoriano"* tienen la coherencia de una misma orientación educatoria. Eso puede hacerlos trascendentes en la cultura, porque los espíritus nuevos siempre están necesitados de luz sobre las sendas que les tocará elegir en su vida.



Veo que la decepción que, según me dice, le ha dejado la obra de un poeta de mi país, cuyos elogios en nuestra prensa actual le hicieron solicitarla, no ha extinguido su curiosidad por las letras uruguayas. Me pide usted que le haga conocer cuáles son los prosistas y los poetas que, según mi opinión, más enaltecen aquí la vida intelectual y literaria, "antes y después de Rodó". Como nada impide que satisfaga ese pedido: he dedicado a ello varios ratos

que mis ocupaciones habituales me dejaran disponibles y aquí va, expresada con las más pocas palabras que lo permiten, toda mi sinceridad al respecto.

Creo que *Francisco Acuña de Figueroa,* de la época colonial y primitiva del país, haya sido uno de los más grandes poetas festivos y epigramáticos *del habla castellana,* y cuyo estro satírico y asombrosa facilidad de versificación no han sido superados. Produjo mucho improvisadamente, y en incesante ejercicio de su númen hizo de su inspiración labor de todas las horas, siempre sin fatiga y sin descanso, dejando por eso, como era consiguiente, junto a la obra de la plenitud de sus facultades la obra de la producción forzosa y del descuido. A la vez fué poeta religioso, y algunas traducciones suyas, como la del *"Super Flumina Babilonis",* son de lo mejor que en el género tiene la literatura española. Y también elevó su canto a la misma altura las veces que entonó la oda y la elegía.

Es una de las más geniales y representativas personalidades de las letras de América. Era la figura elegida por Rodó para hacer de ella y del ambiente de su época un estudio como el que realizó a propósito de Montalvo, su tiempo y su patria. Pero lo impidió la muerte del gran maestro y crítico de América.

Ahora un hombre nuevo, espíritu culto y escritor muy correcto, el doctor Gustavo Gallinal, se ha propuesto hacer un estudio de la originalísima personalidad del poeta y de su compleja obra. Bien sería de desear que el éxito posible a tal empresa fuera el más aproximado a la mucha justicia que se debe a aquella gran figura literaria. Las composiciones de Acuña de Figueroa, impresas por

el gobierno, forman una colección de doce volúmenes, aunque tengo entendido que quedan muchas inéditas.

Andrés Lamas, fué una de las más grandes personalidades de los primeros tiempos de este país, y una de las de mayor volumen intelectual en América. Estadista, político, economista, historiador, periodista: era, sin disputa, un espíritu superior que sobresalió, por su profunda ilustración y sus múltiples talentos, entre los más eminentes hombres de estudio y publicistas del Uruguay, la Argentina y el Brasil. Podrá usted recoger aproximada noción de la amplitud de su cultura y de la luminosidad de sus ideas, en la obra inconclusa sobre *"Rivadavia y su Epoca",* que escribió por encargo del gobierno argentino.

De *Juan Carlos Gómez* ya sabe usted lo que fué, por lo que en dos escritos de *"El Mirador de Próspero"* dice Rodó y por lo que en su estudio completo y definitivo escribió Melián Lafinur del gran tribuno. Yo, en mi estudio de la obra de Rodó sintetizo las ideas de éste sobre Gómez, como en el del libro del doctor Melián expongo el concepto que aquél merece a éste. Para mí fué, ante todo, un gran maestro de moral política: maestro en la doctrina y en la conducta; y como escritor: el más grandilocuente de nuestros periodistas y uno de los más fuertes polemistas que ha tenido la prensa en América. Como literato, aparte de todo lo que fué por el estilo de sus artículos de diario, ha sido uno de los más celebrados poetas del romanticismo de su tiempo en los países del Plata.

Alejandro Magariños Cervantes. Fué, en su época, la más representativa y autorizada personalidad literaria de

nuestro país. Por su talento poético descollaba en lo que entonces era la poesía del romanticismo en América, y como novelista sobresalía también dentro de lo que en el Continente era la novela de la misma escuela. Su obra en verso y en prosa era conocida y celebrada en todos los países americanos y muchísimo en Europa.

De los poetas uruguayos sólo Acuña de Figueroa, antes, y Zorrilla de San Martín, después, han logrado popularidad comparable a la que alcanzó Magariños Cervantes. Como se dice ahora de Zorrilla se decía entonces del autor de *"Celiar"* que era el poeta nacional. Y por el elemento poético de los versos de ese poema y por el asunto de la prosa de *"Caramurú"*, Magariños Cervantes era reconocido, dondequiera llegaban sus obras, como el más genuino escritor americano.

Después, en América igual que en Europa, con el transcurso de los años fué, como siempre, evolucionando el gusto, y la manera *"romántica"*, sustituída poco a poco por otras escuelas—que a su vez también se llamaban definitivas—iba dejando su lugar a nuevas modas literarias en el espíritu de la juventud que con cada época llegaba. El *"realismo"*, el *"naturalismo"*, y después todos los sucesivos ensayos con efímeros triunfos de los *"decadentes"*, fueron suplantando, aquí como en todas partes, al *"romanticismo"*, hasta hacerle perder su predominio y el de sus autores. Con estos se iba Magariños Cervantes, que durante su larga vida fué en su país el espíritu central y director de toda la cultura científica y artística, viendo reconocida y acatada su autoridad y su influencia durante varias generaciones.

Uno de los espíritus más cultos y de mayor talento que ha producido el Uruguay fué *Agustín de Vedia.* Hombre de grandes virtudes cívicas y excepcional ilustración; estadista en la más alta acepción de la palabra; escritor conceptuosísimo, de estilo sobrio y claro, con admirable precisión de lenguaje; elocuente orador; brillante y valiente periodista en ambos países del Plata. Muchas son sus obras de gran aliento y siempre magistrales. Su estudio sobre *"La Constitución Argentina",* labor de muchos lustros, es lo más sabio, hondo y luminoso producido al respecto hasta la fecha de su publicación. Su tratado *"Martín García y la Jurisdicción del Plata"* es, hasta hoy, el más informado y criterioso examen de ese árduo tema internacional. Y así, fundamentales, son invariablemente todas las obras de su vigor mental y de su mucho saber.

En cuanto al doctor *Juan Zorrilla de San Martín,* sabe usted como yo que es el poeta de *"La Leyenda Patria"* y del *"Tabaré".* Años hace que se leen elogios y censuras sobre las dos obras capitales del viejo bardo. Pero aunque los modernistas se excedan a veces en sus negaciones del mencionado vate, yo creo que es indudable que ha poseído gran vuelo lírico y me parece justo reconocer que si es cierto que en *"Tabaré"* no hay epopeya, ni siquiera canto épico que la semeje, en cambio el poema de ese imaginado mestizo tiene bastantes elementos de americanismo poético rioplatense, y bellas imitaciones becquerianas, para agradar por muchos años al gusto de estos ambientes literarios.

Con esto, sin embargo, no pretendo decir que eso sea

la poesía americana, cuyas únicas características posibles tan bien definió Rodó. Asimismo Zorrilla ha sido orador y prosista de palabra sonora y romántica entonación.

¡Lástima que se haya dedicado tanto a halagar los sentimientos del vulgo en el terruño, por lo cual no ha hablado a los uruguayos más que de sus indios, de sus gauchos, de Artigas, el caudillo de la provincia primitiva que fué nuestro país de hoy, y al cual ha llegado a considerar procer parecido a San Martín y hasta a Bolívar! Pero continuará siendo en el Uruguay, por muchos años y con justo título, el poeta del *"Tabaré"* y de *"La Leyenda Patria"*.

Francisco Bauzá, ha sido, hasta ahora, el historiador de más talla habido en este país. Hasta hoy no se ha escrito algo que supere su *"Historia de la Dominación Española en el Río de la Plata"*. Aunque limitado a una época: por la seriedad de su información, la facultad sintética, la ecuanimidad del juicio y la adecuación del estilo que lucen en ella, es el autor de la obra de más aliento, y más acabada en todos sus aspectos, con que cuenta la literatura histórica uruguaya. Además ha dejado un libro de *"Estudios Literarios"*, otro de *"Estudios Constitucionales"*, y otro sobre *"La Institución del Banco Nacional"*: todos llenos de grandes conocimientos, con honda doctrina y bien escritos. En ellos como en la *"Historia de la Dominación Española"*, se podrá no compartir a veces sus puntos de vista, y no acompañar algunas de las conclusiones de su criterio, pero no es posible con justicia desconocer la importancia que los exceptúa de la producción

común. Fué orador elocuentísimo y estadista sobresaliente.

Enrique Kubly, era una de nuestras mayores personalidades intelectuales y literarias. Formadas su cultura y su educación mental bajo sabia disciplina pedagógica en Suiza, en uno de cuyos más afamados establecimientos pasó su primera juventud, eran excepcionales su preparación clásica, el vigor de su razonamiento, y la fuerza, sobriedad y belleza de su estilo. Venido a América, su carácter apasionado y sus dotes de escritor lo llevaron a iniciarse muy joven en la prensa argentina, destacándose memorablemente en *"La Capital"* de Rosario de Santa Fe. Después llegó a su patria, donde vinculaciones de familia lo hicieron darse a conocer en la prensa oficial: circunstancia que lo llevó a solidarizarse con una situación política muy divorciada de la sociedad y apasionadamente combatida en la prensa de la época. Esto, aunque desde un principio se reconociera todo su talento, hasta por los adversarios—a cuyos más altos y consagrados representantes hizo sentir su superioridad—le restó prestigio y motivó injusticias en el ambiente convencional de entonces.

Durante mucho tiempo sus enemigos no le han perdonado el profundo desprecio que expresaba por las mayores reputaciones formadas por la política en algunos partidos de su tiempo. Y verdad es que tampoco tomaba en serio los valores intelectuales y literarios consagrados, en su mayor parte, por esa misma política.

Como periodista conquistó unánime reconocimiento de sus extraordinarias facultades, y a este respecto pude apreciar de cerca las dotes que le exceptuaban, pues par-

ticipé, poco después de iniciarme en el periodismo, en algunas campañas suyas *contra* los desacreditados gobiernos frente a los cuales estuvo años después de regresar del desempeño de varias legaciones en Europa. Pocas veces, en la prensa, se han visto unidos en una misma personalidad tan poderosas dotes de razonamiento y tanto vigor, sobriedad y elegancia de expresión. Hombre de vida mundana, escribía comunmente de regreso del teatro, y eran tales el calor, la seguridad y la rapidez de su producción, que en tres o cuatro horas daba originales para tres, cuatro y hasta cinco columnas de diarios del mayor tamaño. Y en eso se hallaban, correctamente escritos, un hondo artículo editorial; varios sueltos de vivo comentario, satíricos o de polémica; artículos dialogados, de eficacísima comicidad; crítica de costumbres, etc. Era una fuerza verdaderamente temible para los gobiernos frente a los cuales se ponía.

Puede usted leer con provecho, para adquirir idea del valor de Kubly como pensador y literato, sus obras: *"Las Grandes Revoluciones"*, con prólogo de Pí y Margall; *"Los Dioses Caídos"*, poema escrito en su juventud, con una carta de Campoamor; y *"El Espíritu de Rebelión"*, crítica de historia y de filosofía, denso de ideas y de bellezas de estilo. En la *Revista Nacional* de Rodó, Martínez Vigil y Pérez Petit, dejó *"El Marido de mi Mujer"*, obra de teatro en tres actos, de gran comicidad.

Rafael Fragueiro, uno de los poetas románticos de más hondo sentimiento, más vuelo y arte más perfecta. Su poema *"Los Buitres"* es una obra maestra, dentro de

su escuela. Escrito en décimas, son tales la elevación imaginativa y la sonoridad de ellas, que muchas veces igualan a las más bellas de *"El Vértigo"* de Núñez de Arce, al cual ha imitado como a Becquer y a Heine. Y conste así que no acompaño a los que, invocando el impedimento de una estética propia y de un concepto nuevo de lo poético se declaran impermeables a las bellezas de la obra del mencionado poeta de *"Tristezas"*, de Campoamor y demás artistas españoles del siglo XIX que sintieron y realizaron la poesía *a la manera de su época.*

Después de los lejanos tiempos de Acuña de Figueroa, el único poeta epigramático y satírico, admirable, que aparece en nuestro ambiente es *Wáshington Bermúdez.* Aparte de los epigramas coleccionados en libro, la colección de su periódico satírico *El Negro Timoteo* guarda valioso testimonio de su numen festivo y mordaz. Fueron características suyas una lozana inspiración y una fecundidad que parecían estimuladas ante la corrupción y los vicios sobre los cuales hacía caer, casi cotidianamente, la causticidad de su castigo.

Entre los pocos novelistas cuyo mérito sea digno de tenerse en cuenta es de los mejores *Eduardo Acevedo Díaz.* Conocedor de las costumbres, psicología y lenguaje del habitante de la campaña ganadera de este país, puso en juego los sentimientos y pasiones de esa gente, pintando con exactitud su vida en la paz y en la guerra, su pericia semibárbara en las faenas camperas y sus proezas en las luchas contra el extranjero y en las guerras civiles. Es notable el vigor en la descripción de casi todas las esce-

nas; con frecuencia es hondo el sentimiento del paisaje; siempre es adecuada la expresión de los personajes. Sobresale entre sus obras *"Ismael"*, y es una excepción a sus preferencias de novelista *"Brenda"*, ensayo romántico en cuya acción principal sólo hace intervenir a la sociedad distinguida.

Otro poeta de popularidad acá ha sido y es *Carlos Roxlo*. Versificador y rimador abundante, con perpetuo y vivo entusiasmo por los gramillales, las aves y las flores del país, se ha sentido siempre inspirado por esas cosas y las ha cantado con facilidad durante muchos años. Con esos poemas han alternado notas de ternura y sensibilidad afectiva, arrancadas a su lira romántica con inspiración y sentido de la belleza artística.

Con tanta exuberancia en la prosa como en los versos, escribió también una *"Historia de la Literatura Uruguaya"*. Hace años de eso, y parece que vió a aquella literatura con lentes de mucho aumento y le resultó tan grande que no interrumpió los comentarios hasta el séptimo u octavo de los gruesos tomos producidos. Pero donde es más erudita mucho no tiene que ver con la literatura del país, y en la otra parte casi siempre es panegírica con grave alteración de valores y detrimento de la realidad. Roxlo también es orador romántico, fácil y abundante.

Falto de la popularidad que consiguiera el anterior con los motivos a que dedicara y dedica preferentemente bellos versos, pero con más alta inspiración, aparece *Manuel Bernardez* pulsando su lira por las glorias patrióticas más populares. Así ha cantado, con estro a veces elevado

muy por encima de la grandeza efectiva del asunto, las hazañas con que la historia, o sólo la leyenda—de las épocas en que estas comarcas eran más insignificantes por la escasez de la población y su pobreza—halagaran al patriotismo que acá todavía es capaz de experimentar las mayores satisfacciones por eso. ¡Cuánto mejor sería para todos los países de América que recíprocamente se oponen tales orgullos, que rivalizaran en alcanzar el mayor bienestar y la más alta dignidad por el más grande desarrollo económico, por los progresos de la civilización, por la más intensa cultura de los espíritus y la más gloriosa fecundidad científica, literaria y artística! Pero, como poeta épico, en el Uruguay, creo que Bernardez no ha sido superado en el calor de su inspiración y en el vuelo sostenido en algunos de sus cantos nacionales. Y conste que el que reconoce tal poeta siempre ha considerado censurable la actuación del político que a la vez hubo en el mismo ciudadano. Bernardez también es un brillante prosista.

Carlos Reyles, es nuestro más eminente novelista. Ha cultivado principalmente la novela psicológica, delineando y poniendo en conflicto, como nadie, los caracteres, las pasiones y los intereses atribuídos a los personajes que pone en acción. Es la suya obra siempre intensamente intelectual; hecha de profunda observación, muy estudiado plan y cuidado del estilo.

Cualquiera sea el criterio con que se acepte o se rechace las tesis que sustenta en sus diferentes novelas, siempre es lo cierto a su respecto que en todas ellas hay que reconocer y admirar al pensador y al artista que las concibe

y realiza con tan valiente independencia moral como probidad literaria. En *"La Raza de Caín"*, *"El Terruño"*, *"El Canto del Cisne"*, y *"Diálogos Olímpicos"* es donde, hasta ahora, más brillan todas sus cualidades distintivas.

Dos altas personalidades intelectuales y literarias de otra época mantienen todavía en actividad las dotes que ilustraron sus nombres. Son el doctor *José Sienra Carranza* y el doctor *Luis Melián Lafinur*. El doctor Sienra, de ejemplar honestidad cívica, es un escritor de ideas propias, con brillante estilo, y uno de los poetas románticos con más hondo sentimiento y elevado estro; estadista, jurisconsulto y orador de los de más talla en los países del Plata. Sus dos tomos de *"Cuestiones Americanas"* son de lo más luminoso que se haya escrito respecto de la situación y los destinos de los pueblos de origen hispano en nuestro Continente.

El doctor Melián es también un ciudadano de virtudes ejemplares; erudito, en el más alto concepto del vocablo; eminente jurisconsulto; historiador con extraordinaria probidad intelectual; elocuentísimo orador: jamás ha leído un discurso, a pesar de ser siempre los suyos excepcionalmente sabios y hondos; cultor, a ratos, de la poesía clásica, deja también bellas traducciones. Su obra *"Juan Carlos Gómez"* es el estudio más fundamental que existe respecto de aquel insigne tribuno.

Tomo de mi estudio de Rodó y su obra, en *"Crítica Literaria"*, lo referente a los que le acompañaron en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. *Daniel Martínez Vigil*, estudioso prestigiado por la espon-

taneidad y el calor de su palabra, que ya en esa época anunciaba al verbosísimo tribuno que en él debía prevalecer sobre el literato, hasta motivar, como otro insigne orador contemporáneo, que se dijera a su respecto que sus mejores versos, artículos y libros serían siempre hablados, pues, cual por mágica virtud de su elocuencia, todo volvíase discurso en sus labios. *Víctor Pérez Petit,* que desde sus primeros ensayos había dejado ver en él, al través del carácter inexorable de sus juicios, al erudito conocedor de todas las literaturas y al crítico sagaz que más tarde, tanto o más que con su labor de poeta, novelista y dramaturgo, habían de darle personalidad propia y descollante en nuestro ambiente literario. Y *Carlos Martínez Vigil,* que ya en aquellos días de juventud poseía magistral conocimiento de la literatura clásica española y de la gramática castellana, a cuyos superiores estudios dedicaría después muy serios trabajos, en los momentos que para el cultivo de sus gustos intelectuales le dejaran libres sus tareas de ilustrado jurisconsulto y honestísimo periodista.

Alto lugar tiene conquistado en el país y fuera de él, como hombre de ciencia, el doctor *Joaquín de Salterain,* pero creo que a más elevado sitial tiene derecho como poeta. Pocos, entre los que más ternura y sonoridad arrancaron a la lira romántica rioplatense, igualan al sentimiento y a la delicadeza de su inspiración, en muchas de sus composiciones, y al buen gusto con que, casi siempre, su arte embellece al verso. Lea *"Intimidades"*.

Luis Alberto de Herrera, ha sido ante todo un escritor político, combativo, raudo y afluente, en diarios,

opúsculos y libros. Jefe de uno de los dos partidos tradicionales en que se divide la opinión del país, a él ha consagrado todos los sacrificios de su civismo, en la paz y en la guerra. Pero ello no ha impedido a su ilustración y a su talento hacer obras que demuestran la labor del estudioso y su encendido fervor por los ideales. Entre ellas recuerdo ahora: *"Por la Patria", "Tierra Charrúa", "El Acuerdo de los Partidos", "Desde Wáshington", "La Doctrina Drago", "La Diplomacia Oriental en el Paraguay".*

Javier de Viana, es el autor incomparable de *cuentos camperos.* En ello América no ha producido otro superior a él. Forma una biblioteca de muchos volúmenes la colección de sus cuentos, escritos casi cotidianamente, siempre con facilidad y muchas veces con precipitación que, como tenía que ser, ha dejado perceptibles diferencias en su mérito. Viana ha sentido hondamente el alma y la vida del gaucho y de nuestro primitivo hombre de campo, cuya transformación, desde hace años, se viene realizando por el progreso de los métodos extranjeros adoptados en la industria ganadera y la introducción de la moderna maquinaria agrícola. Conocedor y admirador de la psicología, de las costumbres y del lenguaje de aquellas gentes, les ha infundido en las páginas de su obra aliento vital inextinguible, y cuando en la realidad hayan pasado para siempre: ese monumento—aunque en él sólo se les halle ennoblecidos y embellecidos—les salvará de la muerte. Puede usted hallar todas las dotes sobresalientes y características de este escritor, y pocos de los humanos desaciertos que no faltan en ningún artista, en *"Gurí", "Gaucha" y "Campo",* tres de sus mejores obras.

Estudiosísimo profesor de filosofía, *Carlos Vaz Ferreira* es uno de los más prestigiosos catedráticos de nuestra Universidad. Bien informado expositor de las doctrinas filosóficas de todas las épocas y todas las escuelas, se ha dedicado mucho a la psicología y es también un avezado comentarista de las modernas teorías sociológicas y sistemas pedagógicos actuales.

Con sus disertaciones ha formado folletos y libros de texto y de estudio de diversas materias, tales como: *"Apuntes de Lógica Elemental", "Cuestiones Escolares", "Curso Expositivo de Psicología Elemental", "Lecciones sobre Pedagogía", "Conocimiento y Acción", "Lógica Viva"*—refutada por el padre Castro,—*"Los Problemas sobre la Libertad", "La Exageración y el Simplismo en Pedagogía"*. Como recapitulación de observaciones me parece de las más interesantes su opúsculo *"Moral para Intelectuales"*.

Julio Herrera y Reissig, es el poeta del simbolismo más extravagante introducido en nuestro país por algunos impresionados por el peor Darío y otros modelos y maestros de aquellos tiempos. Dotado de talento y con grandes condiciones naturales de poeta, pero extraviado por la trivialidad de las exterioridades modernistas, vivió preocupadísimo de parecer raro, llenando de extravagancias, con ese objeto, la mayor parte de su obra. Pero, aunque ella revela contínuamente la mano del orfebre atormentado en *hacer* formas que parecieran extrañas y afligido por sorprender al lector con el vocablo inesperado, muestra también que el autor logró imprimir a sus estrofas, en muchos

de sus cantos y poemas, imaginación original y novedad propia en la rima, que con frecuencia elevaron a muy alto plano esa poesía.

Con diverso mérito, son las tres poetisas mayores del Uruguay: *Delmira Agustini, María Eugenia Vaz Ferreira* y *Juana de Ibarbourou.* Creo que actualmente no las haya de más alto numen en otro país de lengua castellana. *Delmira Agustini,* muerta muy joven, reunía a un carácter excepcionalmente apasionado una extraordinaria intensidad de sentimiento, una imaginación siempre nueva y una sonoridad verbal que ponían en sus versos todo el fuego de su temperamento ardiente, todo el encanto de su caudalosa fantasía, todos los matices de su delicadísima sensibilidad. Fué su poesía: original, bella y honda, por su absoluta sinceridad, por su buen gusto auditivo, por su precoz filosofar. Incorrecta a veces su obra, vivirá en cuanto refleja lo que era genial en su personalidad. *María Eugenia Vaz Ferreira,* con las mismas características que aquélla, de temperamento, imaginación y sensibilidad, tiene también excepcionales dotes, cuya genialidad caracteriza su obra: hondamente sentida, con inmensa amplitud de visión, estupenda en su belleza imaginativa y en la voz de las palabras. *Juana de Ibarbourou,* no es menos personal que sus dos antecesoras en su inspiración y en su arte. Mucho de la luz de su numen, del calor de su emoción y de la música de sus maravillosos versos recuerda los de aquéllas y revela iguales fuentes sagradas en el alma. Persona de notoria autoridad me afirma que una poetisa que empieza, *Luisa Luisi,* parece seguir a éstas en jerarquía lírica, pero todavía no conozco su obra.

Un poeta diferente de todos los del país, con extraordinaria sensibilidad y sutilísima imaginación; exquisito orfebre y músico del verso; tan hondamente estremecido en su ternura como fuerte, raudo y alto en su vuelo épico, es *Armando Vasseur*. A veces resulta inesperado y sorprendente como Almafuerte, amargo como Heine, grande como Whitman, al cual ha traducido. Lo hallará usted, tal como es en toda la compleja integridad de su poesía y de su arte, en los *"Cantos Augurales"*, y en los *"Cantos del Nuevo Mundo"*.

En *Guillermo Kubly,* hermano de Enrique, tienen el pensamiento y las letras del Uruguay uno de sus más ilustrados cultores desde el libro y la prensa. Es uno de los pocos escritores que con ideas propias y espíritu más amplio hayan afrontado capitales problemas de la sociología contemporánea.

Angel Falco, trajo al nacer numen de poeta y alma de luchador. Jamás ha necesitado esfuerzo para el arte de su poesía ni para pugnar por sus ideales. Ardiente en su inspiración y fácil, sonoro y rotundo en sus versos, se le ve el corazón en todas sus composiciones y se siente que es el cincel de un artista el que pone la belleza en sus estrofas. Puede leerlo en *"Cantos Rojos"* y en *"Vida que Canta"*.

Poeta de hondo sentimiento, artista de buen gusto, "combativo" por su credo y orador elocuente, es *Emilio Frugoni.* Es el "leader" del socialismo, por cuya causa mucho ha luchado en este país, donde, durante los últimos lustros, los hombres que han ocupado el gobierno han im-

puesto a este pueblo las más disolventes teorías. Pero Frugoni es sincero en la invocación de su fe, sin propósitos interesados. Está todo él en *"De lo más Hondo"*, y *"Los Himnos"*.

Samuel Blixen, brillante crítico teatral y espiritual *"chroniqueur"*, ilustrado y con talento. Luchó contra la ordinariez del teatro criollo y produjo comedias finas en ambiente de distinción social. Pero faltas de vitalidad por su poca médula, aunque con mérito literario, no logró impedir que desaparecieran de la escena. Vea sus obras *"Cobre Viejo"*, *"Primavera"*, *"Verano"*, *"Otoño"*, *"Invierno"*.

Alfredo Duhau, sobresaliente periodista en las dos capitales del Plata. Su delicadeza intelectual y literaria puso siempre un sello de alta distinción en todos los escritos de su pluma. Ha sido, como Blixen, uno de los que más ha luchado por dignificar al teatro en estos países. En sus obras, como aquél, le apartó de la vida del suburbio y del vicio, en que sólo es capaz de complacerse el criollismo inferior por la incultura y la degeneración, y le elevó en motivos, costumbres y lenguaje al ambiente de las clases superiores de la sociedad.

Es *Guzmán Papini* el poeta aquel que adolescente llenaba de versos ruidosos y desbordantes de imaginación las páginas de la *Revista Nacional,* donde se iniciaba Rodó. Desde entonces ha producido mucho su talento poético y siempre con el mismo vigor imaginativo y la misma sonoridad del vocablo. Pero es justo decirlo: no obstante las bellezas y la exuberancia de su obra, él no es todavía todo el poeta que prometiera al empezar.

Un publicista de mérito superior actualmente es *Adolfo Agorio*. Es el escritor que con más fuerte visión, más hondo pensamiento y más arte en la forma ha comentado acá la última guerra mundial. Sus dos obras más importantes formadas con esos comentarios son: *"Fuerza y Derecho"*, y *"La Sombra de Europa"*. La última obra de Agorio es una novela simbólica del misticismo que ve en las inquietudes dominantes en el alma contemporánea. Se titula *"La Rishi Abura"* y brilla en esas páginas de vigorosa evocación imaginativa el estilo vivo, nervioso y breve del autor.

Supongo que le han llegado con frecuencia libros de *Horacio Maldonado*. Me imagino que habrá usted saboreado esa fácil producción que renueva con rapidez sus motivos. Alguien, dotado de gran conciencia intelectual y artística, implacable fustigador de "la asfixiante vacuidad verbal sudamericana", me asegura que en *"El Sueño de Alonso Quijano"*, que yo no conozco, el sentido del asunto y la labor de la forma están más concentrados que en las otras publicaciones del autor y brillan más.

Emilio Oribe es, entre los que llegan, acaso el mejor dotado de todos los poetas. Con delicadísima sensibilidad, febril imaginación y profundamente sincero, toda su poesía está sacada de las sensaciones de la vida, llena de análisis despiadado y pensamiento entristecido. Aunque a veces reacciona, predomina en su obra un pesimismo que con frecuencia recuerda al de Leopardi. No ha escapado al contagio de las formas modernistas, pero siempre le ha reconquistado la sinceridad fundamental de su tempera-

mento. Son sus principales obras, hasta ahora: *"Las Letanías Extrañas", "El Castillo Interior"* y *"El Halconero Astral"*.

Uno de los hombres más estudiosos y de más seria labor histórica es el doctor *Eduardo Acevedo,* de larga figuración en el foro y en altos puestos de gobierno. Entregado a paciente investigación del pasado, dedica a ella mucho empeño y lleva publicados extensos trabajos con positivo valor documental. Ha contribuído eficazmente a desvanecer la leyenda de que el caudillo José Artigas fuera fundador de nuestra nacionalidad.

El doctor *Abel J. Pérez,* dedicado a la instrucción pública, ha escrito frecuentes estudios de sus múltiples problemas. Entre sus obras pedagógicas se destaca *"Algunas Ideas Sobre Nuevas Orientaciones de la Enseñanza",* muy conceptuosa e inspirada en elevado y amplio criterio. Ha sido muy elogiada por verdaderas autoridades en la materia. Una obra suya sobre *"América"* tiene bello y honrosísimo prólogo de Rodó.

Espíritu cultísimo y eminente jurisconsulto, *José Pedro Massera* ha sido el catedrático de filosofía con más claridad de ideas y más segura orientación. Su muy notable estudio de la filosofía de Rodó es el examen calificativo más justificado por los fundamentos de sus conclusiones, para determinar la posición del maestro de América en el mundo filosófico de nuestros días. Este trabajo está incluido entre algunos íntegros y fragmentos de otros publicados por una asociación estudiantil denominada "Ariel".

Osvaldo Crispo Acosta, catedrático de literatura en nuestra universidad y muy correcto escritor. Conozco tres libros de él que acreditan su ilustración y superiores dotes intelectuales. Dos son obras de texto: *"Motivos de Crítica Hispanoamericanos"* y *"Lecturas Literarias"*. El otro es un interesante estudio sobre *"Carlos Reyles"*.

Poeta de ardiente imaginación y admirable sonoridad en el verso, es *Yamandú Rodríguez.* La pompa del lenguaje y la fluidez de la inspiración le dan distinguido lugar entre los de su generación y permite fundar en él la esperanza de una gloriosa obra lírica y dramática. Puede ser iniciación de ella *"1810"*, ensayo triunfal en el teatro.

En el Instituto Histórico y Geográfico, de moderna creación, se destacan dos hombres jóvenes, con sobresalientes dotes intelectuales y correctos escritores. Son *Gustavo Gallinal,* citado al hablar de Figueroa, y *Mario Falcao Espalter.* Ambos tienen publicado varios libros de diverso mérito.

Muy estudioso intelectual y fecundo publicista, residente en París, es *Hugo D. Barbagelata.* Dedicado preferentemente a labor histórica sobre el Uruguay, es de los escritores que con Zorrilla de San Martín—en mi opinión equivocadamente—han procurado fundar como cosa histórica la leyenda vulgarizada de José Artigas. Dirige y edita una *Biblioteca Latino-Americana,* en la cual acaba de publicar un *"Epistolario de Rodó"* muy interesante. Una monografía sobre *"Fronteras"* me parece su mejor y más brillante estudio hasta hoy.

Julio Supervielle, que también vive en París, nacido

en Montevideo escribe en francés: idioma de los de su sangre. Es poeta de extraordinaria sensibilidad; siempre fino y renovado en su imaginación; infinito en los matices de sus emociones y en el arte de sus estrofas. Parece destinado a obra triunfal.

Uno de los más fecundos novelistas del naturalismo en nuestro ambiente literario es *Otto Miguel Cione.* Ahonda en la psicología de los personajes y da intensa vida al drama de las almas. Tomados los sujetos, con frecuencia, de las inferiores capas sociales, su lenguaje es el de esas diferentes clases y traduce, a veces con dureza, los infinitos matices de su relativa cultura. Entre sus buenas novelas ha sido muy celebrada *"Lauracha"*.

Raúl Montero Bustamante ha revelado gusto de la crónica en algunas anécdotas biográficas y monografías históricas. Aparte de eso conozco de él un folleto titulado *"La generación romántica y su héroe"*, y una antología de poetas nacionales, obra de sus primeros ensayos.

Benjamín Fernández y Medina, ha publicado también como el anterior una antología de poetas uruguayos, y varios opúsculos de versos y cuentos, que reflejan sentimiento religioso y observación de modalidades regionales.

Francisco Alberto Schinca, espíritu cultivado, provisto de estilo artístico, ha escrito con belleza páginas de crítica penetrante. Es de lamentar que las actividades políticas hayan sustituído en él a muchas actividades literarias. *"Oriflamas"* es un libro suyo que muestra sus mejores dotes de escritor.

Eduardo de Salterain Herrera, joven intelectual y estudioso, observador y crítico de costumbres y arte. Sus *"Cartas Fundamentales"* pueden iniciar una personalidad de brillante porvenir.

Otra alma nueva, apasionada y entusiasta por elevados ideales, es *Julio Raúl Mendilaharsu.* Siempre estremecido por la emoción que le inspira: así le hallará usted en *"El Alma de mis Horas", "La Cisterna",* y cuando con elevado estro celebra la gloria de Francia, en sus últimos cantos.

Un fecundo ensayista y novelista es *Alberto Nin Frías.* En lo primero sobresalen sus *"Ensayos de Crítica e Historia",* y en lo segundo: *"Marcos amador de belleza".*

Aunque esta lista se alarga ya hasta hacer sentir la necesidad de terminarla, no quiero concluirla sin mencionar a nuestro común amigo *Alfredo Martínez.* Hay en él un delicado poeta. Siente hondamente, su buen gusto artístico le preserva de extravagancias, y siempre con arte de orfebre labra en sus bellos versos una ánfora digna de la exquisita poesía que vierte su inspiración.

Ah: entre estos autores también los hay que han escrito para el teatro, pero... déjeme todavía callar mi opinión al respecto y sepa sólo que no creo que de nuestros dramaturgos sean los más grandes aquellos que el vulgo del terruño más aplaude. Acaso algún día piense que eso valga la pena de ser demostrado.

Y ahora, mi muy estimado amigo, me parece oirle

a usted, preguntándome si son estos que quedan mencionados, todos los valores intelectuales y literarios que yo reconozco en el Uruguay, además del de Rodó. Para mí son *casi todos los principales autores de libros en prosa o en verso.* Aparte de algunos que pueda haber olvidado en esta precipitada enumeración—apenas dictada por un esfuerzo de la memoria y escrita *al correr de pluma*—no están en ella jurisconsultos eminentes, como *José Ellauri, Manuel Herrera, Eduardo Acevedo, Cándido Juanicó, Pedro Bustamante, Ambrosio Velazco, Juan José de Herrera,* los *Ramírez, Justino Jiménez de Aréchaga, Angel Floro Costa;* universitarios sobresalientes como *José Cremonesi, Juan Andrés Ramírez, Dardo Regules, José Irureta Goyena, Hugo Antuña, Carlos Travieso, José Espalter, Eduardo Ferreira, Juan Carlos Gómez Haedo, José Pedro Segundo, Joaquín Secco Illa, Julio Lerena Juanicó;* estadistas, políticos y periodistas, como *Santiago Vázquez, Gregorio Pérez Gomar, Antonio Bachini, Daniel Muñoz, Justino Jiménez de Aréchaga, Juan Andrés Ramírez, Carlos Travieso, Hugo Antuña, Eduardo Ferreira, Eugenio Garzón, José Espalter, Joaquín Secco Illa*: muchos, en fin, que brillaron en el foro, la prensa o el gobierno, pero que casi no tuvieron tiempo para dedicarse a la labor cuidada que requiere el libro, aunque cuando a él aplicaron por excepción sus facultades lo hicieron dignamente. Imposible detallar aquí el mérito de cada cual en todos ellos. Además: sólo me preguntaba usted por *los prosistas y poetas.*

Le repito, pues, lo que al principio: es ésta toda la sinceridad de mi juicio solicitado por usted. Nunca había

escrito esas opiniones—que como es natural no dejo explicadas en todos sus fundamentos, sino apenas señaladas en sus más visibles motivos—pero tales como son pertenecen a usted, cuyo pedido tuvo la virtud de hacer que las escribiera.

Montevideo, 5 de mayo, 1921.


ÍNDICE

ÍNDICE

ERRATAS

Página	*Línea*	*Donde dice*	*Debe decir*
105	16	civilización : menciona	civilización, y menciona
200	1	*galicismo*	*galicismos*
201	9	lenguaje;	lenguaje :



Este libro
se acabó de imprimir
el día 16 de Junio del
año 1931, en los talleres de la
«Impresora Uruguaya», S. A.
Cerrito esq. Juncal
montevideo

